

# BOLETIN ECLESIASTICO DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO

Año XCVI

25 de septiembre de 1940

Núm. 13



EL EMINENTÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR

**DOCTOR DON ISIDRO GOMÁ Y TOMÁS**

PRESBITERO-CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA,  
DEL TÍTULO DE SAN PEDRO IN MONTORIO, ARZOBISPO DE TOLEDO,  
PRIMADO DE ESPAÑA, COMISARIO GENERAL DE LA SANTA CRUZADA,  
DELEGADO PONTIFICIO CASTRENSE

CANCELLER-PRESIDENTE DE LA REAL ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA,  
DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA LENGUA Y DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

FALLECIÓ SANTAMENTE

EL DÍA 22 DE AGOSTO DE 1940

OCTAVA DE LA ASUNCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA

---

El BOLETÍN OFICIAL ECLESIASTICO DEL ARZOBISPADO DE  
TOLEDO ofrece en obsequio póstumo a la memoria  
del Padre y Pastor reverente y amoroso homenaje  
de piedad filial.

## IN MEMORIAM

Consagramos este número del BOLETÍN ECLESIAÍSTICO a la pía memoria del Emmo. Sr. Cardenal Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas.

No es nuestro ánimo describir la destacada personalidad, o comentar y encomiar la obra colosal realizada por el Eminentísimo purpurado. Esa tarea no es obra del día, ni de un día. El estudio paciente y reposado de todos sus escritos para medir la mentalidad extraordinaria del Dr. Gomá, su gran cultura, el sistema bien trabado de su doctrina, y el arte singular de su pluma, requiere largo tiempo y habrá de ser obra de otra inteligencia preclara. Los genios sólo por los genios pueden ser cabalmente comprendidos. Su obra de gobierno, en relación con la Santa Iglesia y con la Patria en momentos trascendentales, en horas gravísimas para la vida de una y otra, a las que tanto amó, ha de mirarse a conveniente distancia, como las grandes montañas, para que puedan verse todos sus contornos, en toda su grandiosidad y belleza. Será precisa una sensibilidad exquisita, como la suya, un amor a Jesucristo, la Santísima Virgen, la Iglesia y el Papa como el que late en las páginas de su obra y en los pasos de su vida sacerdotal, para poder percibir la belleza y delicadeza de aquel hombre de fina sensibilidad y de corazón ardiente. No le faltará biógrafo. Más de uno ha solicitado ya ese honor. Sólo deseamos que sea digno de él quien asuma esa no leve tarea.

Al ordenar la publicación de estas páginas, incluídas en la serie del BOLETÍN DIOCESANO, queremos únicamente consignar para perpetua memoria, a mayor gloria de Dios, piadoso recuerdo del ilustre finado, y decoro de esta Sede Primada que, a la larga serie de insignes Prelados añade ahora el nombre inmortal del Cardenal Isidro Gomá, la conmoción profunda que en España y en el mundo católico causó la noticia de su muerte, sólo comparable con el interés vivísimo universalmente demostrado con motivo de su larga y dolorosísima enfermedad.

La generación presente que de ello sacará cristiana y piadosa edificación y los futuros estudiosos del episcopologio de la *Dives Toletana*, agradecerán que recojamos aquí con solícito cuidado y con escrupulosa objetividad lo acontecido en torno a la muerte de una de las más grandes figuras del Episcopado Español: algo de su última enfermedad; los posteriores momentos de su vida; la inquietud de España al tenerse noticia de la inminencia de la muerte del Cardenal; el llanto universal que provocó su muerte, testimoniado en infinidad de telegramas, cartas y comunicados de entidades y particulares, cuya tónica general es el reco-

nocimiento de la grande e irreparable pérdida—calificada por muchos de desgracia nacional—que supone la muerte del llorado Cardenal; la parte que en el dolor tomaron las más altas personalidades de la Iglesia y del Estado; las honras fúnebres celebradas en sufragio de su alma en toda la nación; los elogios tejidos con cariño como guirnaldas entre los lutos de su tumba, como manojos de flores depositados sobre la losa de su sepulcro; la magnanimidad del Jefe del Estado Español y Generalísimo de sus Ejércitos que con su cédula de Ruego y Encargo—muy elogiosa por cierto—para que en todas las Catedrales Españolas se celebren funerales por el Cardenal, felizmente reanuda piadosa tradición española, interrumpida al proclamarse la República... Todo eso y algo más que el lector podrá encontrar en estas páginas era sagrado deber consignarlo como contribución a la Historia y como tributo de amor al gran Cardenal de España.

Esos nobilísimos fines inspiraron estas líneas escritas con la gratitud del que fué en la tierra nuestro padre y maestro y confiamos será en el cielo nuestro intercesor.

† GREGORIO, OBISPO TIT. DE EZANI.  
Administrador Apostólico.

Toledo 22 de Septiembre de 1940.

---

---

## TESTAMENTO ESPIRITUAL

DEL EMMO. Y RVDMO. SR. CARDENAL D. ISIDRO GOMÁ Y TOMÁS, ARZOBISPO  
DE TOLEDO, PRIMADO DE ESPAÑA

Estimamos oportuna y conveniente para pública edificación espiritual la publicación del Testamento espiritual, bajo el cual santamente murió nuestro venerable Cardenal-Arzobispo, Dr. D. Isidro Gomá y Tomás (q. e. p. d.).

Dice así:

### TESTAMENTO ESPIRITUAL

En estos momentos culminantes de mi vida y obedeciendo a los dictados de mi carácter cristiano y de mi dignidad de Pastor de la Santa Iglesia, pláceme hacer una manifestación llena y rotunda de todas las verdades que nos enseña nuestra Santa Madre Iglesia, con todas las aplicaciones y derivados que de ellas se desprenden para la orientación y régimen de individuos y pueblos en orden a sus destinos sobrenaturales.

Encierro mi afirmación y la fórmula de mi pensamiento cristiano en las palabras de Santo Tomás de Aquino: «*Credo quidquid dixit Dei Filius; nihil hoc verbo veritatis verius*». Y formulo mis últimos votos en el sentido de que esta verdad que nos trajo Jesucristo del seno del Padre, se difunda por todo el mundo e informe el pensamiento y la vida de todos los pueblos.

Espero en Dios y en los méritos infinitos de mi Señor Jesucristo, y profeso no poder fundar mis esperanzas en mérito ni acción personal ninguna y sí sólo en los méritos y en la justicia infinita de mi Redentor, únicos que pueden avalarme ante el Tribunal de la justicia de Dios.

Amo a Dios sobre todas las cosas, y ojalá pudiese decir en estos momentos que le amé toda mi vida con toda la fuerza de mi alma y con todo el ardor de mi corazón.

Amo a Jesucristo, mi Padre y Redentor, y quisiera que el último momento de mi vida fuese como la síntesis y el supremo anhelo de mi alma hacia Él; y en estas horas en que el dolor de la enfermedad me tortura, le pido acepte mis sufrimientos como expresión de este amor y en satisfacción de lo remiso que he podido estar durante mi vida en la profesión de ese amor tan debido. Pídole que reciba mis trabajos de toda la vida en pro de su nombre y de sus doctrinas como compensación de mi frialdad y de mis infidelidades, y que aplique a mis actividades las palabras que dijo un día a la Magdalena: «*Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum*».

Amo a la Iglesia, mi Madre, nacida del Costado abierto de mi Padre Jesús y ofrezco el pobre residuo de mi vida para que crezca y se dilate su conocimiento y su amor entre los hombres.

No quiero morir sin hacer un acto profundo de fe y de amor y de especialísima gratitud al Vicario de Jesucristo, Cabeza visible de la Iglesia, de quien he recibido pruebas tan extraordinarias de amor benévolo durante mi vida sacerdotal.

Y como la benevolencia del Papa quiso atarme con sagrados vínculos espirituales con mi Iglesia de Toledo, de la que quiso hacerme Pastor, Maestro y Esposo, declaro en este momento culminante de mi vida mi amor entrañable, sobre todo amor humano, a mi Iglesia de Toledo, pidiendo a Dios que en la sucesión de los tiempos le depre Prelados más dignos que yo y que siga por siglos las glorias que la han constituido Madre y Maestra de tantas Iglesias en España y la han dado un sitio de honor entre las más célebres cristiandades del mundo.

A mis hijos, los fieles diocesanos de Toledo, les exhorto a que sigan fielmente las tradiciones de sus mayores, y como siempre consideré al sacerdocio diocesano como prolongación y complemento del Obispo, abrazo en estos momentos a todos mis queridos sacerdotes. Les ruego olviden si algo menos perfecto han visto en mí y les exhorto en las entrañas de nuestro Señor Jesucristo a que continúen la obra sacerdotal de redención que Jesucristo les encomendó en su ordenación sacerdotal.

Caben en esta efusión de mi espíritu en estos momentos unas palabras de afecto sacerdotal a mis antiguos sacerdotes de Tarazona y a la Sede, en cuyo régimen me concedió el Señor grandes consuecos.

Va un recuerdo para la Diócesis de Tarragona que me formó para Dios y el sacerdocio, y particularmente para mi parroquia de La Riba, donde nací para el mundo y para Jesucristo.

#### MIS ESCRITOS

Someto desde luego todo su contenido al criterio de la Santa Madre Iglesia Católica; rechazo cualquier afirmación o matiz que pudiera no estar conforme con el pensamiento de nuestra Santa Madre la Iglesia, y declaro que mi único objetivo al publicarlos ha sido la difusión de la verdad católica en sus distintos aspectos y la edificación de la Iglesia de Jesucristo.

#### MI CADÁVER

Una vez que haya ocurrido mi muerte, procúrese tratar mi cuerpo

con la máxima reverencia, como conviene a los restos mortales de un sacerdote y Obispo.

Mi mortaja deberá consistir en sencillos ornamentos sacerdotales, los que las leyes litúrgicas determinen. Sería mi ideal que se entrecruzaran mis manos cogiendo entre ellas el Crucifijo con el Santo Rosario entrelazado y la Bula de difuntos sobre el pecho o a los pies.

Toda vez que es costumbre, no me opongo a que haya oración fúnebre; pero quiero que no se insista en alabanzas exageradas y que la oración verse principalmente sobre el carácter y oficio pastoral.

#### LUGAR DE MI SEPULTURA

A ser posible, en la capilla de la Virgen del Sagrario. Y si no, no me desplacería al pie del Descenso de la Virgen del Templo Metropolitano de Toledo.

Tumba en el suelo y lápida sencilla con sobriedad y sin calificativos.

#### CATEDRAL

1.º Expreso mi voluntad resuelta de que cuanto antes en la Catedral se ponga la lista de los sacerdotes asesinados. Para ello, si hay tiempo, se presentará proyecto del Sr. Arquitecto de acuerdo con el Sr. Obispo, sobre texto, dimensiones, etc.

2.º Encargo que se sigan con todo ahinco los esfuerzos practicados para la recuperación del tesoro artístico, y expreso mi deseo de que quede en el Archivo de la Catedral copia autorizada del acta del expolio, o la misma acta que se conserva en mi archivo particular.

3.º Hago un encargo especial al Excmo. Cabildo de que se reconstruya la Historia de la Catedral durante la revolución, en todos los aspectos.

4.º En mi deseo de que se rehaga cuanto antes y en lo posible el fondo artístico del Tesoro de la Catedral, lego al mismo mi báculo pastoral, en cuya voluta se representa la Coronación de la Virgen, así como mi Pectoral de topacios y brillantes que contiene una reliquia de la verdadera Cruz, y el anillo correspondiente de la misma factura.

Toledo, 2 de Abril de 1940.

Los que conocimos y tratamos íntimamente al ilustre Cardenal Gomá, sabemos que ese testamento es fiel reflejo de su alma y vida entera. Es el último destello de su mente llena de la luz de Dios; la última llamarada de los santos amores que ardían en su pecho.

Testamento es última voluntad, que sellada queda con la muerte del

Testador. Esas líneas escritas por el sabio Cardenal, entre dolores torturantes que le hacían sentir cierta y próxima su muerte, son de un valor extraordinario y acusan, por esas especiales circunstancias en que se escribieron, una indiscutible sinceridad que las avalora.

El hombre de vida interior que vivió casi siempre a solas consigo y que salía de sí tan sólo para ofrecer en sus escritos, en su palabra hablada o con sus obras de gobierno, el fruto de sus estudios y meditaciones, dictó lo que habéis leído cuando se vió solamente cara a la eternidad, cuando nos decía, en conversación inolvidable, que de la frontera de la eternidad para acá no le interesaba ya nada, que quería vivir lo poco que le restaba de vida sólo para Dios y para el cielo, y que, a ese fin, hacía venir junto a su lecho de dolor todos los días a los PP. Capuchinos de Pamplona para hablar de cosas santas que envolviesen su espíritu en una atmósfera puramente sobrenatural.

La confesión rotunda de su fe, formulada con palabras del Doctor Angélico, al que mucho amó y del que docta y píamente escribió, está en consonancia con la de su amplísima literatura. ¡Cómo palpita en ese testamento su amor a Jesucristo! Fué la noble pasión de toda su vida: dar a conocer al mundo a Jesucristo. Mucho escribió de El; pero se fué al sepulcro sin poder realizar un último espléndido obsequio a nuestro Divino Redentor: la publicación de una obra de lujo sobre la vida de Jesucristo, ilustrada con fotocopias de las mejores obras pictóricas sobre los pasos y misterios del Señor, para lo cual había ya reunido no pocos materiales y estaba en comunicación con las más acreditadas casas productoras de España y del extranjero. Tenía el gusto perfectamente educado para apreciar el mérito verdadero de las obras de arte religioso, y hemos de lamentar que no nos dejara colección completa por él seleccionada.

No hemos de alargar estas apostillas para poner de relieve lo que tanto destaca en los escritos del Cardenal: su amor a la Iglesia Católica, al Papa, a sus Iglesias de Tarazona y Toledo que rigió, a la de Tarragona que le formó y de La Riba donde nació, etc...

Solamente queremos referirnos a la cálida exhortación que hace a los sacerdotes y fieles de esta diócesis de Toledo, para prometernos en nombre de todos, cuya voluntad creemos interpretar, que cumpliremos fielmente la última voluntad de nuestro admirado y venerado Cardenal con más fervor y más fidelidad, si cabe, que cuando en vida le obedecemos y secundamos con tanto gusto y docilidad.

Una palabra acerca del epitafio de su sepultura. Le oímos hablar repetidamente de él con una serenidad que nos causó admiración. No quería elogios. Solamente quiso que se inscribieran dos aspiraciones suyas a Jesucristo y a la Santísima Virgen, sus grandes amores.

El margen de libertad que nos dió para la última redacción del epitafio lo aprovecharemos (él desde el cielo nos perdone si contrariamos lo que fué su voluntad) para añadir justo y sobrio elogio.

El epitafio queda, pues, definitivamente redactado así:

## D. D. ISIDORUS GOMÁ ET TOMÁS

S. R. E. PRESBYTER CARDINALIS

TIT. SCTI. PETRI «IN MONTORIO»,

ARCHIEPISCOPUS TOLETANUS,

HISPANIARUM PRIMAS,

MAGNIS PRO ECCLESIA ET PATRIA

EXANTLATIS LABORIBUS,

PIE IN DOMINO OBIT

XXII AUG. MCMXL

IN PACE CRISTI REQUIESCAT

---

REXIT ECCLESIAM TURIASONENSEM

X OCT. MCMXXVII - IX AUG. MCMXXXV

PRAEFUIT HUIC ECCLESIAE TOLET.

XVIII JUNII MCMXXXIII - XXII AUG. MCMXL

---

AD DOMINUM JESUM CHRISTUM

VOCA ME CUM BENEDICTIS

AD VIRGINEM MATREM

MONSTRA TE ESSE MATREM;

NEC AVERTE PECCATORES

SINE QUIBUS NUMQUAM FORES

TANTI MATER FILII

Dios nuestro Señor habrá premiado sin duda largamente sus relevantes y transcendentales servicios a la Iglesia Santa y a la Patria.

Oremos por él, o él ore por nosotros.

† GREGORIO, OBISPO T. DE EZANI,  
A. A. de Toledo.

---





EL CADÁVER DEL ENMI. SR. CARDENAL PRINADO EN LA CAPILLA ARDIENTE



## PÉSAME DE LA SANTA SEDE

Su Santidad, que durante la enfermedad del Sr. Cardenal había prodigado a Su Eminencia las pruebas de paternal afecto y le había concedido el privilegio de poder comulgar después de haber tomado alimento, y el muy extraordinario de celebrar la Santa Misa sentado, apenas tuvo noticia de la gravedad en que se hallaba el Cardenal Primado, hizo saber su paternal desvelo por conducto de la Secretaría de Estado en el siguiente telegrama:

*«Santo Padre, profundamente apenado estado Emmo. Cardenal Toledo, renueva sus votos, envía su bendición apostólica, uniéndose plegarias fieles Archidiócesis.—CARDENAL MAGLIONE».*

Después de la muerte del Cardenal, Su Santidad expresó su augusto pésame en estos términos:

*«Ciudad del Vaticano.—Nuncio Apostólico.—Madrid.—Al conocer Santo Padre triste noticia muerte Eminentísimo Cardenal Primado, ofreciendo oraciones por el alma veneradísimo difunto, expresa diócesis, familia, sentido pésame, presenta personal condolencia.—CARDENAL MAGLIONE».*

---

## PÉSAME DEL JEFE DEL ESTADO

Su Excelencia el Jefe del Estado, manifestó en forma delicadísima y expresiva el sentimiento que le había producido la muerte del Cardenal Gomá, a quien profesaba vivo afecto, dando en esta triste coyuntura elocuente testimonio del aprecio en que tenía la labor patriótica desarrollada por Su Eminencia, que nadie mejor que el Caudillo puede valorar.

Durante el traslado del Sr. Cardenal, de Pamplona a Toledo, el Generalísimo había dado orden de que se interesaran noticias acerca del estado del enfermo en todas las estaciones del trayecto, y se le fueron comunicando impresiones durante la noche y primeras horas de la mañana. Cuando el Sr. Cardenal estuvo en Toledo, Su Excelencia hizo telefonar desde el Pazo de Meirás para saber cómo seguía el enfermo. Y más tarde, cuando se le comunicó la triste noticia, mandó el siguiente telegrama:

*«El Generalísimo Jefe de Estado al Obispo Auxiliar.—Me uno a su sentimiento por el fallecimiento del Ilustre Cardenal Gomá, gloria de la Iglesia, rogándole haga presente a sus familiares mi pésame sentido. Salúdole y besa su Pastoral Anillo.—GENERALÍSIMO FRANCO».*

## CARTA DE RUEGO Y ENCARGO

---



ESTADO ESPAÑOL  
MINISTERIO DE JUSTICIA

---

El Jefe del Estado Español y Generalísimo de los Ejércitos dice con esta fecha, lo que sigue:

**FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE**

JEFE DEL ESTADO ESPAÑOL Y GENERALÍSIMO DE LOS EJÉRCITOS

Muy Reverendos en Cristo, Padres Arzobispos, Reverendos Obispos, Administradores Apostólicos, Vicarios Capitulares de las Iglesias y Vicario General Castrense:

El fallecimiento de Su Eminencia el Cardenal Primado Arzobispo de Toledo, Don Isidro Gomá, de venerada e impercedera memoria, llena el ánimo de los buenos católicos españoles del más profundo sentimiento.

La figura del Eminentísimo Señor Cardenal, alcanzó el mayor relieve por su profundo saber y las virtudes singulares de que se hallaba investido, lo que, unido a su alta condición de Príncipe de la Iglesia, y a los grandes servicios que prestó a la Patria durante la reciente Cruzada, en los momentos más difíciles de la misma, dedicándole ardorosamente y sin reservas, sus magníficas dotes intelectuales con las que pudo conquistar para España la mejor opinión universal, le han hecho acreedor al respeto y consideración de todos los españoles y especialmente al mío y de mi Gobierno.

A la vez que lloramos su muerte y honramos su memoria, debemos cumplir con el cristiano deber de elevar nuestro corazón al Todopoderoso, y pedirle acoja en Su seno, el alma del Cardenal.

En estos instantes, en los que se lamenta pérdida tan irreparable, el Jefe del Estado Español, por medio del Excelentísimo Señor Ministro de Justicia, se dirige a los Muy Reverendos Arzobispos, Reverendos Obispos, Administradores Apostólicos, Vicarios Capitulares y demás Autoridades Eclesiásticas, con

ruego encarecido de que en la forma acostumbrada, eleven sus preces al Señor por el alma de tan esclarecido e ilustre Prelado.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Madrid, 5 de Septiembre de 1940.=*Francisco Franco.*»

Lo que participo a V. I. a los efectos oportunos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 7 Septiembre de 1940.

ESTEBAN DE BILBAO

Al Ilmo. Sr. Administrador Apostólico de TOLEDO.

---

## ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA POR EL M. I. SR. DR. D. HERNÁN CORTÉS, CANÓNIGO DE TOLEDO, EN EL ÚLTIMO FUNERAL CELEBRADO EN LA S. I. C. P., EL NOVENO DÍA DE LAS EXEQUIAS DEL EMINENTÍSIMO SEÑOR CARDENAL PRIMADO DR. D. ISIDRO GOMÁ Y TOMÁS, ARZOBISPO DE TOLEDO, EL 30 DE AGOSTO DE 1940

---

Sea ante todas las cosas bendito y alabado...

Por la señal...

*Gloria filiorum, patres eorum.*

Es gloria de los hijos, el honor de los padres. (*Prov., c. XVII, v. VI*).

Excmo. y Rvdmo. Señor Administrador Apostólico del Arzobispado de Toledo; Excmas. Autoridades; Excmo. Cabildo; reverendos sacerdotes, familiares, amigos y servidores del Eminentísimo Sr. Cardenal; carísimos oyentes:

El Cabildo Primado hubiera querido prestigiar más esta oración fúnebre; la providencia le ha honrado haciendo recaer en su seno el honor de pronunciarla; el capitular que os habla acarició como en sueños la distinción de dirigiros la palabra en este día; pero sube a la cátedra sagrada abrumado por un peso que le oprime. De una parte, no quisiera olvidar la concisión que las circunstancias aconsejan; de otra, impone restricciones el deseo, aunque no la exigencia, del Sr. Cardenal difunto, quien pedía para esta hora moderación en los elogios; añádase a estas limitaciones el hecho de la opulencia de la personalidad del Primado y se comprenderá que tengo la dificultad que encuentra el arte al querer

reproducir fielmente la riqueza de rasgos que la naturaleza ofrece, sin poderlo conseguir. Se trata de un coloso y hay que obtener una miniatura, y el pintor, si no se especializa, no logra miniar. El Sr. Cardenal es una gran figura, y yo padezco escasez en mi inteligencia, y en cambio acaso me estorbe en este momento tener para con su Eminencia demasiado corazón...

Al empezar advertiré que la memoria habitual podrá retener los datos biográficos del Sr. Cardenal, pero que es muy difícil que la memoria actual lleve a flor de labios y al punto de la pluma todos los recuerdos que pudieran surgir de la vida del Primado difunto. Con todo, vamos a intentar cumplir con nuestro cometido. Hemos menester como pocas veces la gracia de Dios Nuestro Señor; pidámosla a la Santísima Virgen, rezando devotamente, el Ave-María.

Fué unos meses há; la Catedral estaba fría; la generosidad de su Eminencia le hizo asistir al responso y tener la oración fúnebre, luego impresa, por los ocho mil mártires que tienen en España los jóvenes de Acción Católica. El Canónigo obrero había colgado el paño de la muerte: reparó su Eminencia en aquella rica tela que se debe a la magnificencia del Conde de Teba; la Implacable, con su mano huesuda empuñaba la guadaña y a sus pies mostraba los trofeos de su victoria; testas coronadas con tiara, capelo, mitra y bonete, cubiertas con coronas de toda la gama de la Heráldica, desde el Barón y el Conde hasta el Emperador; decía después su Eminencia: he visto a los pies de la muerte la cabeza de un hermano Cardenal. Parece que la muerte se desprendió de la negrura de su manto y descendiendo de las rejas de Céspedes y pasando por bajo de las de Villalpando, cruzó entre los asistentes, subió las gradas del altar, llegó al solio del Primado, recogió los prodromos esparcidos en su cuerpo, y los hincó como artera puñalada en órgano vital del hoy difunto. Allí en la capilla del Sagrario tenéis los despojos de la muerte, cumpliéndose así la frase del Sr. Cardenal al Presidente de los jóvenes de Acción Católica de España: yazgo como un gigante derribado. Tenía la sensación de la grandeza y vigor de su organismo, que al no ser minado por terrible enfermedad, hubiera llegado a longevidad notable; grandeza física, que era exponente de una grandeza moral.

Quisiera que mi voz tuviese por un momento la potencia resurgente de los acentos proféticos de Ezequiel, para hacer levantarse de la tumba redivivo al Cardenal Primado, para que le pudiéramos contemplar. Mirémosle.

Nació el 19 de agosto de 1869; ha vivido por tanto setenta y un años cabales, con más tres días. Vino a la vida en La Riba, provincia de Tarragona, en el seno de una familia de cristiano abolengo, a la vieja

usanza catalana, según la antigua costumbre española. Ingresó en el Seminario de Tarragona y no conoció otra calificación que la de MERITISSIMUS; se ordenó de Sacerdote en 1895; se doctoró en Sagrada Teología en la Universidad Pontificia de Valencia, y en Filosofía y Derecho Canónico en la Universidad Pontificia de Tarragona. Fué sucesivamente Coadjutor en la ciudad de Valls, y Ecónomo de Montbrío del Campo; fué por oposición, primero, Beneficiado, y después Canónigo de la Catedral de Tarragona, en la que fué promovido más tarde, al Arcedianato; desde que llegó a Tarragona, formó parte del Claustro de profesores de aquella Universidad Pontificia; pasó por las cátedras de Humanidades, Ciencias Físicas y Naturales, Sagrada Oratoria y Sagrada Escritura. De su paso por las cátedras dejó memoria en el gabinete de Física, celebrado por su valor, del Seminario de Tarragona, y en el Observatorio Metereológico de aquella Pontificia Universidad, el cual a cargo de los Seminaristas ha servido no poco tiempo a la ciudad tarraconesa. Cerca de un decenio fué Rector de aquel Seminario, el cual quedó al cesar nuestro Primado, como un noviciado de ferviente orden religiosa. Fué nombrado Provisor del Arzobispado de Tarragona, cargo en el que perseveró hasta ser Obispo.

Su prestigio de teólogo mereció que la Santa Sede le designara para la Comisión que entiende en el estudio teológico de la doctrina de la Mediación de Nuestra Señora.

En 1927, el Papa Pío XI, de grata memoria, que ha dejado en el mar de la Historia de la Iglesia luminosa estela con sus Encíclicas, le preconizó Obispo, y en aquel mismo año se posesionó de la Sede de Tarazona. Más tarde la revolución, como el mismo Primado difunto decía, hirió en su núcleo a la Jerarquía de la Iglesia, al ser extrañado violentamente de España el hoy Cardenal Arzobispo de Sevilla, y fué promovido para la Sede Primada el Doctor Gomá, quien se posesionó de la Sede de los Eugénios e Ildefonsos, en 1933; fué creado Cardenal a fines de 1935; en 1940 ingresó en el Instituto de España, siendo nombrado académico de la Lengua y de la de Ciencias Político-morales; en el período álgido de su última enfermedad, vísperas de su viaje a Pamplona, en el que cifraba ilusión de que un clima más adecuado le mejorara, para seguir trabajando, el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, le nombró gran Canciller Presidente de la Orden de Isabel la Católica, de la que antes había sido hecho Caballero.

Así recorrió el Doctor Gomá con paso rápido y seguro, como un gigante, el camino de la gloria, llegando el zenit de su personalidad destacada.

Pero esta personalidad no solamente fué muy acusada sino que para llegar a serlo fué adquiriendo sucesivamente transcendencia con sus actuaciones. Así lo demuestra su intervención en Asambleas y Congresos

que se suceden con motivo de Centenarios y diferentes conmemoraciones o solemnidades: Como el Congreso Apologético de Vich, en torno a la figura del filósofo español, el presbítero D. Jaime Balmes, cuyo sillón de académico ha correspondido a nuestro Cardenal; como el Congreso Litúrgico de Montserrat, y el Mariano Monfortiano de Barcelona; como la Semana Catequística de Reus, la Asamblea Mariana de Covadonga, el Congreso Eucarístico de Toledo, el Congreso Iberoamericano Mariano de Sevilla y el primer Congreso de Acción Católica en Madrid. Y si se trata de estos acontecimientos en el plano internacional, aparecen intervenciones del Doctor Gomá: en el Congreso Eucarístico Internacional de Amsterdam, en el de Cartago, en el de Buenos Aires, siempre asociado al nombre del General Justo, y del actual Pontífice, entonces Legado a Latere, y ante el cual, con motivo de la Fiesta de la Raza, tuvo Su Eminencia su discurso, después editado, de exaltación de la Hispanidad católica, evangelizadora, misionera, cristianamente colonizadora. Y en el Congreso Eucarístico Internacional de Budapest, logró su voz hacer justicia a la causa nacional empeñada en heroica Cruzada, acerca de la cual, como también acerca de los desmanes rojos, el mundo se hallaba equivocado. También arrancó a su pluma afirmaciones de verdad, en este sentido, en el Congreso Eucarístico del Paraguay.

Esta personalidad no solamente fué destacada por lo oportuno de sus intervenciones, sino que también por lo asiduo de sus trabajos. Era gran admirador, Su Eminencia, de Bossuet, de quien decía que gustaba de condensar con más reflexión su pensamiento, escribiéndole no antes, sino después de hablar. Siguiendo esta norma, nuestro Primado, iba cristalizando sus estudios, sus lecciones y sus discursos en producciones literarias que iban brotando de la prensa, con motivo de los temas que en el discurso de los tiempos, planteaba la actualidad. Así, son conocidas sus oraciones fúnebres por el Arzobispo López Peláez, por el Papa Benedicto XV, predicadas ambas en la Catedral de Tarragona; su oración sobre San Raimundo de Peñafort y sobre el sentido jurídico catalán. También escribió acerca de Santo Tomás y su época; sobre el Edicto de Milán, y de la Paz constantiniana. Y así, sobre otros muchos asuntos y en particular sobre uno de sus más estimados genios pensadores. Señalaba Su Eminencia la Jerarquía de los genios; primeramente, el talento de Jesucristo, cuya inteligencia mira al Verbo, que le es personalmente presente; después, el Apóstol de las gentes, San Pablo; en el correr de los siglos, esa gran síntesis, que es Santo Tomás de Aquino, cuya Summa Theológica temía se vertiera a lengua vernácula, para que no desmereciese de su original valor; el gran Bossuet; pero muy principalmente, el Águila de Hipona, el gran San Agustín, de quien hizo el panegírico en El Escorial, así como escribió también acerca del cristianismo en el Africa.



No basta afirmar y reconocer la personalidad muy acusada de Su Eminencia, transcendente y activa; hay que llegar al fondo de esta personalidad para encontrar el resorte secreto de la grandeza personal de nuestro Primado difunto. Vayamos hacia su tumba; tratemos de conseguir como el profeta Ezequiel en su visión, que sus huesos se revistan de vida y se incorpore el difunto Arzobispo de Toledo. Vedle; era alto, regularmente configurado, de graves movimientos, de sobriedad en el ademán y en el gesto, de hablar reposado, de mirada inteligente y respetuosa.

Los castrenses han escrito muy bien acerca de la exquisita sensibilidad del Primado, que organizó la asistencia espiritual religiosa de nuestros soldados en la guerra; bien está; mas si se tratase de hallar en la idiosincrasia del Sr. Cardenal una base de temperamento, según la antigua clasificación, que sirviera para determinar en la tipología de los caracteres, su modo peculiar, acorde y constante, de ser en la vida, se tropezaría con no escasa dificultad, y tal vez los que íntimamente le trataron, no pudiesen responder, sin reflexionar. Por exclusión, se podría acertar. No era bilioso; tampoco era linfático. Pero, ¿tenía de nervioso, en su condición? Ciertamente, de este matiz poseía pinceladas. ¿Era sanguíneo? De este temperamento, no carecía de brochazos. Ahora bien: ¿Cuál sería la fisonomía del espíritu de nuestro Primado? La respuesta no ofrece duda al sacerdote que os habla. Seguramente era la nobleza. Se trata de un alma especialmente dedicada a la verdad y al bien, cuyo amor hondamente sentía, y la verdad tiende a comunicarse, como el bien a difundirse. Así, el espíritu del Dr. Gomá era diáfano, semejante al torrente de límpidas aguas que dejan contemplar no sólo el color, sino también la forma de los guijos de su lecho. El Sr. Cardenal había viajado mucho, para completar la sólida formación de los conocimientos en su inteligencia; por esto se ayudaba en sus viajes de la máquina fotográfica, ya que la cámara del fotógrafo guarda más las impresiones que la fuerza de retención de nuestra retina; por esto sabía de muchos paisajes del mundo; pero en cambio, para los paisajes de las almas, de la lucha de la vida, de la encrucijada del siglo, de la defeción frecuente, tenía aquella natural dificultad que señala Balmes en su Criterio, para los que están avezados a mirar siempre la claridad de su espíritu transparente y puro. El talento del Sr. Cardenal, la experiencia de su vida, le hacían prudente, pero no obstante, cuando había menester de reserva, cuando necesitaba emplear recámara, no hay duda que en su espíritu se planteaba la que podíamos llamar colisión psicológica entre su efusión espontánea y la reserva impuesta por las circunstancias. Había hecho liquidación cuanto a preferencia entre la sencillez de la paloma y la astucia de la serpiente. Sin duda se quedaba con la sencillez de una sola paloma, mejor que con la astucia de todas las serpientes del mundo.

Tomad estas condiciones naturales, unas de orden físico y otras de orden moral, educadlas en la discreta severidad de un hogar cristiano del pueblo catalán, disciplinadlas con la austeridad imprescindible y proverbial en Seminarios como el de Tarragona, y obtendréis un complejo armónico que constituye el carácter de Su Eminencia, cuyas notas esenciales son, a nuestro parecer, las siguientes: El orden. Jerarquizaba sus conocimientos, las verdades que tenía que exponer, el trabajo que tenía que realizar; daba este consejo para el que lo quería seguir de aquellos que le rodeaban: trazar por escrito cada noche el índice de las ocupaciones del siguiente día. Después resaltaba la nota de la pulcritud en todas las manifestaciones de su vida. Los que alguna vez le servimos en orden a trabajos de imprenta, podemos recordar el esmero con que disponía los más exiguos pormenores en las ediciones de sus escritos. Añadid su amor al trabajo; no comprendía un paseo para sedante del espíritu, que durara más de una hora. A la tumba le llevó no sólo la enfermedad, sino el sufrimiento de su alma, porque su dinamismo, frente a la inacción impuesta por su dolencia, le hacía sufrir terriblemente, al pensar en sus quehaceres habituales, en la máquina de escribir y en los negocios que planteaba a cada momento la realidad de la vida por el prominente cargo que ocupaba. Finalmente, podemos señalar como nota de su carácter, la constancia, que es la que nos explica la altura a que llegó el Primado, logrando rendimiento abundoso en sus cualidades naturales.

Este carácter, sello del alma, impreso hondamente en su espíritu, actuó sobre las dotes nativas del Cardenal Primado, como el trabajo del artista de orfebrería sobre los planos de una piedra preciosa, puliéndola y embelleciendo sus facetas.

Si quisiéramos contemplar algunas de estas facetas, señalaríamos primero la del escritor. Estaba muy versado en Humanidades, de las que había reportado variada erudición; había sorprendido el secreto de la ciencia natural; había echado sólidos cimientos con el estudio de la Filosofía, en la estructura de sus ideas, había llegado hondo en el estudio de la Teología; de esta suerte se veía capacitado para llevar a la prensa libros maduros sobre asuntos diversos. Inician las Hijas de María de Orihuela una campaña a favor de la modestia cristiana, y el Cardenal la encauza y condensa en su libro sobre las Modas y el Lujo, en el que clásicamente comienza recordando a Fray Luis de León en la Perfecta Casada. Sus conferencias sobre la familia, en Bilbao, aparecen en el que pudiéramos llamar Código de aquélla, que esto es su libro sobre tales cuestiones a la luz del Derecho Natural y Canónico. Tiene otro libro acerca del Matrimonio Cristiano. Se mueve en su elemento, escribiendo sobre temas teológicos; así al discurrir sobre la

esclavitud de la Santísima Virgen, en su libro «María Madre y Señora». Así especialmente, cuando escribe sobre la Sagrada Eucaristía y sobre psicología sobrenatural de la Sagrada Comunión. El Año Jubilar del Papa, le inspira siendo Obispo en Tarazona, su obra literaria sobre «Transcendencia actual del Papado». El Centenario de la Redención, le brinda a escribir su libro, «Jesucristo Redentor», en el que al tratar, por ejemplo, de la belleza de Jesucristo, cita con gusto a su admirado San Agustín, y arranca irisaciones geniales a su inteligencia. Lleva al aprovechamiento de la envidia espiritual de la Liturgia de la Iglesia, y contribuye al resurgimiento liturgista contemporáneo, con su libro «El Valor Educativo de la Liturgia». Acaso el elemento más propiamente suyo, lo ofrece la Sagrada Escritura. Escribe sobre Tradición y Crítica en la Exégesis Bíblica y sobre nuevas Orientaciones de la Apologética Bíblica Moderna; este escrito merece ser traducido muy pronto por una revista italiana de Treviso, de Cuestiones Apologéticas; el honor de la versión a diferentes lenguas del mundo, lo alcanzará con el correr de los tiempos nuestro escritor, en diversas publicaciones que surgirán de su pluma. Da acceso al fondo predicable de la Sagrada Escritura a los Sacerdotes, presentando el ejemplo, entre otros, de San Agustín y de Bossuet, con su libro «La Biblia y la Predicación», para que construyan con piedras vivas de la cantera escripturística, bellas catedrales de sagrada predicación. Facilita la devoción del rezo del Oficio divino, con su libro acerca del Psalterio Davídico. El pueblo cristiano aprovechará en «Los Santos Evangelios», opúsculo en el que extrae de los Cuatro Evangelios sincronizados, una Historia de Jesús. Este libro es como el epifonema que flota en el ánimo del lector que haya pasado atentamente por la gran obra del Sr. Cardenal, en cuatro tomos, el «Evangelio Explicado». Densidad de pensamiento se hallará más, por ejemplo, en «Jesucristo Redentor»; empero, estudio cabal de selección de exposición del Santo Evangelio en autores como Knabenbauer, Lagrange y otros, así como en revistas de estudios bíblicos, con el complemento de índices muy oportunos para facilitar el estudio a los sacerdotes, es sin duda en esta obra donde se podrán hallar; un gran acierto; será por muchos años material aprovechable este libro para el Clero; yo tengo para mí que en los púlpitos de España, especialmente en la predicación parroquial, predicará por mucho tiempo con esta obra el Cardenal Gomá. Este era el noble deleite de su espíritu. Así lo dijo en el prólogo al libro «El Angel del Alcázar»: olor fresco del campo en primavera, olor de papel impregnado en fresca tinta, cuando acaban de oprimir los tórculos. Indudablemente, el Dr. Gomá fué un gran escritor. ¡Lástima no haya podido realizar su propósito de recoger para ilustraciones y policromías, reproducciones de las mejores obras de arte del mundo sobre Jesús nuestro Salvador, y hacer una

edición príncipe de «Jesucristo Redentor», la cual había ya planeado y comenzado a bosquejar, como obsequio de su alma, y del arte, y de la imprenta, al divino Redentor de las almas!

¿Quereis admirar otro plano de esta piedra preciosa que fué la personalidad de Su Eminencia, acaso el más cuidado, convertido en auténtico camafeo? Indudablemente es el sacerdocio. Muchas personas coinciden en que el Cardenal Gomá era eminente, profundamente sacerdotal. Cobró amor al sacerdocio en el Seminario de Tarragona. Gozaba durante su última enfermedad cuando estampaba la firma en algún auto de fundación de becas para el Seminario. Fué el primero que acertó en Toledo en apellidar del Sagrario, una beca fundada. Celebró solemne y provechosamente la Semana del Seminario. Ha encargado a la Acción Católica que dé gran realce a la campaña Pro-Seminario. Discurría sobre el sacerdocio en el Congreso Mariano de Sevilla al tratar sobre la relación que ligaba a éste con la Santísima Virgen María, y destacaba con Bossuet, entre los nombres de Cristo, sobre los que escribiera nuestro Fray Luis de León, el nombre de sacerdote, que le es esencial al Redentor. De su espíritu sacerdotal nacía su gusto en escribir sobre Liturgia, para que el pueblo llegara a la entraña de la vida sobrenatural de la Iglesia. La figura del Cardenal es como un monumento gigante, y sobre él el faro de su alma proyecta regueros de luz que muestran el camino hacia Dios, misión excelsa del que dá los sagrados dones y es hecho puente entre los hombres y Dios: del sacerdote.

Debemos contemplar después la faceta del Obispo. Muchas pruebas se podrían aducir del celo Pastoral de Su Eminencia. A lo largo de los Boletines de la Diócesis de Tarazona y del Arzobispado de Toledo quedan consignadas sus instrucciones, exhortaciones, cartas pastorales, sobre los diferentes momentos religiosos de la vida y de la Liturgia Eclesiástica. Jesucristo Rey, Jesucristo Redentor, El Sagrado Corazón de Jesús, El Santísimo Corpus Christi, La Cuaresma, Las Pascuas, El Mes de María, La Inmaculada Concepción y tantos y tantos otros similares motivos. En los dos tomos de su libro «Antilaicismo», se pone de manifiesto el amor de este Pastor por su grey, por la Iglesia, escribiendo sin humanos reparos ante los poderes públicos, acerca del atropello contra la Compañía de Jesús, sobre las excesivas y disolventes facilidades del divorcio, sobre el Matrimonio civil, concubinato entre los católicos, sobre la profanación llamada Secularización de los Cementerios, sobre el Laicismo de la Constitución de la República, sobre los desmanes masónicos.

No sólo escribió para enseñar a vivir, sino también para enseñar prácticamente cómo se ha de recibir la muerte que nos espera, en su memorable documento de despedida de la vida, lección conmovedora para el mundo cristiano, la cual ha llevado ejemplarmente a la práctica

en su santa, larga, suave y edificante gravedad, agonía y último momento. Pero oid, sacerdotes. ¡Qué gran Obispo! Podríamos contar cada uno paternales muestras de su gobierno suave; guardada la distancia infinita que a todo hombre separa de Dios, se asemejaba a la Divina providencia, que no sólo gobierna especies, sino que también se cuida de los individuos; así también no sólo gobernaba la clerecía que le estaba confiada, sino que tenía amoroso cuidado de cada uno de nosotros. Yo me atrevería a afirmar que el Cardenal Gomá jamás fué desobedecido por sus sacerdotes; si hay alguna excepción, pasa desconocida, y no puede menguar la universalidad moral de mi aserto. ¿Es que amenazaba con los recursos coercitivos del Código? No, que no. Cuando se sirve por temor, hay servilismo; cuando se inspira confianza y se gana el amor de los súbditos, como debe ocurrir con los sacerdotes que viven vida sobrenatural, no se sirve, sino que se colabora. Este es el caso de nuestro Cardenal, que fué un gran Obispo, con su admirable armonía de talento y excelente corazón.

Llegamos ahora a otra faceta importante de la personalidad de su Eminencia. El Arzobispo de Toledo. El gran polígrafo santanderino reconoce que las diferencias étnicas y geográficas de España no parecían prometer que formáramos una gran nación, ni un fuerte Estado; pero sirvieron, en la vida interna de nuestro pueblo, de aglutinante dos grandes fuerzas de cohesión: El ideal católico y la raigambre adquirida en nuestra Historia por una magistratura suavemente vigorosa a la que gustaban de obedecer los españoles. Pero advino la revolución; la anarquía extendiéndose por la península, debilitó el lazo de unión que para los españoles constituía el principio de autoridad. De otra parte el laicismo, permeando los estratos sociales de nuestro pueblo, restaba eficacia a la unión que dimanaba de la unidad religiosa. Con la Monarquía vino al suelo uno de los pilares que sostenía la grandeza Española. Faltaba subvertir el otro pilar; que dos son los de la Heráldica de nuestro escudo..., y éste era la Iglesia. Llegó el Dr. Gomá al Arzobispado de Toledo en sazón de actuar fuertemente una fuerza centrífuga que llevaba a España a su desintegración; para que ésta fuese más rápida estorbaba el prestigio y el añejo abolengo de la Sede Primada. Frente a esta corriente actuaba otra diametralmente opuesta, antigua en el sentir de los españoles y que responde a la Historia Nacional de la que fué egregia figura por mucho tiempo el Arzobispo toledano; al recibir España influencias extranjeras se había perdido bastante del curso de esta tendencia, la cual ha continuado soterrada como las aguas del Guadiana, que fluyen bajo tierra para aparecer en los ojos del aquel río, así también al tender hoy hacia la nueva España inspirada en la España de los Reyes Católicos, los ojos se volvían a la Sede de Toledo, y los corazones deseaban que se reintegrara la figura del Arzobispo toledano a su prestancia tradi-

cional. Su Eminencia oyó la voz de España en lo íntimo de su conciencia, y hablando, y escribiendo, y con lo prudente, constante, y acertado de su actuación, mereció conseguir que volviera a su antiguo esplendor la Sede de Toledo, a la que había herido la revolución, como muy bien sabe por dolorosa experiencia el Prelado que en Toledo le precedió. No se diga de atavismos, de regresos al siglo XIV. No recordemos los siglos de triste memoria; mejor que se hable de siglos como el XV y el XVI, del florecimiento católico entre nosotros... Adviértase que las corrientes políticas del mundo coinciden en vigorizar la personalidad de los dirigentes de los pueblos; defender los prestigios de un cargo tan elevado como es la Primacía de la Iglesia de España en la Sede de Toledo, no es retroceder, sino asegurar la perennidad del pensamiento genuinamente español, y auténticamente católico, con perfecta identificación con el Papado, Primacía universal de la Iglesia, para bien político religioso de nuestra Patria, toda vez, que a tan excelsa altura, sólo se llega con las máximas garantías, y con los más nobles y seguros prestigios.

Se ha dicho galanamente que el Cardenal Gomá baja a la tumba pasando sobre la memoria de aquel otro Cardenal que dice en su lápida: *Hic iacet pulvis, cinis et nihil*. Al oír esta alusión yo recordaba al Marqués de Valdegamas cuando decía: los Austrias miran más el bien religioso de su pueblo y descuidan el bien material, por esto se empobrecen; los Borbones miran más al bien material y no atienden tanto al bien religioso de sus pueblos, por esto se levanta la revolución y les mina sus Tronos. El Cardenal Gomá aventaja a Portocarrero, a quien se atribuye el corrimiento del cetro de España de una dinastía a otra..., en que el Cardenal Gomá pertenece al alma de la Nueva España que busca la afinidad con el espíritu de los Reyes Católicos, dinastía indígena, de poder templado, popular y cristiano, que tanto miró por el bien religioso de su pueblo, que logró restaurar la unidad católica de San Leandro y Recaredo, mereciendo el sobrenombre de Reyes Católicos, pero que tanto supo mirar por el bien temporal de España, que merecieron respaldar con un águila apocalíptica nuestro escudo, y rodearle con el halo de grandeza que simboliza el vuelo hacia el Imperio español en nuestra Historia. Por esto el Cardenal Gomá pasa sobre la tumba antes citada, y llega hasta junto a la Virgen del Sagrario, recibiendo la mirada que le dirige desde el sepulcro, aquel otro gran Cardenal, Don Pedro de Mendoza, que se llamó el tercer Rey de España...

La Acción Católica nos depara otra faceta que podemos contemplar y que presta más realce al aspecto que anteriormente acabamos de apreciar. Pasaron los tiempos, de la Acción Católica un tanto protéica, por fuerza, del Cardenal Sancha; los días de las normas del austero Cardenal Aguirre; la fase de Acción social del Cardenal Guisasola, con su pastoral «Justicia

y Caridad»; pasó el Cardenal Almaraz, quien dió Presidente a la entonces llamada Juventud Católica, en un intento noble que no llegó a realidad; pasó el llorado Cardenal Reig, con sus principios y bases de gran precisión y método; advino el Cardenal hoy Arzobispo de Sevilla, de celo apostólico, con la puesta en marcha de la Acción Católica, propendiendo a darle alma con la acción sacerdotal; y llega el Cardenal Gomá, y con las nuevas Bases, él tan sacerdote, centra por fin sobre el sacerdocio la Acción Católica; él tan Obispo, la fija en torno al eje de la acción episcopal; y él tan Arzobispo de Toledo, Primado de España, logra en la Junta Suprema y en la Dirección Central de esta misma Acción Católica, con sus hermanos los Arzobispos españoles, en la Conferencia de Metropolitanos, la encarnación del pensamiento católico entre los buenos españoles.

Vamos a presentar una última faceta de las que ofrece la personalidad del Cardenal Gomá. Cardenal de España. Mucho se ha escrito y se ha hablado sobre Ximénez de Rada, Gil de Albornoz, Carrillo, Mendoza, El Cardenal Infante de España y tantos más que no sólo llevaban el báculo, sino que esgrimían la espada. Demos de lado a un Carrillo, repartiendo mandobles; reconozcamos que los otros Prelados de quienes tanto se dice vivieron un tiempo en que peligraba no sólo el orden social, la familia, la Patria, sino también la Iglesia... Pero recuérdese también a los Concilios de Toledo, y a los Prelados de la Iglesia visigótica y se verá como hasta el extranjero, doctrinario y protestante Guizot, reconoce que fué la Iglesia y fueron los Prelados como Braulio en Zaragoza, Isidoro en Sevilla y los Eugenios e Ildefonsos en Toledo, los que, adelantándose a Europa, civilizaron cristianamente a España. No sólo la espada, sino también la pluma han sabido manejar los Prelados españoles y con ellos los Arzobispos toledanos.

Hecha esta salvedad, recordemos cómo en el cerebro de Europa y del mundo, depositó un judío los gérmenes del marxismo. Piénsese además cómo una Filosofía menguada, negativa, indigna del nombre de Filosofía, el materialismo, secundado por una falsa ciencia naturalista, doctrina desmedrada, grosera, que rebaja al hombre y que hoy la ciencia legítima repudia y acusa de haber retrasado un siglo la verdadera ciencia natural, favoreció la expansión del marxismo, y se verá que, como el pueblo es consecuente y llega a las últimas deducciones, aunque en ellas se inspira con tardanza, porque además es retardatario y se entera con retraso de algunas ideas y del derrumbamiento de aquellas doctrinas, que sólo un tiempo pueden durar..., se verá, decimos que fatalmente se tenía que desembocar en una conflagración, de la cual la guerra de España ha sido un sangriento episodio, acaso decisivo.

Mas de la Cruzada de España, como de la roja revolución que ensangrentó nuestra Patria, se tenía en el mundo, así como dentro de España,

necesidad de saber la verdad. En esta misión la voz y la pluma del Primado sirvieron a las espadas y garantizaron la conservación de la civilización cristiana en la península; tal vez en el continente. Por esto la furia roja daba rugidos ante la Pastoral colectiva del Episcopado español, en la que se decía la verdad a propios y a extraños. El Cardenal Primado tuvo vista de zahirí, escrutó lo porvenir, caló hasta el bien futuro de la Iglesia, y prevaleció el consejo que favorecía a la civilización católica, universal. En la lucha, la masa, el músculo preponderaba, y frente a la materia se había levantado un puñado de valientes, servidores del ideal, defensores del espíritu, a los cuales seguían hombres de buena voluntad. Entonces la voz de la Iglesia resonó en el alma de sus hijos, y el catolicismo se puso en pie en nuestra Patria, y cayendo sus héroes por Dios, por la Iglesia y por España, escribieron las páginas de triunfo de la Cruzada que terminó en la victoria. Para llegar a ésta, había que contrarrestar la propaganda roja, bien organizada, bien financiada, y con muchos ecos y resonancias en el mundo. Pero aquí estaba el Cardenal de España. Él escribe sobre «la Cuaresma de España», páginas conmovedoras que a nuestros soldados animan y a los extranjeros hacen comprender la verdad. La Pastoral colectiva, vertida a todas las lenguas, va corriendo por el mundo diciendo a las almas que desean orientarse sobre la cuestión española, la verdad que conviene que conozcan. Él escribe a los Obispos del mundo, de quienes recibe mensajes consoladores para la Iglesia española y confortantes para los caballeros de la lucha por el santo ideal de la Cruz. Él monta la oficina de información internacional, que esparce la verdad y aclara los hechos en orden a conocer bien los acontecimientos de nuestra Patria. Él escribe una carta paternal, delicada, y cargada de razón, a un hombre que salió de las filas y del Consejo de los jóvenes de Acción Católica de España, pero que enmarañó la llamada cuestión vasca, tan ligada a la vida religiosa de nuestro país; esta carta meditada en los medios católicos internacionales, hizo justicia y desvanció artificiosos equívocos. No cejó, nuestro Cardenal, en la oración, en el ministerio de la palabra, en el manejo de la pluma, en la organización, en la propaganda, hasta conseguir que los católicos españoles se unieran como un hombre en la defensa de la Patria y de la fe, y que el mundo entero supiera de nuestra lucha con la barbarie roja. Quedará como testimonio de esta afirmación su libro «Por Dios y por España». Prelados toledanos lucharon contra la media luna; Cardenales de Toledo defendieron al Papa o guerrearon contra el protestantismo; pero sin temor a equivocarnos podemos afirmar que la hora que correspondió al Cardenal Gomá, fué decisiva para la civilización cristiana en nuestra Península; y en esta hora el Cardenal cumplió como bueno. Un día se estremeció la tumba de Santa Leocadia para decir a San Idefonso:



Por tí vive mi Señora, refiriéndose a la defensa de aquel santo Arzobispo de la prerrogativa de la Virgindad, tan cara a la Madre de Dios, y Madre nuestra. Yo siento que allá en el Ochavo se agitan las reliquias de Santa Leocadia en su rica arca de plata, para decir a nuestro difunto Primado; Por tí persevera la fe en nuestra Patria. Es admirable Falange, que tiene mucho de bueno en sus propósitos, y que vertió su sangre por España. Son dignos de elogio los tradicionalistas, corderos para rezar, leones para la lucha, como los caballeros de San Bernardo, y que dieron sus vidas generosamente por su patria; fué bravo el ejército que arduosamente venció a su enemigo; mucho hizo el Estado Mayor, el Generalato; eficaz fué la estrategia del Generalísimo; mas es cierto también, que para esta lucha necesitaba el Caudillo, para lograr la victoria, que los cristianos españoles decididamente le apoyasen; los pastores de Israel aconsejaron a su pueblo..., y el Primado, con el prestigio de la Sede de Toledo y con la eficacia de su personalidad al servicio de su cargo, levantó a los católicos al cumplimiento del deber por la Patria, por la civilización, por la Iglesia, por Dios. La página de oro de este Cardenal de España no puede escribirse todavía; es preciso que pase bastante tiempo para que la historia se pueda escribir sin pasión y sepa España lo que la modestia del Cardenal calló.

¡Muerte que te agitas inquieta, que acechas acaso a alguno de nosotros, que te revuelves temiendo que mi pobre palabra retorne a la vida al Cardenal que nos arrebataste; mi voz no tiene potencia para hacer retroceder la sombra del reloj de Ezequías, para alargar una vida rota, por otros quince años... Vuelve a sumirte en la negrura de tu manto; el Cardenal yace como él dijo: como un gigante derribado al golpe de tu guadaña!

Diréis que he desobedecido, no al mandato, sí al ruego del Señor Cardenal. Si desobedecí, fué por amor; me engañó el corazón, estorbo que ya os dije al principio me trababa para el cumplimiento de mi cometido. Pero no, me acerqué al lecho del Cardenal agonizante; oí las jaculatorias que exhalaba; le hablaron de mi presencia, y siempre respetuoso, contestó: «Mande». Quedé perplejo. ¿Qué iba yo a mandar a mi Señor? ¿Qué iba yo a pedir a un moribundo? Para el cielo ya le pidió un hermano; que rogase por nosotros, y replicó: Mucho, mucho. Para la tierra nada tenía yo que mandar. Pero ahora he usado de la autoridad recibida para cumplir con esta oración fúnebre, según mi leal saber y entender...

Señor Cardenal, pues que dijiste que os mandara, he de hacerlo, pero será pidiendo: Consolad a vuestros hermanos y familiares todos. A la

hermana en vuestro sacerdocio, al novel sacerdote que hereda vuestro apellido.

Consolad a vuestro Obispo auxiliar, a vuestros secretarios, colaboradores, familiares y servidores en general.

Fortaleced al Excmo. Administrador Apostólico del Arzobispado de Toledo. Es de Aragón, noble tierra; resuena otra vez en Castilla aquel cantar: Flores de Aragón, dentro de Castilla son, blasón de Aragón...; de Aragón con la columna del Pilar. Ayudadle a seguir la senda luminosa que le trazó vuestra vida...

Ayudad a la Iglesia de Toledo. Rogad por España. Pedid por el Jefe del Estado. Pedid por el Gobierno y sus organismos de mando. Pedid por el Clero y por el pueblo toledano, que tanto os quisieron. Pedid por los que aquí nos hemos congregado a celebrar vuestra memoria, y haced que nos juntemos un día en el cielo con los Santos Eugenio e Ildefonso, con vuestra paternal compañía, para que podamos reconocer que: la gloria de los hijos, es el honor de sus padres...

---

## ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA POR EL ILMO. SR. DR. D. HILARIO YABEN,  
VICARIO CAPITULAR DE SIGÜENZA

---

*Potens in opere et sermone.*  
(Luc. XXIV)

El 22 de agosto, poco antes de la media noche, falleció en su Palacio Arzobispal de Toledo el Emmo. Cardenal Primado, D. Isidro Gomá y Tomás. Murió después de penosa enfermedad y larga agonía que acabaron sin duda de purificar su alma y de prepararla para entrar en las mansiones de la eterna gloria. Ya herido de muerte, había querido que lo trasladaran a Pamplona, la ciudad heroica en que tantas veces durante la guerra había tonificado su espíritu y acrecentado sus entusiasmos por la Cruzada el egregio Cardenal. Pero Pamplona no podía curar las profundas heridas que en aquel organismo había abierto una enfermedad cruel, y el Cardenal Primado, viendo la muerte próxima, exigió que lo trasladaran a Toledo, porque quería morir en su propia Sede, en la gloriosa Sede Primada de España, en la Sede de San Eugenio y San Ildefonso, de Jiménez de Rada y Alvarez de Albornoz, de Mendoza y de Cisneros. Varón de grandes pensamientos, de altas virtudes y de sobrenaturales deseos, el Cardenal era la figura más egregia de la Iglesia

española, tanto por su puesto como por sus méritos. Teníamos en España como Jefe de la Iglesia al que verdaderamente merecía serlo y en la serie ilustre de los Arzobispos toledanos hay que remontarse hasta Cisneros para encontrar quien en conjunto le aventaje. La Santa Sede, que por primera vez después de muchos siglos, nombró sin ingerencia extraña Arzobispo de Toledo al entonces Obispo de Tarazona, supo bien lo que hizo y con ello prestó a la Iglesia y a España un gran servicio.

Las circunstancias pusieron al Cardenal Gomá durante sus últimos años en primera fila y en disposición de desplegar en servicio de Dios y de la Patria sus magníficas cualidades de inteligencia y de voluntad, de corazón y de carácter. Sufrió sin duda mucho en esos años, pero en ellos realizó una obra verdaderamente grande y adquirió gloria inmortal. Por eso toda España llora hoy su muerte con llanto sincero. El Gobierno Nacional le tributa los más altos honores y el mundo entero se asocia al duelo de España, porque consideraba al Cardenal difunto como la más alta representación social de nuestra Patria.

Guadalajara ofrece en estos momentos un gran homenaje cristiano a la memoria del Cardenal Gomá. Tiene para ello razones especiales. No puede olvidar que en la primavera de 1936, el gran Cardenal, cuyas preocupaciones eran hondísimas en aquellos momentos en que resurgía violenta la persecución contra la Iglesia, recorrió en Santa Visita Pastoral Guadalajara y su tierra, prodigando sus ternuras paternas y sus luminosas enseñanzas.

En estos solemnes funerales tengo que decir algo del *gran Cardenal de España*. Le conocí, le amé y le admiré; muchas veces acudí a él por asuntos relacionados con el gobierno de la Diócesis de Sigüenza y siempre encontré en el mismo benevolencia paternal, orientación segura y consejo acertado. Por eso mis palabras de elogio no serán frías ni formularias, antes al contrario, estarán caldeadas por el fuego del entusiasmo. Brevemente os demostraré que el Cardenal Gomá, a imitación del Divino Maestro, fué poderoso en obras y en palabras—*potens in opere et sermone*—grande como escritor y pensador, grande como hombre de acción en momentos decisivos para España y grande como cristiano y Sacerdote por su piedad y particularmente por su serenidad ante la muerte.

Hablemos algo primeramente del Cardenal como escritor y pensador. Fué, en efecto, pensador profundo y escritor brillantísimo. Dominó todas las ciencias eclesiásticas; la Sagrada Escritura, la Teología Dogmática y moral, la Patrística, la Ascética, la Liturgia, la Psicología Religiosa, la Arqueología cristiana y la Economía social; sobre todos estos asuntos ha escrito páginas de gran valor, en las cuales ha dejado marcadas profundas huellas de su talento amplio, comprensivo y sintético. El Cardenal Gomá es indudablemente un gran continuador de la gloriosa escuela teológico-

jurídica española del siglo XVI. No hay en él penuria intelectual como en tantos otros escritores, sino al contrario, saber amplio y selecto, pensamiento robusto y original, dicción correcta y armoniosa, adecuación perfecta del fondo y de la forma. El Cardenal es, ante todo, un teólogo, aunque no haya escrito obras de tipo escolástico, un gran pensador religioso que siente hondamente todas las inquietudes religiosas de nuestra época. Sus escritos están todos relacionados con la Religión, y su mérito singular consiste en exponer las doctrinas de la Iglesia desde un punto de vista tan luminoso, que la presenta como torrente de luz capaz de alumbrar todos los misterios de la vida y la hace amable y simpática. Se ha dicho con razón, que el Cardenal Gomá escribe de las armonías y grandezas de la vida cristiana con el celo de un Apóstol, con la profundidad de un Padre de la Iglesia, con la emoción de un poeta y con la fuerza dialéctica de un apologista. La verdadera cultura religiosa tiene en el Cardenal Gomá un gran maestro.

En todos los aspectos de este sabio maestro se presenta la doctrina cristiana, no como algo muerto, o al menos como algo anticuado y envejecido que casi no tiene conexión con el pensamiento contemporáneo, sino como algo que es de ayer, de hoy y de mañana, como algo que se aplica a los problemas filosóficos de hoy como a los de épocas remotas y se vigoriza y aumenta en amplitud y precisión al ponerse en contacto con el pensamiento contemporáneo. La doctrina católica, tal como la expone el Cardenal, es doctrina llena de vida, capaz de satisfacer las necesidades intelectuales de nuestra época, de interesar profundamente a todos los pensadores y de derramar torrentes de luz sobre todos los problemas que en nuestros días inquietan las inteligencias.

Pero el Dogma no es solamente verdad; el Dogma es también vida, es fuente inagotable de actividad moral, de impulsos eficacísimos para obrar bien, de ideales salvadores; es manantial de inefables consuelos, de santas esperanzas, es el gran inspirador de una conducta noble, digna y moralmente perfecta. El Dogma no puede ser relegado a las regiones de la inteligencia; palpita en el fondo de toda nuestra vida afectiva y en el despliegue riquísimo de toda nuestra actividad. Para el Apóstol la vida era Cristo—*mihi vivere Christus est*—; pero esa vida altísima que se cifra completamente en Cristo, es vida inspirada en la fe, vida emanada del Dogma. Y el Cardenal Gomá presenta siempre el Dogma, sobre todo el eucarístico, como fuente de vida, como principio fecundo de acción santa.

Por eso su Teología es como la del dominico Contenson, una Teología del entendimiento y del corazón—*Theologia mentis et cordis*—una Teología como la de San Buenaventura, que por una parte ilustra la inteligencia y por otra enfervoriza el corazón y calienta el alma. Gomá es

de los hombres dichosos que han hecho poner en el mundo la virtud por la unción y la dulzura. En nada se parece a los expositores ávidos del Dogma, a los que en sus páginas no encierran jugo alguno de devoción, a los que se pierden en el dédalo de las cuestiones de pormenor y de pura curiosidad. El eminente P. Lagrange, el gran crítico y exégeta católico contemporáneo, cuando escribió *El Evangelio de Jesucristo*, dijo que quería hacer una obra irreprochable en el orden de la información y de la crítica, pero la recargó tan poco de consideraciones piadosas, que apenas se atrevía a considerar como fin de su obra el que Jesucristo fuera conocido y amado mejor. Creo que el eminente crítico, ya difunto, pecó algo de modesto en estas líneas; se dedicó su principal atención a la información y a la crítica, no pudo desentenderse del aspecto religioso que necesariamente había de tener una exposición sintética de los Evangelios; lo cierto es que no deja de sentirse en las páginas de su libro el suave pero eficaz calor de alma que la historia evangélica bien expuesta naturalmente produce.

Por su parte, el Cardenal Gomá pone siempre en las páginas de sus libros acentos de fervor y desciende resueltamente al campo de las consideraciones piadosas. Escribe para que los hombres conozcan a Jesucristo, pero más aún para que lo amen. En su gran obra *El Evangelio explicado*, procura no apartarse un ápice de las conclusiones que en *Crítica evangélica* pueden considerarse como definitivas, pero aún es mayor el empeño con que desciende a las aplicaciones morales.

Acabo de citar uno de los más hermosos libros del llorado Cardenal. Creo, sin embargo, que su libro más excelso en que el genio del Cardenal bate más libremente sus alas es *La Eucaristía y la Vida cristiana*, estudio verdaderamente *totalitario* del gran misterio de la Eucaristía que se aborda desde todos los puntos de vista teóricos y prácticos, desde estos últimos especialmente. El Cardenal se propuso sorprender y señalar la acción del Sacramento, cuanto le es permitido a nuestra pobre inteligencia en los diversos estudios, aspectos y manifestaciones de nuestra vida, desde las cimas del espíritu hasta las mismas manifestaciones de nuestra vida fisiológica. Todo este vasto plan fué realizado en el libro de la manera más armoniosa y acabada. El Cardenal explica maravillosamente el injerto de la vida divina en el hombre mediante la Eucaristía y la transformación profunda que en todas las manifestaciones de nuestra vida, en todos los aspectos de nuestra actividad, en todas nuestras facultades producen los sagrados misterios del Cuerpo y de la Sangre del Señor. La vida sobrenatural y divina, producida por la Eucaristía, comunica a toda nuestra actividad una unidad maravillosa contra las tendencias disolventes y anárquicas de las pasiones y de los vicios. Sin ser este estudio directamente apologético, resulta una magnífica apología del Dogma eucarístico.

Al lado de esta obra maestra, bien pueden citarse otras obras del Cardenal, *La Familia*, *El Valor educativo de la Liturgia*, su Sinopsis de los cuatro Evangelios y otros libros, gozan de merecida estima. Aun al tratar asuntos de importancia secundaria, como los relacionados con la modestia y las modas femeninas, supo elevarse a gran altura. Sobre la Santísima Virgen y su mediación universal, escribió también páginas tan bellas como profundas. Y en general, escribió con entonación robusta, con lenguaje espontáneo, brioso y selecto, con elevación y dignidad muy propias de un Príncipe de la Iglesia. Hermoseó todo cuanto tocó con su pluma. Jamás manchó su pluma con frases que estuvieran poco en armonía con la modestia y la caridad sacerdotales. Aun atacado dura e injustamente durante la guerra, jamás contestó sino con lenguaje grave, mesurado y caritativo; buena prueba de ello es la carta abierta dirigida al que actuó como Presidente de Euzkadi.

Llaman la atención en el Cardenal, catalán por nacimiento y por afecto, su españolismo tan fervoroso y su destreza en el manejo de la lengua castellana. Instintivamente lo comparamos con Balmes, a quien no igualó en la intención genial ni en la claridad verdaderamente maravillosa del lenguaje filosófico, pero a quien superó mucho en corrección y soltura, escribiendo en la lengua de Cervantes. Ambos fueron iguales en sus sentimientos, genuinamente españoles, los que supieron armonizar perfectamente con el amor a la tierra catalana en que habían nacido. Sus almas, fundamentalmente hermanas, tenían sin embargo matices diversos.

Al hablar del Cardenal Gomá como escritor, no es posible olvidar a otro gran pensador que hace poco más de medio siglo ocupó la Silla Primada. El Cardenal Fray Ceferino González fué un profundo expositor de la doctrina filosófica de Santo Tomás, un brillante precursor del movimiento tomista de nuestros días: sus *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás* continúan siendo estudiados y su misma *Historia de la Filosofía* es todavía consultada con provecho. Aunque su espíritu filosófico era superior al del Cardenal Gomá, y aunque en *La Biblia y la Ciencia* y en otros escritos actuó directamente como apologista, acaso su producción literaria, considerada en conjunto, no igualará a la del Cardenal Gomá. ¿Qué más podríamos decir en elogio del gran hombre que acabamos de perder?

\* \* \*

Consideremos ahora al Cardenal Gomá como hombre de acción, pues la tuvo grande y gloriosa. Antes de su promoción al Episcopado, se limitó a intervenir activamente en reuniones científicas y de apostolado, de las cuales la más notable fué el Congreso Eucarístico Internacional

de Amsterdam en 1924. Iba a cumplir cincuenta y ocho años cuando fué preconizado Obispo de Tarazona en junio de 1927. En junio de 1933 tomó posesión de la Sede Primada; antes de ser creado Cardenal intervino gloriosamente en 1934 en el Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires y habló en forma insuperable sobre la misión de España en América.

Mas todo esto no fué sino preludeo. La gran acción comenzó con el Movimiento Nacional. Si el episcopado del Cardenal Gomá fué breve porque no duró sino trece años, la época de sus grandes intervenciones fué aun más breve, porque no duró sino los cuatro últimos años de su vida. El Movimiento sorprendió al Cardenal en Tarazona, a donde había ido para consagrar a su Obispo Auxiliar. Pocos días después pasó a Navarra y pronto eligió el convento de Josefinas de Pamplona para lugar de su retiro y centro de sus trabajos.

Al estallar el Movimiento, la opinión del mundo era en general muy hostil al mismo. Se presentaba al Movimiento como una vulgar cuartelada, como obra de unos Generales ambiciosos, como execrable rebelión contra un Gobierno legítimo, elegido por el pueblo pocos meses antes. Los católicos franceses y los de otros países participaban en gran número de esta hostilidad; consideraban toda rebelión como contraria a las enseñanzas y normas de la Santa Sede. En España era difícil que compartieran tan equivocados juicios los que en los primeros días del Movimiento presenciaron la matanza general de sacerdotes, la destrucción de templos a millares y los más horribles sacrilegios en todas partes, sin embargo había en Guipúzcoa y Vizcaya muchos católicos que habían pactado con el Gobierno del Frente Popular y en la práctica habían sacrificado el Evangelio para sacar triunfante el Estatuto vasco. Aquella inconcebible aberración de los nacionalistas vascos, que permitió sostener momentáneamente el culto católico en Vizcaya y Guipúzcoa, producía confusión en España y verdadera desorientación en el extranjero. Los que en París o en Bruselas veían películas en que se reproducían espectáculos como la salida tranquila de compactas masas que en Bilbao y San Sebastián habían asistido a Misa y comulgaban, no se podían explicar cómo los intransigentes y bárbaros católicos españoles se rebelaban furiosamente contra un Gobierno que tan escrupulosamente respetaba la libertad religiosa de los mismos. Por si algo faltara, era bien sabido que sacerdotes y religiosos españoles de algún relieve hacían en el extranjero campaña contra el Movimiento.

El Cardenal comprendió perfectamente la gravedad de aquellos instantes y procedió con energía afirmando la solidaridad de la Iglesia española con el Movimiento Nacional. Quedaba con esto disipada en el interior toda duda, toda inquietud. Los voluntarios que, impulsados por su fe religiosa, luchaban y morían por Dios y por la Patria, sabían ya

que contaban con la bendición de la Iglesia; con esto crecieron en grandes proporciones sus entusiasmos. Y todos los españoles de buena fe comprendieron claramente el camino que les señalaban la voz de la conciencia y la voz de la Iglesia. El Movimiento quedaba oficialmente convertido en una Cruzada a cuyo triunfo se debía contribuir por todos los medios lícitos.

En el extranjero era necesario disipar las densas nieblas que impedían ver la verdad en el caso de España. Para disiparlas hizo grandes esfuerzos el Cardenal y al fin consiguió disipar los gravísimos prejuicios contra nuestro Movimiento. Con ello prestó a la causa nacional un servicio inmenso. El Cardenal fué el hombre civil del Movimiento y al lado del Caudillo y del llorado general Mola, ocupa un puesto eminente entre los forjadores de la nueva España. Por eso el gran Pontífice Pío XI, dijo del Cardenal Gomá que, en la hora difícil y terrible la Iglesia de España había tenido su hombre.

Los actos principales del Cardenal en este orden de cosas, fueron los siguientes: El 28 de septiembre de 1936, dirigió un mensaje radiado a los héroes del Alcázar toledano, que acababan de ser liberados. El 23 de noviembre publicó en Pamplona el transcendental folleto, *El caso de España*, en que dispó los equívocos de la Prensa extranjera sobre la naturaleza y el fin del Movimiento. En la primera quincena de diciembre se trasladó a Roma y expuso al Papa la verdadera situación de España, contribuyendo decisivamente a que la actitud del Vaticano fuese de franco apoyo al Movimiento. En el verano de 1937, publicó la Carta colectiva del Episcopado español, documento importantísimo que, difundido por todo el mundo, hizo cambiar la opinión internacional sobre el carácter del Movimiento y atrajo hacia éste las simpatías del orbe católico. El 25 de julio pronunció en Santiago un gran discurso inspirado en los mismos sentimientos.

En abril de 1938 marchó el Cardenal a Roma y Budapest. En el Congreso Eucarístico de Budapest llevó la voz de España y consiguió arrancar aplausos para la España Nacional. Consiguió más aún: que el Cardenal Verdier, Arzobispo de París, rectificase sus manifestaciones contrarias al Movimiento. Antes había escrito su notabilísima Pastoral sobre la Cuaresma de España.

Añádese que el Cardenal representó al Vaticano ante el Generalísimo Franco en los primeros meses del Movimiento, que con poderes de Roma organizó el Clero castrense, cuya intervención en la guerra fué de tan alta importancia, y que obtuvo del Papa facultades importantes para asegurar en España el servicio espiritual, gravemente comprometido por el asesinato de miles de sacerdotes. La reorganización de la Acción Católica en España, es también en gran parte obra del Cardenal.



Después de la victoria, el Cardenal recibió al Caudillo con todos los honores litúrgicos en una iglesia de Madrid, y publicó su gran Pastoral *Lecciones de la guerra y deberes de la paz*. Con gran mesura señaló las causas de la guerra civil, puso de relieve las duras y elocuentes lecciones suministradas por la misma y señaló la obligación que tenemos de realizar en España una restauración moral y religiosa, si queremos recoger y conservar los frutos de la victoria. El pensamiento del Cardenal, es el siguiente: Por la apostasía de grandes masas, por la indiferencia de otras, por el olvido de Dios y la conculcación de las leyes morales, nos vino la prueba terrible de la guerra; si queremos, pues, asegurar la paz de España, el bien general y la grandeza de la Patria, tendremos que forjar la España católica, continuadora de la España inmortal del siglo XVI, y para ello habremos de restaurar la unidad de creencias y de sentimientos cristianos propia de aquella gloriosa época. La guerra nos está invitando a volver a Dios, a restaurar la vida cristiana individual y social y debemos aceptar con entusiasmo esa cavilación.

El Cardenal, pues, ha contribuído poderosamente a alejar de España y del mundo el peligro comunista, a echar los cimientos de una nueva España católica y grande. ¡Dichoso él que logró realizar sin desmayos esta gran obra en medio de grandes contrariedades y terribles inquietudes! Dios se lo habrá premiado ya con infinita largueza.

\* \* \*

Cuatro palabras para terminar sobre la vida cristiana y sacerdotal del Cardenal Primado. Su espíritu cristiano fué indudablemente el propulsor de todas sus grandes obras.

El alma cristiana, sólida y vigorosamente cristiana del Cardenal, se asoma en las páginas de sus libros, llenas de unción y de fervor; tenía que llevar a Dios en su corazón quien escribió páginas tan edificantes. Somos legión los que le hemos visto llevar en el convento de Josefina de Pamplona una vida de retiro, de trabajo y de austeridad, una vida modestísima. Es notoria también la tranquilidad con que soportó grandes penas del alma y agudos dolores del cuerpo. En toda su conducta palpita el celo sacerdotal y pastoral por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Quiero fijarme especialmente en la tranquilidad cristiana, en la serenidad de alma con que miró la muerte cara a cara y aguardó el momento terrible. Esa serenidad es privilegio de almas selectas, de corazones profundamente cristianos. La mayoría de los hombres no se atreven a mirar la muerte cara a cara y en vano quieren huir de la misma con movimientos impulsivos. No fué de esos el Cardenal Comá. Sabía que

estaba herido de muerte y sin embargo conservó durante cinco meses una inalterable tranquilidad de espíritu; al sentirse próximo a la agonía, emprendió un largo y penoso viaje para entregar su último aliento y sus restos mortales a la Sede Primada, con la cual le había unido indisolublemente la Providencia. ¡Dios nos conceda su santa muerte, aunque no nos conceda el escribir *La Eucaristía y la Vida Cristiana!*

De esa santa serenidad de espíritu del Cardenal es brillante testimonio la Pastoral de despedida que en el lecho del dolor escribió el Viernes Santo de 1940 para despedirse de sus diocesanos. En ella habla breve y cristianamente de la pequeñez de la vida humana considerada en sí misma y de la grandeza de la misma cuando esa vida se sobrenaturaliza por la gracia y se esconde en Dios por la caridad. Ya sabía él que su muerte estaba cercana; ya anunciaba que su vida personal comenzaba a iluminarse con resplandores de eternidad. Pero está tranquilo; confía en Dios y en la Iglesia y aguarda resignado el golpe último de la muerte. Muestra cierto sentimiento de que la muerte le asalte cuando aún tenía energías para trabajar por Dios y por España, pero ese ligero pesar cesa del todo con una resignación perfecta ante los planes providenciales.

Al pensar en esa santa tranquilidad del Cardenal, yo, que vengo de Sigüenza, no puedo menos de recordar la famosa estatua del Doncel, ornamento el más insigne de nuestra gran Catedral saguntina, hoy medio destruída por azares de la guerra y cuya restauración, ya anunciada, anhelamos con ansia. El Doncel era un Arce que formaba parte de las tropas del primer Duque del Infantado y fué mortalmente herido por los moros en la vega de Granada; está tendido en tierra y se lee tranquilamente la recomendación del alma mientras su escudero llora a su pies. Hay en las facciones del Doncel tan augusta serenidad cristiana, que maravilla a cuantos contemplan aquella joya de nuestra escultura. Pues bien, la serenidad del Doncel me parece también la serenidad del Cardenal ante la muerte.

Y ya que hago el clogio de un gran catalán españolista, terminaré estas consideraciones recitando unas preciosas estrofas de un modesto sacerdote barcelonés, catalán españolista también, el Sr. Bolós, que murió poco antes del Movimiento y que ante la muerte próxima cantaba de esta manera:

¡Pronto, Señor, nos veremos  
en tu casa solariega!

Contadas tienes mis horas  
y los pasos de mis sendas;  
contadas mis pulsaciones  
y las gotas de mis venas;

los soles que han de lucirme  
y las noches que me esperan;  
los inviernos que me aguardan  
y estíos y primaveras.

Tú escrita, Señor, la tienes,  
mi jornada postrimera.  
Yo sé que me va llegando;  
yo sé que la tengo cerca:  
yo las veo, yo las toco,  
de mi vida las fronteras.  
¡Oh muerte que has de ser vida  
y vida que será eterna!  
¡Pronto, Señor, nos veremos  
en tu casa solariega!

.....  
No son sueños ni ficciones;  
no es ilusión, no es quimera;  
Pronto, Señor, nos veremos  
y nos veremos de cerca;  
Y serán tus heredades  
mi patrimonio y hacienda.  
Tu gloria será mi gloria;  
tu cielo mi recompensa.  
¡Pronto, Señor, nos veremos  
en tu casa solariega!  
¡Qué casa Señor, tu casa!  
¡Qué praderas, tus praderas!  
¡Qué lumbre la de tus soles!  
¡Qué paz la de tus estrellas!  
¡Qué cantar el de tus auras!  
¡Qué frescor el de tus selvas!  
¡Qué manar el de tus fuentes!  
¡Qué bonanza en tus riberas!  
¡Pronto, Señor, nos veremos  
en tu casa solariega!

Que algún día nos encontremos todos con el Cardenal difunto en la gran casa del Padre Celestial. Para ello restauremos como él quería nuestra vida moral y religiosa. Sentía él la preocupación de extirpar los gérmenes malignos que la larga permanencia de los rojos ha dejado en gran parte de España. En Guadalajara es necesario realizar esa labor de extirpación total de gérmenes morbosos; ha vivido mucho tiempo bajo

el yugo rojo y alejada de Dios. Venga esa restauración cristiana tan deseada por el Cardenal y así aumentaremos su corona de glorias. Descansen en paz el egregio Príncipe de la Iglesia y vele desde el Cielo por Guadalajara y su tierra para que sus antiguos diocesanos se unan con él en el Cielo.

---

## EL CARDENAL VISTO POR LOS PRELADOS

---

El duelo de la Iglesia española por la muerte del Cardenal Primado, se ha manifestado auténticamente en varios Escritos de los Prelados.

Los Prelados españoles, que durante el Pontificado del Cardenal Gomá han acreditado con su ejemplar solidaridad en torno a su Primado la frase justa del «*Episcopatus unus est*», a la muerte del Cardenal Arzobispo de Toledo no se han contentado con manifestar su sentimiento en forma privada, sino que han tomado del triste acontecimiento ocasión para exaltar la figura del Cardenal difunto con Exhortaciones Pastorales.

Por no rebasar el espacio asignado a esta Sección, nos limitamos a recoger de los *Boletines Oficiales* algunos párrafos significativos de los Prelados.

«La Iglesia y España están de luto con la muerte del gran Cardenal Español por antonomasia. *Ut Ecclesia aedificationem accipiat* tomó por divisa de su armas episcopales; y en los trece años de su Pontificado, primero en Tarazona y luego en la Sede Primada, ciertamente ha edificado a la Iglesia y a España: con su trabajo ininterrumpido de doctor en sus libros y en sus robustísimos escritos pastorales; con su ejemplar actuación episcopal; con su valiente y prudentísima actuación de *Defensor civitatis* dentro de España y en el mundo entero en los momentos decisivos de lucha del comunismo y de toda la anti-España contra la Madre Patria. Que Cristo Rey le corone con la aureola de los Pontífices y Doctores. Que España recuerde siempre sus sabias enseñanzas. Que los sacerdotes todos sigamos siempre sus grandes ejemplos de amor al sacerdocio y de total y abnegada consagración al apostolado.

Salamanca, 23 de agosto de 1940. — † ENRIQUE, OBISPO DE SALAMANCA.»

\* \* \*

«Isidro, Cardenal Gomá y Tomás, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas y Presidente de las Juntas Suprema y Técnica de la Acción Católica en nuestra Patria, ha entregado en agonía suave y muerte tranquila, como la del justo, su alma a Dios, en la noche del 22 de los corrientes.

Seis meses de dolores agudos no han podido ahogar en el Cardenal la serenidad del hombre fuerte, del prelado santo y sabio, ni la fidelidad de su lema episcopal *ut Ecclesia aedificationem accipiat*, enseñando a todos, hasta en los últimos instantes de su vida terrena, con el ejemplo y bendiciéndoles con sus manos, cuando apenas podían obedecer al impulso de sus deseos.

La Iglesia llora y ora, porque ha muerto uno de sus Príncipes insignes, que dió ejemplo con su vida y con su pastoreo, como a una de sus firmes y sólidas columnas, cuya autoridad moral y material nadie se atrevería a discutir.

España, la España católica de hecho, también está de luto, porque ha muerto el que la quería hasta su entraña viva, procurando que así fuera en la conciencia, en las instituciones y leyes, en la familia y en la escuela, en la ciencia y en el trabajo, con la imagen de nuestro buen Dios Jesucristo en el templo, en el hogar y en la tumba.

La Acción Católica española también se ha enlutado con el crespón negro, desde esa noche de duelo, porque en ella vivía, se imponía y venció la voluntad, el amor y la fe de su gran Presidente, como la magna obra a que consagró enteramente los últimos años de su vida, tan llena de ejemplaridades y energías apostólicas.

La figura egregia de este gran Cardenal que acaba de desaparecer, tan íntimamente ligada a uno de los momentos cumbres de nuestra Historia, adquirirá, día tras día, perfiles más precisos, hasta llegar a ser para todos los españoles un símbolo lleno de gloria religiosa y española.

Para cumplimiento de los deberes que Nos incumben, celebraremos, a nuestro regreso a esta ciudad, de acuerdo con nuestro Cabildo Catedral y Junta Diocesana de Acción Católica, solemnes funerales en sufragio de su alma, el próximo sábado, 31 de los corrientes, a las diez horas de la mañana; conservaremos siempre agradecidos su memoria de bendición y no olvidaremos sus ejemplos y sus útiles y magníficas enseñanzas.

*Requiem aeternam dona ei, Domine, et lux perpetua luceat ei.*

Tortosa, 25 de agosto de 1940. — † FÉLIX, OBISPO DE TORTOSA. »

\* \* \*

«Por muy encontrada que, en ciertos momentos sobre todo, pueda aparecer en sus intereses y opiniones, es indudable que la humanidad forma en lenguaje cristiano una sola familia, una unidad orgánica, espiritual y social indestructible. Es el dogma de la Comunión de los Santos en su máxima extensión, que hoy va ya llegando a ser casi casi una especie de postulado filosófico.

La humanidad, pues, viene a formar como un sistema único de fuerzas, en el que cada una de las partes influye con todo su ser en el

conjunto, mientras que de todas las otras recibe a la vez sus influencias. Por esto nada humano debe dejar de interesarnos; y el último de los hombres, con su inteligencia o con sus locuras, con sus virtudes o sus vicios, tiene su parte de influjo más o menos grande en el cúmulo de circunstancias a través de las cuales nuestra libertad se desenvuelve.

Pero claro está, que si esto es así, también es evidente que no todos los miembros de ese universal organismo humano influyen del mismo modo, ni en la misma proporción. La escala gradual de esas influencias llega a ser verdaderamente infinita.

Y esa influencia benéfica o nefasta que sobre nosotros ejerce cada uno de los hombres, depende como en el sistema planetario, de dos factores: su magnitud, para el bien o para el mal, y su distancia. Distancia espiritual, naturalmente, pues la distancia puramente material cada día cuenta menos.

Hacemos estas consideraciones a fin de poder apreciar mejor lo que debe al Cardenal Gomá la Iglesia de España, lo que le debe simplemente España, lo que le debe cada uno de los españoles; y a través de los españoles y de España lo que le debe al Cardenal Gomá con la Iglesia universal la humanidad entera. Por su valor personal y por el puesto a que le llevó la Providencia era el Cardenal Gomá un astro de primera magnitud.

Había nacido en La Riba (Tarragona) el 19 de Agosto de 1869. Educación cristiana, carrera eclesiástica en el Seminario, ordenación sacerdotal a los 26 años... Después *paso a paso* por los escalones de la Jerarquía eclesiástica, hasta las mayores alturas. No fué el Cardenal Gomá uno de esos hombres relámpago, que en dos saltos se plantan en lo alto de la escala, no. Su ascensión fué más bien lenta y paso a paso, repetimos.

Fué Coadjutor, Ecónomo, Beneficiado, Profesor del Seminario, Canónigo simple, Dignidad de Arcediano, Rector del Seminario, Provisor de la Diócesis...; Obispo de Tarazona, a los 58 años, Arzobispo de Toledo y Primado, y finalmente Cardenal. Y en su profesorado le ocurrió una cosa parecida: profesor de Humanidades, de Historia Natural, de Física, de Elocuencia Sagrada u Oratoria, de Sagrada Escritura y de Teología. Y su ascensión, como se ve, fué no sólo gradual, sino más bien lenta y como retardada.

Lo cual parece dar a entender, que siendo como era sumamente inteligente, no debía ser su inteligencia naturalmente brillante, sino que debió al trabajo y a la tenacidad su magnífica formación. Porque en estos últimos años era indudablemente un hombre llenísimo y de una visión certera y omnilateral manifiesta.

Esa formación gradual y lenta no es muy a propósito para formar

especialistas; pero es en cambio magnífica para formar hombres. Porque no hay faceta del espíritu, que no venga de este modo a desarrollarse y brillantarse. Profesor durante veinticinco años en las asignaturas más diversas, Rector del Seminario, Provisor... ¿En qué mejor escuela, ni con qué mejores ejercicios prácticos se podría formar el perfecto gobernante, el más alto representante de la Jerarquía eclesiástica?

Personalmente lo hemos conocido hace once años en el Congreso Mariano de Sevilla, oyéndole un discurso oficial que pronunció en uno de los días del Congreso. Y fué todo uno conocerle, admirarle y amarle. Era él entonces recién nombrado Obispo de Tarazona. Tenía fama de teólogo, y por ello cuatro años antes, siendo todavía Arceidiano de Tarragona, había sido nombrado por la Santa Sede para formar parte de una comisión mundial encargada de estudiar la cuestión de la mediación universal de la Santísima Virgen María. Quizás por su actuación en esta comisión le vino su nombramiento para Obispo. Pero en aquel mismo Congreso hablaron también otros teólogos *afamados*, sin que pudiéramos llegar a comprender por lo que dijeron, el fundamento de su fama. Con el Sr. Gomá no ocurrió así, sino más bien todo lo contrario. Comenzar a hablar, en teólogo y en orador, y cautivarnos todo fué uno. Allí si que había un teólogo de veras. Teología luminosa, armónica, llena de vida y llena de aplicaciones para la vida; en fin, teología conocida a fondo y en todas sus partes y perfectamente digerida y asimilada; un teólogo de cuerpo entero.

Y decía entonces el que fué después Cardenal Gomá: Hay que teologizar, hay que teologizar, hay que llevar el dogma a todos los problemas de la vida... sólo así España volverá a ser católica de veras y grande de veras. No sé si eran estas las palabras, pero sí, que eran estos los conceptos. Y tales conceptos y otros muchos de este porte me entusiasmaron. Pocas veces sentí tanto entusiasmo oyendo a un orador: que lo era también de cuerpo entero, con elocuencia densa y maciza. Al terminar aquel discurso le dí un abrazo entrañable...

En 1933 el Dr. Gomá fué nombrado Arzobispo de Toledo: ¿Necesitaremos explicar lo que aquello significaba? Su dignísimo antecesor el Cardenal Segura, había sido expulsado de España por el Gobierno. «Magnífico precedente»... Llevan los Obispos sobre el pecho una Cruz... sin crucificado; porque el crucificado ha de ser precisamente el mismo Obispo. Serlo de Toledo por aquellos días lo era en grado superlativo. No es posible imaginarse mayor Cruz, ni mayor responsabilidad, ni más difíciles circunstancias. Y sin embargo; ¿con qué altura de espíritu, con qué dominio de sí, con qué penetración para prever las consecuencias,

con qué noble valentía y espontaneidad supo conducirse en aquellos difícilísimos momentos!

Después, el Movimiento. El mundo desconocía por completo a España. Más que desconocerla la juzgaba mal, la calumniaba, la condenaba. A la verdadera España, naturalmente. Los mismos católicos extranjeros, los mismos Obispos, la prensa católica y hasta eclesiástica de fronteras a fuera, nos juzgaba mal, *nos condenaba, nos rechazaba*.

No teníamos la razón. No estaba de nuestro lado la justicia. Ni podíamos invocar confiadamente a Dios; porque Dios no es amparador de maldades. Así aclamaba por todas partes una propaganda espléndidamente pagada—¡por los mismos calumniados!—y maravillosamente organizada, con el auxilio de las sectas, del judaísmo y de todos los poderes del mundo y del infierno.

¿Qué hará el Cardenal Gomá?... Tiene que atender al Vaticano para informarle y... y al mundo entero. Dentro de España y fuera de España se libra una batalla trascendentalísima, en la cual el Cardenal Gomá ocupa un puesto de vanguardia, que no cede en importancia a ninguno.

Pero de esto es pronto para hablar todavía; de todo esto tendrá que hablar largamente la Historia.

La Historia sí; a la que el Cardenal Gomá pasará como figura de primer orden.

Que Dios le premie sus esfuerzos titánicos por la causa de la Iglesia y de España. España y la Iglesia le contarán sin duda entre sus hijos más preclaros en todo el correr de los siglos.

† FR. A. G. MENÉNDEZ-REIGADA,  
Obispo de Tenerife.»

\* \* \*

«En la noche del 22 de agosto el Emmo. Sr. Cardenal Gomá, pagó el tributo a la muerte. España y la Iglesia Católica están de luto. Hemos perdido al insigne purpurado que con su palabra, con su pluma y con sus altos ejemplos edificaba a todos. Fué un hombre providencial, que vivió en horas graves para España, sorteando peligros y escollos con prudencia y tesón. Su grato recuerdo perdurará entre nosotros y sus libros y pastorales serán siempre focos de luz que iluminarán nuestros pasos en el camino de la vida. Su Pontificado de trece años ha sido fecundísimo y admirado en España y en el extranjero.

Esforcémonos por imitar sus ejemplos y oremos, a la vez, por su alma, por si necesitare de sufragios.

Vich, 24 de agosto de 1940.—† JUAN, OBISPO DE VICH.»

\* \* \*



## «EL GRAN CARDENAL DE ESPAÑA EN NAVARRA

Nos lo trajo la guerra.

Nos lo trajo la Providencia.

El Maestro de la nueva España tenía que ver la guerra desde esta atalaya de fe y de heroísmo.

Desde esta atalaya aparecía la guerra lo que la guerra era en su fondo —fondo más difícil quizás de sondear en otras regiones de España—; lo que era en su fondo, y lo que será, por tanto, para la filosofía de la Historia: una Cruzada.

Los mozos que, confesados y comulgados, dejaban cantando los rincones de paz y de amor, para marchar cara a la muerte, a pecho descubierto, gritando «Viva Cristo Rey», eran para el Cardenal los mozos todos de la verdadera España.

La ciudad que le albergaba, la ciudad austera de los primeros días del Alzamiento, la de las rogativas, la de las mujeres en luto y el corazón en gallardía cristiana, la ciudad de las sanas costumbres, recogidas y trabajadora, era para el Cardenal... las ciudades todas de la verdadera España.

El aire caliente de Religión y Patria que aquí respiró le hacía exclamar (y yo se lo oí más de una vez): «no hay en la tierra un pueblo que tenga la virilidad de nuestro pueblo».

Vió la guerra desde Navarra; y en este soberano ángulo de visión la enfocó; y con el mayor acierto.

Sentó su cátedra en una humilde alcoba del Asilo de las Josefinas. En ella vivió como un novicio: separada la cama del recibidor por un pobrísimo biombo; calentado, en los rígidos días del invierno, por una sencilla estufa, cuyo tufillo marcador hemos sufrido los eventuales contertulios, a pesar del delicadísimo cuidado que ponían las buenas monjitas.

El Cardenal no lo sentía. Se encontraba tan bien en el rincón del barrio de la Magdalena, como en el suntuoso Palacio del Primado de las Españas; y fueron estériles cuantas instancias le hice para que nos honrara viviendo en nuestra casa. No se despidió de su rinconcito querido ni en los días de deshecha turbonada, cuando el Arga airado visitaba los sótanos del Asilo. Se contentó por entonces con mandar a esta cochera su auto carraca.

Compartía la vida recoleta otro refugiado, el amigo de los tiempos del Seminario tarraconense: el Santo Obispo de Gerona.

\* \* \*

Sonaron los primeros tiros.

En las montañas de Guipúzcoa se cruzaban armas de hermanos.

Marchaban los de allá del brazo de los sin Dios, rodando la cuesta abajo en que les había puesto un error y una alianza funesta y llevando como un alud la ruina material y moral a su tierra encrespada.

Una misma angustia embargó tres corazones: los Pastores tenían que dar la voz de alerta.

Fué entonces cuando me ví de cerca con el gran Cardenal: el hombre alto, macizo de cuerpo, estampa de fornido masadero catalán, el robusto de inteligencia, el efusivo de corazón, el de la voz sonora, el de los párrafos rotundos, el del buen decir y el pensar hondo.

Acorde en los tres el dolor, la idea y la expresión; salió de los vigías de la Región Vasco-Navarra aquella célebre carta pastoral, ¡pobrecita mía, tan zarandeada y tan maltrecha!

Sermón en desierto.

«La verdad quedó entre veladuras por la interposición de humanas conveniencias».

Cegó Dios a los rectores casuales del pueblo vasco, para que apurara éste el cáliz del dolor, cuyas heces habían de llegar muy más allá del cinturón de hierro.

No quisieron los hombres la ruina; la impuso la ira de Dios.

La mano de un amigo puso en las del Cardenal el discurso de quien pedía con insistencia una respuesta clara y pronta a los Maestros de Israel; y de su pluma salió la amorosa, la serena, la contundente carta a J. A. de Aguirre.

Sermón en desierto.

«La verdad volvió a quedar entre veladuras por interposición de humanas conveniencias».

\* \* \*

El mundo nos veía a través de la densa nube levantada por la Prensa de la democracia. Una campaña inteligente y bien pagada nos robaba el aprecio y el cariño de muchos hijos de la Iglesia.

El luchador salió a la palestra con «El Caso de España», dedicado a nuestra Navarra, «tan española y tan ella».

En su retiro de Pamplona se fraguó «La cuaresma de España», «Lo que debemos al Papa», «Catolicismo y Patria» y otras varias piezas del arnés nacional.

Un día se persuadió el forjador (ya nos costó la empresa a sus machacones amigos) de que la ceguera del mundo no reconocía el temple de sus armas, si no llevaban grabado el nombre de todos sus hermanos; y fué entonces, cuando los Obispos de España se dieron cita espiritual en el Asilo de las Josefinas.

No sería una exigencia de nuestra hidalguía el que se coloque en

dicho Asilo una lápida que diga: «POR DIOS Y POR ESPAÑA, AQUI SE ALZÓ EL CARDENAL QUE TANTO AMÓ A NAVARRA».

Hablando de él, decía el viejo Pío XI, que España había encontrado su hombre.

Dos figuras sintetizaban en el mundo el Movimiento salvador de la Patria, y con esta aureola inmarcesible pasarán a la historia: Franco y el Cardenal Gomá.

A los pocos españoles que se llegaban a la Embajada húngara de París, solicitando pasaporte para el Congreso Eucarístico Internacional de Budapest, se les decía: «Bueno, católicos sí; pero del Cardenal Gomá, o no?»

No es posible enjuiciar aún con la serenidad que la justicia pide la figura egregia del muerto.

No entra la imagen del coloso en el objetivo cercano de la historia que estamos viviendo.

Tenemos que alejarnos en el tiempo, y el tiempo nos dará en esa lejanía la grandeza de la pérdida nacional que sufrimos.

Tal vez a nadie se parece mejor el Cardenal que a su paisano Jaime Balmes.

Ha sido un Balmes redivivo; aunque no le puso Dios para bucear con el filósofo de Vich en las hondas simas de la Filosofía Fundamental, sino para llevar a la vida de la Nación, en el momento de su convulsión transcendental, las consecuencias ineludibles de la Metafísica de la Escuela.

Un Balmes de setenta años elevado a la púrpura, con todo el bagaje de un pensador profundo, el pulso de un hombre de gobierno y las virtudes de un asceta.

Semejanza en la solidez del pensamiento, en el enfoque de los problemas nacionales, en marcar a la Patria una ruta segura y en la belleza del discurso.

Menos poeta el Cardenal (porque Balmes lo era), pero de estilo más pulcro y de léxico mejor limado.

Período rotundo y palabra precisa que persuaden y rinden el alma se meten en ella como aquel su gesto, lanceta de cirujano incisivo y viril, que parecía hendir la carne de las apariencias para buscar el alma de las cosas, deshaciendo monturas de artilugio.

Marchaba lento y seguro, a veces rezagado, por los cánones de la delicadeza y el redondeo de los menores detalles.

Le sorprendí, más de una vez, una debilidad simpática: la tirria reposada, la que puede sentir un papá, contra el estilo de moda: huero, nebuloso y seco; contra las palabras desencajadas, desterradas de su casa solariega.

Y otra debilidad no menos simpática: la otra tirria contra los hombres

de la zancadilla, de la intriguilla, trepadores audaces de la cucaña social, sin envidia intelectual ni moral, sin valía personal ninguna.

Inteligencia prócer y corazón de padre: llano y franco.

Podía tener franqueza de hombre que pisaba fuerte con el saber, vasto y profundo, la integridad virgen de la vida y la ingénita nobleza del espíritu.

No conocía la encrucijada ni el recodo; ni para librar las batallas del bien. Le repelía el recobeco y la lisonja.

No nació para Richelieu ni Mazarino.

\* \* \*

¿Ha sido comprendido el Cardenal Gomá?

No le comprendieron, ciertamente, los vascos de Euzkadi; le tuvieron o fingieron tener por hombre duro, acérrimo, más unido a la coraza de Marte que a la Cruz de Cristo.

Tremenda injusticia.

Yo soy testigo del singular amor que profesaba a los vascos, de la ponderación amorosa que hacía de sus virtudes, del dolor que sentía por el dolor de aquellas tierras mártires tan hijas de la Iglesia.

Su corazón paterno, entusiasta y dolorido, se asoma llorando en el patético final de la Carta al «Presidente de la República Vasca».

El Cardenal que sentía cordialmente las incomprendiones, tenía tanta comprensión para todos, que no reservó amargura contra sus libelistas. Dios les perdone como él les perdonó.

¿Fue comprendido el Cardenal en la España de la Cruzada?

Ai posteri l'árdua sentença.

El comprendió a Navarra y creo que Navarra le comprendió a él.

En los rincones de sus últimos escritos se encuentra remansada el agua que ha corrido a ellos, por su pie, desde el embalse secular y granítico de estas tierras de heroísmo.

Y aquí, donde más intensamente vivió, ha querido Dios que se consumiesen sus últimos días.

Este es el peldaño que le preparó la Providencia divina para saltar a la gloria de la Historia y a la gloria del Cielo.

Pues que Navarra haga hablar al muerto, para que su palabra bella y luminosa alumbre la marcha de la España de la post-guerra, encauzando el dinamismo juvenil en las vías de nuestras viejas leyes, tradiciones y posturas.

† MARCELINO, OBISPO DE PAMPLONA»

## LA CRUZ DEL SEÑOR CARDENAL

Con este título ha escrito unas notas íntimas sobre la enfermedad del Eminentísimo Señor Cardenal Gomá, uno de los Capellanes que más de cerca le asistieron. Por considerarlas de verdadero interés y de provecho espiritual, recogemos en síntesis algunos de los datos edificantes que en aquel artículo se relatan.

La enfermedad del Sr. Cardenal Primado fué, no una cruz, sino una fuente de cruces. Porque a los dolores físicos, «espantosos» en expresión del propio enfermo, se unieron en forma aterradora la pena de verse imposibilitado para el trabajo personal y la certidumbre de que se acercaba inexorablemente la muerte: era una agonía lenta que duró seis meses.

Parece que Dios, nuestro Señor, que había puesto al Cardenal Gomá en la Sede Primada en circunstancias difícilísimas y le había hecho guía espiritual de los católicos durante la guerra de liberación, le tenía destinado para dar a sus fieles solemnes lecciones sobre la muerte de los justos. Porque interesa no solamente analizar los sufrimientos físicos y morales del gran Cardenal, sino la forma como reaccionó ante el sufrimiento, robusteciendo su vida espiritual.

Ya en Enero del presente año, ante la agudización del dolor que venía aquejando a Su Eminencia, se convino en una consulta de médicos que tuvo lugar en Madrid. Cuando terminaron de deliberar volvieron al despacho del Sr. Cardenal, quien les dijo en pie: «Señores, díganme la verdad; que estoy dispuesto a escuchar mi sentencia de muerte».

No recibió entonces la noticia temida, pero no tardó muchos días en saberla, porque había prevenido con muchos meses de anticipación a uno de los sacerdotes que tenía a su lado para que se le hablara con claridad en este punto. Y al saber que su mal no tenía cura, contestó con plena resignación: «Hágase la voluntad de Dios».

Pocas cosas mortificaron más a Su Eminencia que el no poder ya trabajar en su máquina y llevar personalmente los gravísimos asuntos de su cargo. Aunque el Señor le ahorró la pena mayor, porque habiéndole conservado en plenitud de facultades mentales hasta la hora de su muerte, le concedió el consuelo de ocuparse de su Diócesis hasta ese mismo momento; sin embargo, el verse postrado y sin fuerzas le arrancó muchas lágrimas y sollozos. No lo extrañe nadie; el Cardenal Gomá llevaba cuarenta años escribiendo incesantemente a máquina sus libros, sus comunicaciones oficiales, sus estudios pastorales, sus escritos de gobierno y de orientación, y tenía tan arraigado el hábito del trabajo,

que no sabía perder un minuto; solía decir con gracejo que el trabajo era en él, no un hábito sino «un vicio».

La prensa comentó con admiración la serenidad del Cardenal Primado cuando, pocos días después de haber recibido los Santos Sacramentos de Viático y Extremaunción, escribió una exhortación Pastoral sobre el valor espiritual de la vida y de la muerte. Así era este gran Prelado: tenía en su lema y en su alma el propósito de edificar a las almas principalmente con la sana doctrina, y no quería dejar pasar la coyuntura solemne de su próxima muerte sin adoctrinar a sus hijos. Dios no quiso que la muerte sobreviniese entonces, para probar y para perfeccionar el alma de su siervo; pero esta dilación también la aprovechó el Cardenal para escribir con motivo del Corpus Christi un precioso documento titulado *Gloria y dolor del Corpus Christi*.

El Cardenal Gomá había recibido del cielo un conjunto de dones que difícilmente se encuentran en un mismo sujeto; pero entre todos descollaba una poderosa inteligencia unida a un corazón paternalmente efusivo. Cuando se cercioró de que el mal avanzaba implacable, determinó coronar su obra de edificación espiritual dictando el maravilloso Testamento Espiritual que se inserta en este mismo número del BOLETÍN.

El Capellán que relata la escena, recuerda con veneración las dulces lágrimas que vió correr por las mejillas del Prelado cuando escribía que confiaba en Jesucristo, o cuando invocaba a la Virgen Santísima, y cuando con vehemencia exclamaba: «Amo a la Iglesia, mi Madre». ¡Qué afianzados tenía estos tres amores el Cardenal! De su amor a Jesucristo habría de decir más adelante, no mucho antes de morir: «He trabajado mucho por Jesucristo». Sobre la Santísima Virgen dejó dispuesto que se publique la obra en varios tomos que tenía preparada en homenaje a la Señora; y sobre la Santa Iglesia pudo asegurar: «He amado a Jesucristo, al Papa y a la Iglesia. Nada de lo que se refiere al esplendor de la Santa Iglesia me ha sido indiferente».

¿Cómo sufrió el Cardenal Gomá? Con gran fortaleza y confiamos que con gran mérito para sí y fruto para las almas.

Entre todas las consecuencias de su enfermedad, ninguna temía tanto Su Eminencia como la posibilidad de perder el uso de la razón. Escatimaba el uso de calmantes y rechazaba todos aquellos que contenían estupefacientes; baste decir que en toda la enfermedad no se ha hecho uso de la morfina para mitigar los dolores. Había podido también observarse en el Cardenal paciente una viva repugnancia a las inyecciones; la explicación de esta repugnancia la dió el mismo enfermo a una Religiosa que le asistía, diciendo: «Green que yo me niego a las inyecciones por miedo al pinchazo, pero no; es que temo mucho perder con las inyec-

ciones calmantes la lucidez de mi cabeza, y prefiero sufrir más pero en mi perfecto conocimiento».

Como el mal avanzaba y los dolores se iban haciendo insoportables, la ciencia humana indicó la conveniencia de un tratamiento de radioterapia, al que se sometió el Sr. Cardenal «con la única esperanza de poder ser útil a la Iglesia y a la Patria en el corto espacio que le quedara de vida». Estas fueron las palabras que dijo a los médicos que acudieron a consulta en Toledo: el ideal del Cardenal Gomá era poder trabajar por su Diócesis hasta el último momento; de lo contrario, estaba dispuesto a presentar formalmente la renuncia de su Sede. Los médicos le aseguraron que mejoraría hasta el punto de poder trabajar con cierta facilidad, y este anhelo sostuvo por dos meses la esperanza del egregio enfermo. Y sin embargo, aunque desde la Clínica de Santa Cristina, de Madrid, despachaba asuntos y dictaba documentos pastorales, tuvo que comprobar, con desencanto, que la mejoría no llegaba al extremo de poder escribir personalmente como antes sus documentos.

De Madrid, a donde había sido trasladado en ambulancia, pudo regresar en automóvil acompañado del Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, con lo cual se robusteció la esperanza de todos; pero el complemento de la mejoría había de ser la estancia durante los meses de verano en país menos caluroso que Toledo; y el enfermo escogió Pamplona, ciudad que le era muy querida, trasladándose allá el 2 de julio con no pequeñas molestias.

En Pamplona le esperaba la providencia del Señor para derrocar la última esperanza humana; porque se agudizaron los dolores, se hicieron casi imposibles los movimientos, el mal fué extendiéndose, y el vigoroso Sr. Cardenal quedó plenamente postrado en su cama, nunca con más propiedad llamada lecho del dolor. Al verse en este estado, que calificó con la frase fuerte de Job: *manus Domini tetigit me*, ultimó en forma edificantísima sus asuntos personales y se dedicó totalmente a su alma. «Vivo—decía—, o al menos procuro vivir, más para el otro mundo que para éste». A este fin, hacía venir todas las tardes a un benemérito Padre Capuchino para que le exhortase y mantuviera su espíritu en fervor espiritual. Además, todas las mañanas oía la Santa Misa que celebraba en el despacho del enfermo su sobrino el Rvdo. D. Isidro Gomá, y comulgaba de manos del joven sacerdote, y por las tardes se hacía leer algunas máximas del Santo Evangelio o de los Santos Padre, o bien, si estaba más animado, hacía él su comentario espiritual en voz alta. Una tarde en que sufría terribles dolores, pensando en su vigoroso organismo que se iba rindiendo, repetía pausadamente: *Seminatur corpus animale, surget corpus spiritale; seminatur in ignobilitate, surget in gloria*, y se recreaba con la esperanza de la resurrección encerrada en esta frase de San Pablo.

Otra tarde, expansionándose ante sus familiares del dolor atroz que sufría en casi todo el cuerpo, añadió: «Qué bueno es Dios para conmigo. Sufro mucho, es verdad, pero todavía me quedan en mi pobre cuerpo muchas partes sanas: la cabeza, el corazón, el movimiento de los brazos... No puedo quejarme». Hasta este punto llegaba su delicadeza.

La estupenda claridad de su mente la aprovechó ávidamente para disponerse a la agonía y a la muerte. «Si muero en mi conocimiento—dijo a uno de sus Capellanes—, quiero morir besando el Crucifijo y haciendo actos de amor». Y cogiendo el Crucifijo que tenía siempre muy a mano, lo besó con ardientes sollozos. El Señor le concedió esta gracia envidiable.

Entretanto los dolores aumentaban de continuo, y así como había hecho de ellos tema saludable de apostolado, quiso también hacerlos fuente de merecimientos. ¡Con qué unción repetía las palabras de San Agustín: «*Hic ure; hic seca; hic non parcas, Domine, ut in aeternum parcas*»! Y después unía sus padecimientos a los de Jesucristo y a los de la Virgen Santísima, para terminar ofreciéndolos «por mis pecados—decía—, por mi Iglesia de Toledo y por la Iglesia universal».

#### DE PAMPLONA A TOLEDO

Alguien dijo que el traslado de Su Eminencia a Toledo era un viaje histórico. Sin poder discernir sobre el valor de este calificativo, debe asegurarse que el viaje fué una «corazonada» del Sr. Cardenal.

El Sr. Cardenal, un año antes de su muerte, comenzó a ver su vida «iluminada con resplandores de eternidad»; pues así también ahora presintió con admirable precisión la proximidad de su muerte. Él había dicho a la Religiosa que le asistía en Pamplona: «Si paso del día de mi santo—19 de agosto—, no llegaré al 23».

Pero tenía una pena honda, «la mayor pena», según decía, la de morir lejos de su Sede. Y un día, el viernes 16 de agosto, mandó llamar al fidelísimo D. Luis de Despujol, y le dijo con decisión: «Quiero morir en Toledo; disponga el viaje con la mayor rapidez y no se deje impresionar por nada ni por nadie».

Se vió la insistencia del enfermo, el desconsuelo en que había de quedar sumido si se le negaba este último anhelo, y sopesando las razones de prudencia, previo el asesoramiento de los médicos, se aprovechó una reacción favorable para emprender el viaje con todas las precauciones.

El enfermo pasó tranquilo en medio de su gravedad las primeras horas de la noche, pero después de las doce el corazón empezó a debilitarse y fué menester reanimarlo con inyecciones. El fin se aproximaba y la angustia ante el posible desenlace en el tren puso a prueba terrible la fortaleza de sus familiares.

Aquellas interminables horas de tren pasaron en alternativa constante



de excitación y aplanamiento; pero entretanto el enfermo disfrutaba de gran paz espiritual. En un momento de gran angustia se le preguntó si quería que le hicieran la recomendación del alma, y contestó afirmativamente.

¡Qué escena de cielo! En plena marcha el tren, y allá en el salón del breack una cama en que yacía moribundo el Cardenal Primado de España. De rodillas a los lados, dos hermanas de Su Eminencia, dos sobrinas, el sobrino sacerdote en quien tantas esperanzas tenía puestas el Sr. Cardenal, el Canónigo Dr. Despujol y el Capellán que esto describe. El Dr. Ipiens vigilando constantemente el pulso, y más al fondo, el Hermano de San Juan de Dios que asistía como enfermero. Comenzó a leer en voz alta y pausada, las preces de la recomendación del alma, y el enfermo iba siguiendo con placidez envidiable y contestando a las oraciones. Acabada la recomendación del alma, desfilaron todos besándole reverentemente la mano.

El enfermo reaccionaba a ratos, pero volvía a desfallecer; al ver esto los sacerdotes le excitaron a contrición y se le dió la absolución, y seguidamente la Bendición Apostólica. Después, su hermana D.<sup>a</sup> Marcelliana, con aquella serenidad sobrenatural de mujer fuerte que el propio Sr. Cardenal envidiaba, empezó a sugerirle jaculatorias que el enfermo repetía en voz baja sujetando el Crucifijo entre sus manos. Fué entonces cuando el Dr. Despujol, sabiendo los deseos del enfermo, cogió un rosario y se lo puso entre las manos. Al sentirse con el santo rosario, abrió los ojos con viveza, fué recorriendo a los circunstantes con la mirada hasta que, fijándose en el Capellán, le dijo: «Esto te lo tenía encargado a tí». Así era en efecto; se lo había encargado en Abril y no había vuelto hablar más de esto. A este extremo llegaba la lucidez y la presencia de ánimo del Cardenal Gomá.

Cuando llegó el tren a Algodor, alguien advirtió que entraban en la Diócesis de Toledo; se lo notificaron a Su Eminencia y él contestó: «Gracias a Dios».

Por fin, Toledo. El trayecto hasta el Palacio fué un verdadero Calvario, pero en medio de todo Su Eminencia bendecía a la ciudad y daba gracias a Dios. Más; no perdió su jovialidad, porque, ya en su cama, le dijo al Dr. Rivera: «D. José, la última calaverada».

Ya tenía el Cardenal Gomá el consuelo de morir entre sus hijos, los fieles de Toledo. El viaje había sido una «corazonada».

#### LA AGONÍA

El Sr. Cardenal Gomá se había prevenido para la agonía. Esto parecerá extraño a quien no conociera de cerca a Su Eminencia, pero no a los que estaban con él en sus últimos días.

Ya el día 4 de agosto había dado este encargo: «Cuando entre en agonía, que las buenas Religiosas de esta Casa se reúnan en la Capilla para orar por mí». Y era de ver la ansiedad con que pedía tener siempre cerca de sí algún Sacerdote.

Este deseo de la recomendación del alma llegó a tener algo de obsesionante. El sábado, 17 de agosto, quería a todo trance que fuese Misa de agonizantes la que celebraba a vista del enfermo su sobrino D. Isidro. El domingo siguiente, por la noche, hizo llamar con cierto aire de misterio a su Capellán, y le dijo: «Creo que esta noche entraré en agonía. Cuida de que haya alguno de los Sacerdotes cerca y no me dejéis sin la recomendación del alma».

Llegó, por fin, la agonía, lenta, plácida, prolongada; pero llena de espirituales consuelos.

El Cardenal Gomá había tenido particular pavor ante la posibilidad de perder la razón por efecto de su dolencia, y el Señor le concedió plena lucidez hasta poco antes de expirar. Había deseado estar junto a sus diocesanos en la fiesta de la Virgen del Sagrario, y el Señor le concedió morir el día de la Octava. «Sr. Cardenal—le decía el Dr. Despujol en la madrugada del 22—, estamos en la Octava de la Virgen del Sagrario; la Virgen Santísima le quiere tener hoy consigo». Y él lo oía consolado.

Cuando, ya entrada la mañana, el P. Gómez le dijo que era providencia especial el haber podido llegar a Toledo, asentía repitiendo: «Indudablemente, indudablemente».

El Sr. Cardenal se moría lentamente, como se extingue la lámpara que luce ante un Sagrario; pero la pena profundísima que producía su agonía llevaba un no sé qué de consolador. Aquel rostro sereno, aquellos labios que se abrían solamente para besar con amor el Crucifijo y para repetir las jaculatorias que se le sugerían, aquellos ojos habitualmente cerrados, que se abrían de vez en cuando para posarlos con cariño en sus hermanos, en sus sobrinos, en los Capellanes o en los allegados a quienes se permitía la llegada hasta el lecho del dolor..., todo era de paz sobrenatural.

La prensa ha dado algunos detalles edificantes de estas últimas horas de Su Eminencia; las procuraremos completar.

Habían sido llamados urgentemente a las cuatro de la mañana el Excmo. Sr. Obispo Auxiliar y el Dr. Rivera, quienes se presentaron inmediatamente. Ya estaban rodeando al enfermo sus dos hermanas, sus sobrinos y los sacerdotes de la casa. Se había repetido la impresionante escena de ir besándole la mano en señal de reverente despedida. El Dr. Rivera comprobó que la ciencia no podía intentar nada eficaz: el Sr. Cardenal Primado de España entraba en agonía con el pensamiento

puesto en Dios, asintiendo a las jaculatorias que se le sugerían y besando el Crucifijo. Su deseo se cumplió.

Se rezaron las Letanías de los Santos, las oraciones todas del Ritual por los moribundos, y fué entonces cuando el Sr. Obispo pidió al enfermo una bendición para sí y para la Diócesis, y Su Eminencia la concedió.

El Dr. Rivera, en su condición de Alcalde de la ciudad, le dijo: «¿Concede, Sr. Cardenal, una bendición a nuestra ciudad?» Y el enfermo movió afirmativamente la cabeza.

Empezaba a reanimarse un poco, y entonces su hermana D.<sup>a</sup> Marcelliana, solícita porque presumía que los hermanos ausentes no verían ya vivo al querido Cardenal, le preguntó: «Hermano, ¿nos bendices a todos y particularmente a nuestros hermanos ausentes y a sus familias?» Y el Sr. Cardenal, conmovido, intentó trazar una cruz para bendecir.

El Sr. Obispo celebró la Santa Misa, que el enfermo fué siguiendo, y le administró la Sagrada Comunión. Todavía se santiguó, ayudado del Dr. Despujol, al *Indulgentiam*... de antes de la Comunión.

Como la agonía se prolongaba, se fueron turnando los familiares y sacerdotes de la casa para sugerirle jaculatorias. Cuando el enfermo oyó la voz de su sobrino D. Isidro que le exhortaba, abrió los ojos con viveza y poniendo su mano que tenía suavemente caída sobre un cojín sobre las del nuevo sacerdote, le dijo: «Sé sacerdote santo». Y cerró los ojos emocionado. El Rvdo. D. Isidro le preguntó entonces si quería recibir la absolución, añadiendo: «Es la primera absolución que doy». Y le absolvió. D. Isidro preguntó después a su tío: «¿Bendice mi sacerdocio?» Y el enfermo, agotado sin duda por el esfuerzo de atención hecho durante la absolución, no contestó de momento, pero después rehaciéndose y recogiendo aquella petición asentía complacido.

Llegó momentos después el Secretario de Cámara del Arzobispado, M. I. D. Francisco Vidal, y le preguntó: «¿Se acordará de nosotros, Sr. Cardenal?» Y el enfermo contestó: «Mucho, mucho». Y todavía, cuando D. Francisco salía, volvió Su Eminencia a repetir: «Mucho, mucho».

Estando aún dentro de la habitación D. Francisco, el propio enfermo pidió el Crucifijo. Se le acercaron a los labios y lo besó, pero al retirarlo, pidiólo nuevamente diciendo: «Otra vez, otra vez».

Entró algo más tarde el Provisor del Arzobispado, M. I. D. Hernán Cortés, y también le reconoció el enfermo. Luego llegaron los hermanos D. Ignacio, padre del Rdo. D. Isidro, y D.<sup>a</sup> María, a quienes saludó cariñosa pero brevemente por falta de fuerzas. Por la tarde, llegó el Sr. Obispo de León, entrañable amigo de Su Eminencia, y con él habló probablemente las últimas palabras de su vida.

Entretanto D.<sup>a</sup> Marcelliana había hecho llamar a la servidumbre de la

casa para que pasara a besar por última vez la mano del Sr. Cardenal que se moría.

Nada quedaba por hacer en el orden espiriritual, pero el Sr. Cardenal, siempre delicado y paternal, creyó que le quedaba una deuda de gratitud por cumplir. Estaba muy cerca de su lecho D. Luis de Despuijol, el amigo, confidente y abnegado colaborador; concentrando en él su mirada de moribundo el egregio enfermo, hizo un ademán. D. Luis se aproximó, y entonces el Sr. Cardenal, en un supremo esfuerzo, le echó los brazos al cuello y le tuvo abrazado largo rato. Ya no podía hablar el Cardenal Gomá, pero todavía sabía agradecer.

Murió el Cardenal Gomá en su Toledo, y con la muerte acabó la cruz, confiando que ella habrá sido fuente de merecimientos y de gloria para nuestro gran Cardenal.

---

## SEMBLANZA DEL CARDENAL GOMÁ

---

Vamos a intentar la semblanza del Emmo. Sr. Cardenal Gomá durante los siete años de su pontificado toledano.

Jalón Angel ha coleccionado su retrato entre los de «Forjadores del Imperio». Pero le ha captado de frente, en reposo, durante un alto en la ruta. Nuestra visión queremos que sea total, en el pleno dinamismo del quehacer diario, comenzado intensamente el 2 de julio de 1933 y que termina, con el mismo ritmo, a las once de la noche del 22 de agosto del 1940.

De estructura fundamentalmente intelectual, las obras todas del Eminentísimo Sr. Cardenal tienen un prólogo ideológico, sistemáticamente delineado en documentos pastorales, que eran después el cauce fijo por donde corría la realización de las mismas. Por eso la mejor fuente para valorizar la personalidad del Sr. Cardenal son sus cartas pastorales, circulares, exhortaciones y publicaciones de estos siete años. Ellas proporcionan con el elocuente laconismo de las cosas logradas la silueta moral del pontificado que es lo mismo que decir, dada la identidad de la obra y la persona, la fisonomía toledana del Emmo. Sr. Cardenal Gomá.

Las grandes solemnidades del año litúrgico y la administración ordinaria de la diócesis no le sorprenden jamás, siempre le encuentran alerta y preparado para instruir a sus diocesanos o legislar en orden a los múltiples intereses que el gobierno de la Iglesia solicita. Barajados con estas instrucciones hay otra serie de escritos que son exponente de dos preocupaciones muy adentradas en su alma, el Clero y la Acción Católica.

Conforme a estos tres apartados vamos a catalogar sus escritos, dejando para uno especial los motivados por la guerra.

## A). ESCRITOS DE CARÁCTER GENERAL

		Boletín del Arzobispado	
		Tomo	Páginas
1933 - VII - 12.	Horas graves.....	89	161-199
» VIII - 2.	Toledo y su Virgen.....	»	229-231
» IX - 8.	El mes del Santísimo Rosario.....	»	251-255
» XI - 29.	La fiesta de la Inmaculada.....	»	301-303
1934 - I - 1.	La perennidad de nuestra fuerza.....	90	1- 33
» II - 1.	La Santa Cuaresma.....	»	41- 49
» IV - 6.	Nuestra peregrinación a Roma.....	»	89- 97
» IV - 20.	El mes de María.....	»	113-122
» V - 26.	La fiesta del Corpus Christi.....	»	133-138
» V - 27.	El mes del Sagrado Corazón.....	»	138-140
» V - 25.	El Jubileo extraordinario de la Redención..	»	141-144
» VI - 15.	El «Día de la Prensa Católica».....	»	174-175
» VIII .	«Monstra te esse Matrem»..	»	210-211
» IX - 19.	El mes del Rosario.....	»	221-223
» XI - 2.	El Congreso Eucarístico de Buenos Aires..	»	252-289
» XI - 20.	La Bula de la Santa Cruzada.....	»	293-297
1935 - II - 14.	El Jubileo extraordinario de la Redención..	91	49- 54
» IV - 22.	El mes de Mayo.....	»	97-102
» V - 18.	La enseñanza del Catecismo.....	»	121-122
» VI - 10.	Las Misiones Diocesanas.....	»	145-148
» VI - 15.	La fiesta del Santísimo Corpus Christi.....	»	149-152
» VI - 14.	El «Día de la Prensa Católica».....	»	152-155
» IX - 14.	El mes del Rosario.....	»	242-250
» X - 12.	La fiesta de Cristo Rey.....	»	261-263
» X - 10.	El Día Universal de las Misiones.....	»	263-264
1936 - I - 24.	Nuestra vuelta de Roma.....	92	33- 47
» II - 6.	El Día del Papa.....	»	73- 75
» II - 8.	Expropiación de Cementerios Parroquiales.	»	75- 77
» III - 28.	La Santa Visita Pastoral.....	»	137-138
» IV - 25.	El mes de Mayo.....	»	151-157
» V - 13.	El LXXX Aniversario de Pío XI.....	»	169-201
» VI - 10.	Sobre la Santa Visita Pastoral.....	»	206-210
» VI - 15.	El «Día de la Prensa Católica».....	»	211-213
1938 - I - 28.	En el XVI Aniversario de la Coronación de Pío XI.....	94	33- 48
» III - 31.	El Congreso Eucarístico de Budapest.....	»	102-107
» III - 31.	Un nuevo Santo español (Salvador de Horta)	»	108-114
» IV - 5.	El mes de Mayo.....	»	133-139
» VI - 17.	El Congreso Eucarístico de Budapest.....	»	194-216
» XI - 10.	El santo Tiempo de Adviento.....	»	341-344
» XI .	El Día del Cruzado.....	»	385-388

		Boletín del Arzobispado	
		Tomo	Páginas
1939 -	I - 26. El XVII Aniversario de la Coronación de Pío XI.....	95	1- 9
1940 -	I - 19. La Santa Cuaresma .....	96	21- 48
»	II - 25. La Fiesta del Papa.....	»	75- 76
»	Viernes Santo. Exhortación pastoral de despedida .....	»	97- 99
»	V - 21. Gloria y dolor del Corpus Christi.....	»	153-155
»	V - 25. El mes de Junio.....	»	155-157
»	V - 24. El «Día de la Prensa Católica» .....	»	177-179

Se ha tenido especial interés en hacer esta larga enumeración, de la que han sido expresamente eliminados algunos escritos, que por tener un carácter impersonal no acusan rasgos característicos ni de su personalidad, ni de su estilo. Todos los demás, en su diversidad de temas, componen un prontuario utilísimo y valioso, porque tratados allí con la enjundia y la solidez del Sr. Cardenal, atesoran materiales preciosos para el ejercicio del ministerio sacerdotal.

#### B). ESCRITOS SOBRE LOS SACERDOTES Y SEMINARIO

La tarde misma de su entrada en Toledo, allá en el mes de julio de 1933, el Sr. Arzobispo descubrió la fibra más íntima de su corazón, el Seminario, «que ha sido siempre—reveló entonces—la niña de mis ojos». Ya desde aquel momento, ante la perspectiva de una diócesis dotada insuficientemente de Clero, acarició la idea de una cruzada *Pro Seminario*. Toledo recuerda las grandes jornadas de la magna Semana Pro Seminario que preparó un tempero propicio para la siembra vocacionista, regada después con la profusión de sangre sacerdotal. Los escritos sobre el Seminario menudean y en ellos se tocan, con la visión amplia del que conoce como Rector y Profesor del Seminario, las múltiples facetas que presenta la formación del Clero. Hemos asistido estos días al traslado de su biblioteca, escogida y nutrida, al Seminario Conciliar. Forma parte de la herencia perenne que el Padre deja a sus hijos. Solamente puede ponderar lo que esta entrega significa quien en la noche siniestra del incendio del Palacio Arzobispal asistió a las escenas aquellas en que mostró el Cardenal, ante el forcejeo de las autoridades, su voluntad decidida de no salir del Palacio Arzobispal hasta que no estuviera puesto a salvo el último de los libros de su biblioteca. Es la mayor entrega que el Sr. Cardenal puede hacer, porque es una parte de su vida y de su pasión dominante. En el Seminario el fondo del Sr. Cardenal será siempre un símbolo de voluntad y una norma de sacerdocio. ¡En nombre, pues, del Seminario, Sr. Cardenal, gracias!

Pero el Seminario sólo tiene un valor relativo: en tanto vale, en cuanto ha de desembocar en el sacerdocio. Los Sacerdotes diocesanos, sus hijos. ¡Qué trances tan amargos hubo de pasar, al conocer la muerte alevosa de cientos de ellos, barridos en unos meses por una tormenta revolucionaria! La relación siguiente representa en cada ocasión, que las fechas de la redacción explica, el por qué del documento.

			Boletín del Arzobispado	
			Tomo	Páginas
1933 - IX - 9.	Carta al venerable Clero Diocesano . . . . .		89	245-250
1934 - III - 4.	El XIX Centenario de la Institución de la Eucaristía . . . . .		90	73- 76
» VI - 19.	Por el Culto Divino y por nuestro Clero... »			161-169
» VI - 20.	Sobre vacaciones de los seminaristas . . . . . »			170-174
» XI - 14.	Sobre el Culto y Clero . . . . . »			289-291
1935 - I - 14.	Sobre conferencias morales y litúrgicas . . . . .		91	17- 20
» I - 29.	Nuestros Seminarios Diocesanos . . . . . »			32- 43
» VII - 8.	La «Semana pro Seminario», Convocatoria. »			169-185
» XI - 21.	Nuestra «Semana pro Seminario» . . . . . »			283-289
1936 - I - 1.	Sobre la Encíclica... del Sacerdocio Católico		92	1- 3
» II - 18.	Sobre predicación y catequesis . . . . . »			89-101
» II - 16.	Sobre... el proceder de los sacerdotes en las presentes circunstancias . . . . . »			102-105
» III - 10.	La Obra de las Vocaciones Eclesiásticas . . . »			113-118
» III - 16.	La Obra del Magisterio Eclesiástico . . . . . »			118-133
1937 - IV - 14.	Organización de los servicios espirituales en el Ejército . . . . . »			171-175
» VIII - 30.	El Fomento de Vocaciones Sacerdotales . . . »			216-219
1938 - III - 10.	Normas de acción pastoral durante la Cuaresma . . . . .		93	77- 79
» III - 10.	El «Día del Seminario» . . . . . »			79- 81
» IX - 1.	A los Sacerdotes de la Unión Misional del Clero . . . . . »			281-284
1939	Ante las vacaciones de nuestros seminaristas		94	181-182
1940 - II - 25.	El «Día del Seminario» . . . . .		95	73- 75
» V - 24.	El Fomento de Vocaciones Eclesiásticas . . . »			177-179

### C). ESCRITOS SOBRE ACCIÓN CATÓLICA

Por su cargo de Arzobispo Primado de España había de vivir en constante relación con todas las ramas de Acción Católica española. Lleno de emoción relata a sus diocesanos en la carta pastoral ya antes citada «Nuestra Peregrinación a Roma», la que de Juventudes de Acción Católica presidió en 1934. «Sabemos—diría unos años después con voz solemne—que un joven de Acción Católica es un alma noble y generosa, que se ha entregado a Cristo y a su causa, de pensamiento, de voluntad y con toda su vida. Es un hombre que está convencido de la verdad de su ideal, que quiere copiarlo en sí mismo, y que se esfuerza en levantarlo como ideal del mundo en la sociedad en que vive». Esta visión del sacerdocio seglar le consolaba, ya en los últimos años, cuando al dirigir su mirada por la vasta diócesis toledana y encontrarla sin sacerdotes, pensaba en la obra que habría de asignarse a los miembros de Acción Católica. Tema constante de sus discursos de la Asamblea Diocesana de Juventud

Femenina de Acción Católica y de la Nacional de Juventud Masculina de Acción Católica, fué la exposición de esta organización diocesana.

A continuación damos la enumeración de los escritos dejados sobre la materia en los varios años de su Pontificado.

		Boletín del Arzobispado	
		Tomos	Páginas
1933	Carta al Consejo Directivo de la C. N. de A. de P. de F. ....	89	232-233
»	A nuestros jóvenes católicos .....	»	261-264
1934	La Juventudes Católicas.....	90	62- 63
»	¡A Roma, jóvenes españoles!.....	»	66- 68
»	Carta a la Confederación de P. de F. ....	»	185-186
1938 - III - 10.	A nuestros estudiantes católicos.....	»	70- 77
1940 - I - 28.	Discurso en la Clausura de las Jornadas de Estudio de las M. de A. C.....	95	61- 67

#### D). ESCRITOS MOTIVADOS POR LA GUERRA

Llegamos a uno de los períodos más sorprendentes del Cardenal Gomá, cuando el Convento de las Madres Josefinas era Sede Primada de España.

Providencialmente liberado del dominio rojo, fué «el hombre preciso» para los difíciles tiempos del comienzo de la guerra, el bienio 1936-37.

Recuerdo que allá, por los primeros días del año 1936, Italia *sancionada* hubo de llamar al patriotismo de sus hijos para acumular reservas de oro. El anillo de los desposorios se entregaba, cambiándole por uno de hierro. Victor Manuel III hizo la entrega enmarcada en una frase acertada: «Italia, este anillo, testigo de la fidelidad guardada a mi esposa, hoy te lo entrego como un juramento nuevo de mi fidelidad hacia tí».

Comentaba el Sr. Cardenal estas palabras del Rey de Italia en la visita *di calore* por su Cardenato el mismo día en que aparecieron en la prensa. Decía: «Este anillo pastoral, que hasta hoy me ha ligado a mi esposa la sede toledana, adquiere hoy un nuevo compromiso con la Iglesia universal, de cuyo senado he sido llamado para formar parte». Las circunstancias de aquel año mil novecientos treinta y seis le trocaron su anillo de oro en otro de hierro, su púrpura cardenalicia se hace viva con la sangre de los mártires y pone a contribución de su archidiócesis desolada y de la iglesia española, sin el más exiguo regateo, todo cuanto es en valer y en prestigio.

Los escritos de este período, ya históricos, son luminosos y transcendentales. Cuánto tienen que agradecer los buenos españoles esta consagración del Cardenal Gomá al servicio de la patria, vilipendiada, desconocida, mal interpretada, en su levantamiento nacional. Cuando por todos los países sus hijos desnaturalizados preparaban la cizaña, con que enervar las fuerzas de la Madre Patria, una siembra copiosa de buen trigo de Castilla se desparramaba por el mundo con la «Carta Colectiva del Episcopado Español». El trigo ahogó la cizaña. Fué ubérrima la recolección de adhesiones y simpatías ordenada y transmitida por la figura prócer del Cardenal, el sembrador.

La lista de los documentos siguientes testimonia algo de lo que entonces se hizo,



porque debe haber mucho que solamente conozcan los hombres que rigen los destinos de España.

		Boletín del Arzobispado	
		Tomo	Páginas
1936 - XI - 29.	Alocución a nuestros amadísimos diocesanos	92	1- 8
1937	El caso de España.....	»	8- 19
»	Mensaje en la liberación de Toledo.....	»	20- 25
»	Respuesta obligada (Carta al Sr. Aguirre)..	»	32- 41
»	I - 30. La Cuaresma de España.....	»	61- 86
»	VII - 1. Carta colectiva de los Obispos españoles...	»	193-210
1939 - II - 5.	Catolicismo y Patria.....	94	41- 73
»	IV - 23. Regina Pacis, ora pro nobis.....	»	138-145
»	VIII - 8. Lecciones de la guerra y deberes de la paz.	»	257-304

En estos cuatro apartados va enumerada la producción literaria del Sr. Cardenal, como Pastor de su diócesis, pero en sus años, el BOLETÍN OFICIAL DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO salía de los límites de la diócesis, pedido de todos los ángulos de España.

### LOS LIBROS PUBLICADOS

Bajo este epígrafe queremos anotar las publicaciones de obras que tuvieron lugar durante los años de Arzobispado en Toledo, o las reeditadas en estos años. Es difícil enjuiciar cuál de ellos es más precioso. El estilo es el mismo, profundo, agradable, único; cada uno tiene un objetivo propio, amado con especial predilección por su autor, quien vió en los temas ocasiones de ejercer su ministerio sacerdotal.

El Sr. Cardenal no es un especialista, es un Obispo que escribe con tal dominio de la doctrina que, al tratar una materia, no sólo la completa, sino que al relacionarla con otros puntos similares, deduce de ella conclusiones insospechadas.

A continuación vienen las obras publicadas o reeditadas durante su pontificado toledano.

<i>Valor educativo de la Liturgia Católica</i> .....	2.ª edic. 1939 (2 vol.)	3.000 ejem.
<i>María, Madre y Señora</i> .....	2.ª edic. 1939	3.000 »
<i>La Eucaristía y la Vida Cristiana</i> .....	2.ª edic. 1934 (2 vol.)	3.000 »
	3.ª edic. 1940 (2 vol.)	3.000 »
<i>Las Modas y el Lujo</i> .....	2.ª edic.	3.000 »
	3.ª edic.	3.000 »
<i>La Familia</i> .....	3.ª edic. 1940	3.000 »
<i>Jesucristo Redentor</i> .....	1.ª edic. 1933	3.300 »
	2.ª edic. 1935 (2 vol.)	3.000 »
<i>Antilaicismo</i> .....	1.ª edic. 1935	2.200 »
<i>Por Dios y por España</i> .....	1940	6.000 »
<i>Evangelio Explicado</i> .....	2.ª edic. 1940 (4 vol.)	3.300 »
<i>Los Santos Evangelios</i> .....	1.ª edic. 1936	9.000 »
	2.ª edic. 1939	22.000 »
	3.ª edic. 1940	30.000 »

A esta producción literaria debe añadirse como obra póstuma una obra sobre mariología, que constará, de dos volúmenes al menos: uno, conteniendo sus escritos pastorales sobre la Santísima Virgen, y el otro sobre la doctrina de la mediación universal.

Para apreciar la rectitud de un rumbo, conviene observar el punto de partida y el de arriba.

El día de su entrada en la diócesis de Toledo, decía el entonces Arzobispo: «mi misión episcopal exige sembrar pacíficamente la doctrina de Cristo, extender la red de protección de la Iglesia para que no os invada el error; salir también de nuestras trincheras para arremeter contra la ley injusta, contra el laicismo, contra todo cuanto va en contra de los derechos imprescriptibles de Cristo y de su Iglesia; correr en busca de la oveja descarriada y arrancarla del precipicio, aunque sea sangrando mi alma; pedir al Espíritu Santo, con inenarrables gemidos, que nos libre de todo mal».

Este fué el programa. La realización del mismo lo dan el catálogo de sus escritos pastorales y los noventa y nueve mil ochocientos ejemplares de las diez obras publicadas durante estos siete años, que arrojan un total de ciento dieciocho mil setecientos volúmenes, que, unidos a las obras que ya tenía editadas, constituyen el legado y forman el eco de una enseñanza que aún perdura. Por ellas, *defunctus adhuc loquitur*.

#### ITINERARIO PASTORAL DEL CARDENAL GOMÁ

Como glosa a su obra, queda todavía a guisa de hitos salientes de su misión, un itinerario pastoral por toda la nación y por todo el mundo.

Se ha consignado ya su peregrinación a Roma con las Juventudes de Acción Católica, pero también Buenos Aires guarda como un tesoro los ecos del discurso del Día de la Raza, que es el Fuero de la Hispanidad promulgado en tierras americanas en 1935. Frente a Rusia, vertió en el Mar Negro el Danubio el año 1938 en vocablos castellanos recogidos de labios del Cardenal en Budapest, la antagonía diametral existente entre la Eucaristía, *vinculum charitatis*, y el Comunismo, fermento de discordia.

1937, Santiago de Compostela, España, agradecida torna a llevar su ofrenda ante el Sepulcro del Apóstol y es el Cardenal, lugarteniente jerárquico de Santiago, el encargado de recogerla, como recogió después en los primeros días del Año de la Victoria, la plegaria del Caudillo, que aprobó en nombre de Dios: «El Señor sea siempre contigo. El, de quien procede todo derecho y todo poder y bajo cuyo imperio están todas las cosas, te bendiga y con amorosa providencia siga protegiéndote, así como al pueblo cuyo régimen te ha sido confiado.»

Etapas gloriosas de un príncipe de la Iglesia, que fué dejando con su púrpura un reguero luminoso de bien.

Vamos a terminar; no hemos pretendido tejer una biografía, solamente una semblanza, que forzosamente ha tenido que resultar visión de superficie, porque no pudimos penetrar en cada uno de los hechos narrados. Esto vendrá seguramente después, pero lo expuesto es suficiente ya para explicar el luto nacional que produjo la noticia de su fallecimiento, de la que dan una somera idea los mil trescientos telegramas recibidos como expresión de pésame.

## LA MUERTE Y EL ENTIERRO DEL EMINENTÍSIMO SEÑOR CARDENAL GOMÁ

El Cardenal Gomá ha muerto. Si es verdad que las desgracias cuando son de largo tiempo esperadas no impresionan tanto, preciso es confesar que en este caso ha fallado la regla.

Desde el día triste de marzo en que Toledo y, al siguiente día, la nación entera se consternaron al saber que al Sr. Cardenal le había sido administrado el Santo Viático y conocer la gravedad del mal que sin esperanza humana de curación aquejaba al ilustre enfermo, la visión del desenlace fatal tenía que pesar en el alma de todos; no obstante, la noticia del fallecimiento del gran Arzobispo Primado, Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, ha caído como un mazazo asestado a las esperanzas de la España católica.

El hecho tiene su explicación. El sentimiento colectivo de los pueblos intuye siempre el fondo trascendente de los hechos históricos, aunque, a veces, no tenga una conciencia clara y precisa de los mismos. Por eso el pueblo español se resistía a admitir el hecho inminente de la muerte del Cardenal Gomá, porque intuía que el Cardenal Gomá no puede morir, sin acertar a distinguir entre la persona física, que había de pagar su tributo a la ley inexorable de la muerte, y la personalidad moral e histórica del Cardenal Gomá que ha de sobrevivir para siempre.

Frecuentemente, en la prensa de estos días pasados, se ha comparado al Cardenal Gomá con los grandes Arzobispos toledanos de nuestro siglo de oro. Hay que hacer notar que el parangón no es perfecto, ni acabado: Aquellos fueron hombres cumbres sobre la cumbre de un siglo de glorias nacionales en todos los órdenes; el Cardenal Gomá ha sido hombre cumbre sobre un montón de desgracias y ruinas diocesanas y nacionales. Aquellos tenían ya fabricado el pedestal de su gloria; el Cardenal Gomá se yergue, con su inteligencia privilegiada, como antorcha que ha de alumbrar todo un camino de dolor y desgracias.

Es verdad que la muerte es la ocasión en que se aquilatan las amistades y simpatías y la hora en que se suelen apreciar justamente los valores humanos. Siendo esto así, no es preciso ponderar el predicamento de que gozaba el difunto Sr. Cardenal en las esferas nacional e internacional y la alta estima que el mundo tiene de sus virtudes y de su saber. Basta considerar la manifestación magnífica, imponente, de dolor y afecto hacia el difunto Cardenal, que constituyó su entierro para apreciar dichos detalles.

El Ministro de la Gobernación, representante del Caudillo y el Gobierno de la Nación, asociándose al dolor del pueblo, la Junta Política de la Falange proclamando con su asistencia lo que al Arzobispo de Toledo debe el Movimiento salvador de España, el homenaje de las fuerzas armadas y de las milicias, las representaciones de todos los estamentos sociales y el inmenso gentío que asistió al entierro dicen, mejor que todas las palabras, lo que en el orden nacional significaba el llorado Arzobispo; y en el internacional, la presencia en los fúnebres actos del Embajador de Inglaterra y de los representantes diplomáticos de Francia, Portugal y otras naciones, los testi-

monios de condolencia del Embajador de Alemania, los telegramas de pésame de Jefes de Estado, como el General Pétain, de Primados, Arzobispos y Obispos extranjeros y los artículos y notas necrológicas aparecidos en la prensa mundial.

«Hemos presenciado el entierro de varios Arzobispos y, con haber sido magníficas demostraciones de dolor nacional, ninguno llegó a ser una manifestación tan imponente de duelo como éste» decían, en el día del sepelio, personas de alguna edad. Nosotros nos complacemos en registrar el dicho como confirmación de las palabras que llevamos escritas y nos congratulamos de ambas cosas, dichos y hechos transcritos, como homenaje póstumo, merecidísimo, al que tan hondo sintió los dolores de la Iglesia y de España que llegaron a confundirse dentro de su ser con sus propios dolores, y por la nueva gloria que de ellos redunda para la Silla de Toledo y para la Iglesia española.

#### MUERTE DEL SR. CARDENAL

Aunque la prensa diaria ha traído detallados y minuciosos relatos de la muerte y entierro de Su Eminencia no queremos que en el BOLETÍN ECLESIASTICO de la Archidiócesis, quede sin hacerse constancia de estos hechos, siquiera sea de una manera breve y sucinta, como homenaje póstumo al que tantas veces enalteció estas páginas con sus luminosos escritos.

En las primeras horas de la mañana del jueves, 22 de agosto, octava de la Asunción de la Santísima Virgen, se fijaba en las puertas del Palacio Arzobispal el siguiente parte médico: «Llamado urgentemente el Dr. D. José Rivera Lema, médico de cabecera de Su Eminencia, a las cuatro cuarenta y cinco de la madrugada, ha dictaminado que el Sr. Cardenal ha entrado en agonia plácida y tranquila, sin perder el conocimiento».

A las cinco de la mañana, apenas iniciado el período agónico, el Excelentísimo Sr. Obispo Auxiliar celebró la Misa de agonizantes en la alcoba del Sr. Cardenal, quien recibió la Sagrada Comunión con unción edificante.

El pueblo de Toledo que durante todo el octavario a la Santísima Virgen del Sagrario había orado fervientemente por la salud de su Prelado y que con interés anhelante había seguido los varios incidentes de la enfermedad se consternó al saber la última nueva. Durante todo el día desfilaron por la portería de Palacio centenares de personas para preguntar por el estado del ilustre enfermo y firmar en las listas colocadas en el zaguán de entrada.

El Sr. Cardenal pasó el día recitando fervientes jaculatorias y besando amorosamente el Crucifijo, que acercaban a sus labios los familiares. Al finalizar la Misa, que dijo el Sr. Obispo, éste pidió a Su Eminencia una bendición para la diócesis, y el Dr. Rivera, como Alcalde, para la ciudad. El Sr. Cardenal contestó afirmativamente, mientras levantando ligeramente la mano hizo el ademán de bendecir. A las siete y media de la mañana se acercó al lecho de dolor el Secretario de Cámara y, al preguntarle que si se acordaría de sus diocesanos, Su Eminencia contestó repetidamente: «Mucho, mucho». A su sobrino, el sacerdote D. Isidro Gomá, le recomendó: «Que seas sacerdote santo».

El Médico y Alcalde de la ciudad, Sr. Rivera, pasó casi todo el día al lado de Su Eminencia, al que rodeaban el Sr. Obispo Auxiliar, su familia y capellanes. Durante

la tarde el Caudillo, por medio de uno de sus ayudantes, se interesó por el estado del Sr. Cardenal. También telefonaron, en el mismo sentido, el Nuncio de Su Santidad, que ya le había visitado anteriormente, las autoridades de Pamplona y numerosísimas personas de toda España.

A pesar de su extrema gravedad, el Sr. Cardenal conservó durante toda la mañana la más completa lucidez mental. Sólo de noche comenzó a perder sus facultades y su vida se fué apagando lentamente. A las nueve y media de la noche, el estado del enfermo se hacía desesperado; el corazón le fallaba con frecuencia y el médico esperaba el desenlace de un momento a otro, sobreviniendo éste, por fin, a las once y doce minutos de la noche, después que su sobrino, D. Isidro, le había leído la recomendación del alma.

En el momento de expirar, Su Eminencia se hallaba rodeado de sus hermanos D. Ignacio, D.<sup>a</sup> María, D.<sup>a</sup> Marceliana y D.<sup>a</sup> Isabel, de sus sobrinos; de los Obispos de León y Auxiliar de Toledo; del Provisor del Arzobispado, D. Hernán Cortés; del Secretario de Cámara, D. Francisco Vidal; de sus secretarios particulares y capellanes. Momentos después del fallecimiento llegó a Palacio, procedente de Cataluña, el hermano del Sr. Cardenal D. Matías, acompañado de su señora y de su sobrino don José Gomá Llobera.

#### TESTIMONIOS DE CONDOLENCIA

La noticia del fallecimiento fué comunicada rápidamente al Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad y a todos los Arzobispos, Obispos y Vicarios Capitulares de España. También se comunicó al Caudillo y a todas las autoridades nacionales y provinciales.

Los primeros en llegar a Palacio para dar el pésame, fueron el Gobernador civil D. Manuel Casanova, al que acompañaban su Secretario y el Comisario de Policía, y el Alcalde, Sr. Rivera Lema. Más tarde fueron llegando el Gobernador Militar Coronel Castro, y el Jefe del Regimiento de Infantería núm. 44, de guarnición en la plaza, Coronel Araujo; el Jefe provincial del Movimiento, Sr. Torres y demás autoridades.

El General Moscardó, en nombre del Generalísimo, telefoneó al Palacio Arzobispal para testimoniar su pésame. También lo hizo el Ministro de Justicia, en nombre del Gobierno, diciendo que España estaba de duelo porque había perdido un Príncipe egregio de la Iglesia y un gran español.

El Ministro de Asuntos Exteriores, Coronel Beigbeder, acompañado de su ayudante Capitán Castillo, se personó en el Palacio Arzobispal, a las cuatro de la tarde del viernes, para manifestar su sincero pésame al Sr. Obispo y familiares y luego oró breves momentos ante el cadáver.

En la mañana del día 23 se recibieron telegramas de condolencia de Su Santidad, del Caudillo y del Ministro de la Gobernación.

El Caudillo telegrafió también su pésame al Cardenal Secretario de Estado y al Cardenal Decano del Sacro Colegio en sendos despachos, redactados en los siguientes términos:

Jefe Estado a Cardenal Secretario de Estado:

«Ruego a vuestra Eminencia transmita a Su Santidad profundo sentimiento de condolencia mío y de mi Gobierno por fallecimiento Cardenal Comá, Primado de

España, por quien guardan luto la Iglesia española y toda la nación. Reitero a Santo Padre testimonio filial devoción. Salúdole.»

Jefe Estado a Cardenal Decano Sacro Colegio:

«En nombre propio y de mi Gobierno me asocio al dolor de ese Sacro Colegio por fallecimiento insigne Cardenal Arzobispo de Toledo.»

Durante todo el día del viernes, sábado y domingo se recibieron centenares de telegramas de autoridades, corporaciones, personalidades y particulares de toda España y del extranjero. No nos extendemos en más detalles ya que en sección aparte, en este mismo número, damos un resumen detallado de los telegramas recibidos.

En nombre del Instituto de España, ya que el Sr. Cardenal pertenecía como es sabido a varias Academias, vino a testimoniar personalmente su sentimiento el Secretario perpetuo de dicha entidad, D. Eugenio D'Ors. El Ayuntamiento de Madrid hizo constar en acta su profundo dolor y acordó enviar una representación al entierro. Así, los de Pamplona, Sevilla, Alicante, Murcia, Zaragoza y Tarragona. En esta última capital, en La Riba, pueblo natal del Sr. Cardenal y otros pueblos de la provincia, los balcones lucían colgaduras con crespones negros y en los centros oficiales ondeó la bandera a media asta.

Los periódicos nos traen noticias del sentimiento que en todos los puntos de España y en muchos del extranjero, ha producido la muerte del Cardenal Gomá. Toda la prensa nacional publica artículos necrológicos, biografías y retratos del difunto Arzobispo Primado.

A pesar de la advertencia hecha antes, no queremos dejar sin mención especial los telegramas de pésame muy expresivos del General Pétain, del Embajador de Alemania, de los Primados de Inglaterra y Polonia, del Almirante francés Lacaze y del Embajador de los Estados Unidos.

El Emmo. Cardenal Hinsley, Primado de Inglaterra, pronunció por radio la siguiente alocución:

«Con la muerte del Cardenal Gomá, la Iglesia española pierde un gran servidor y la misma España un hijo entrañable. En las breves relaciones que con él sostuve, tanto durante el Congreso Eucarístico en Budapest como durante el Cónclave en Roma, pude ver que su única aspiración era la de servir a su país en el sentido más exaltado, a través de la fe y del sacrificio. Su solo deseo era ver una España grande en la paz y en la prosperidad. De sus propios labios, escuché esta expresión de los anhelos de su corazón. En mayo pasado, en el aposento de la clínica donde tanto padeció los dolores de la enfermedad que ha causado su muerte, se dignó recibir un gran Crucifijo español que yo le enviaba como muestra personal de simpatía y de afecto fraternal.

El Cardenal besó la imagen de Cristo crucificado, diciendo que mi presente era muy adecuado para él, que se encontraba también tendido en la cruz del dolor, que compartía en unión de su Divino Maestro. Ahora, desde el reino de la paz, quiera Dios que pueda contemplar a su amada patria en pleno florecimiento de una tranquilidad inquebrantable y de un progreso constante.

Yo ofrezco la santa misa y mis oraciones por el descanso eterno de su alma y por la tierra que tanto amó.»

## UNA CIRCULAR DEL ADMINISTRADOR APOSTÓLICO

El Sr. Obispo Titular de Ezani, nombrado por la Santa Sede Administrador Apostólico del Arzobispado a la muerte del Sr. Cardenal Gomá, dirigió a sus diocesanos, en número extraordinario del BOLETÍN ECLESIASTICO, la siguiente sentida circular:

## «FALLECIMIENTO DEL EMMO. SR. CARDENAL ARZOBISPO PRIMADO

La sede de Toledo llora de nuevo su orfandad. El Emmo. Sr. Cardenal Doctor D. Isidro Gomá y Tomás, su Arzobispo preclaro, Primado de España, ha muerto. La noticia la han difundido la prensa y la radio; al dolor de los diocesanos se ha unido el de toda España, como homenaje póstumo al eminente finado.

A las veintitrés horas y quince minutos del día 22, octava de la Virgen del Sagrario, y cuando se cumplían justamente cuatro años en que fueron martirizados en esta misma capital gran número de los más preclaros sacerdotes del Clero diocesano, expiraba el Sr. Arzobispo. Su vida, de singular relieve mariano, terminó el día de la octava de la Asunción, como un premio, sin duda, de la Santísima Virgen a su insigne panegirista.

La noticia del fallecimiento se temió ya desde la mañana. El parte facultativo acusaba una gravedad extrema. Desde esta hora una agonía lenta, apacible, fué agotando la vida del egregio Purpurado. Con fervor y energías insospechadas oyó la Santa Misa, que tuvimos el honor de celebrar, y recibió de nuestras manos, como Viático, la Santa Comunión.

Postrado durante la jornada, conservó sin embargo plena su lucidez mental. Con insistencia aseguró que en el Cielo se acordaría de sus diocesanos. Con piedad y unción respondía a las jaculatorias que se le insinuaban y repetidamente besaba el Crucifijo y el Escapulario del Carmen. A las veintiuna horas, terminadas las funciones del Octavario en la Catedral, la gravedad se acentuó progresivamente, hasta que dos horas después, en la paz del Señor en que había vivido, entregó su espíritu a Dios.

Sus últimas palabras, típicamente pastorales, fueron para un familiar recién ordenado sacerdote, que acababa de darle la absolución sacerdotal, administrada por primera vez en el ministerio. «Hijo mío, que seas buen sacerdote».

Así terminó su vida, puesta íntegramente al servicio de la Iglesia, de España y de la Archidiócesis. Surgido en tiempos difíciles, fué «estirándose»—según la expresión paulina por él tantas veces recordada—a los múltiples e ingentes problemas presentados por la Iglesia perseguida: por la Patria bastardamente vilipendiada; por la Diócesis despojada, en ruinas y privada de sacerdotes, cuya sangre había corrido por todos los ángulos de su vasto territorio. *Ut Ecclesia aedificationem accipiat* fué su lema episcopal, y el ritmo único propulsor de su actividad de Prelado. La Iglesia, la Patria y la Diócesis, sienten su muerte con dolor vivo y profundo.

Nuestro deber de hijos nos obliga a elevar al Cielo oraciones por su alma que, purificada en el crisol de una enfermedad larga, dolorosa y llevada con ejemplar resignación, gozará ya de la visión de Dios y de la unión con Cristo, por cuyo conocimiento y amor tanto se afaná en vida. Al efecto mandamos que en todas las Iglesias Parroquiales y de religiosas de este Arzobispado se celebren solemnes funerales en sufragio del alma del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Gomá y To-

más (q. s. g. h.), advirtiendo que en las poblaciones donde hubiere varias Parroquias podrán reunirse el Clero y fieles en una sola. Cuiden los Rvdos. Sres. Curas y Encargados de Iglesias de invitar a todas las autoridades y entidades de la localidad; y de la celebración de los sufragios darán cuenta por escrito a Secretaría del Arzobispado. Toledo, 23 de agosto 1940. — † GREGORIO, OBISPO TIT. DE EZANI, Administrador Apostólico.»

#### LA CAPILLA ARDIENTE

El cadáver del Sr. Cardenal, revestido de pontifical, fué colocado provisionalmente sobre una mesa recubierta de rico paño mortuorio, instalada en la antecámara del Salón del Trono, mientras se hacían los preparativos en el Salón de Concilios para instalar la capilla ardiente.

Inmediatamente comenzaron a decirse misas en la cámara mortuoria, asistiendo a la primera entre otras autoridades el Gobernador civil, el Jefe provincial del Movimiento y el Alcalde de la ciudad.

A primera hora de la tarde el cadáver fué colocado en el ataúd y transportado al Salón de Concilios, donde quedó definitivamente instalada la capilla ardiente. Fué llevado a hombros por los sacerdotes D. Hermenegildo Val, S. J., antiguo capellán del Cardenal; el Mayordomo de Palacio, D. Luis Casañas; D. Gervasio Mañas y los servidores del Palacio.

El féretro, cubierto en parte por rico paño mortuorio, fué colocado sobre un plano inclinado, a fin de que el cadáver pudiera ser fácilmente visto por el pueblo a través de una amplia mirilla de cristal a la altura de la cabeza. Sobre el féretro se mostraba el capelo cardenalicio, y alrededor, en sendas bandejas sobre almohadones rojos, la birreta, los guantes y las insignias de Gran Cruz, Banda y Collar de la insigne Orden de Isabel la Católica, de cuyo Consejo Supremo era Presidente el egregio purpurado. A la cabecera, el báculo y la cruz-guion arzobispal, y en los cuatro ángulos sendos blandones sobre severos candelabros. Arriba, en el estrado, lujosamente tapizado de damasco rojo, se levantó un altar con el santo Crucifijo español, de caoba y bronce, que fué hace unos meses regalado a su Eminencia por el Cardenal Primado inglés. Una compañía del regimiento 44 de Infantería, con bandera y banda de trompetas y tambores, se personó en el Palacio Arzobispal para rendir los honores de ordenanza y montar la guardia de honor en la capilla ardiente.

El Caudillo había concedido ya al cadáver del Sr. Cardenal los honores de Capitán General por el siguiente decreto:

«Habiendo fallecido en Toledo el Eminentísimo Sr. Cardenal D. Isidro Gomá y Tomás, Arzobispo de aquella archidiócesis, Primado de las Españas, y deseando honrar su memoria con la consideración que merece su condición de Príncipe de la Iglesia y los relevantes servicios que prestó a la Patria, especialmente durante la reciente Cruzada, vengo en disponer que se le tributen los honores fúnebres que las Ordenanzas Militares señalan para el Capitán General que muere en plaza donde tiene mando en jefe. Así lo dispongo por el presente decreto, dado en La Coruña, a 23 de agosto de 1940.—FRANCISCO FRANCO.»

Instalada la capilla ardiente, se permitió el acceso al público que formaba ya



largas filas a las puertas de Palacio. Desde este momento hasta el del entierro no cesó el desfile interminable de fieles por el Salón de Concilios para orar ante el cadáver. Ya hemos dicho que, entre las numerosas personalidades que visitaron la capilla ardiente, una de las primeras fué el Ministro de Asuntos Exteriores, que llegó de Madrid en automóvil a primera hora de la tarde del viernes, siendo recibido por el Sr. Obispo de Ezani, nombrado ya Administrador Apostólico del Arzobispado.

Además del altar, de que hemos hecho mención, se instalaron otros dos altares laterales. En todos tres se dijeron misas, cada media hora, en la mañana del sábado y en la del domingo hasta la hora del entierro.

## EL ENTIERRO

### LLEGADA DE PRELADOS

Para asistir al entierro de Su Eminencia vinieron a Toledo el Arzobispo de Granada, Excmo. Sr. Dr. D. Agustín Parrado; Excmo. Sr. Dr. D. Leopoldo Eijo y Garay, Obispo de Madrid-Alcalá; Excmo. Sr. Dr. D. Enrique Pla y Deniel, Obispo de Salamanca; Excmo. Sr. Dr. D. José Cartañá, Obispo de Gerona; Excelentísimo Sr. Dr. D. Balbino Santos Olivera, Obispo de Málaga; Excmo. Sr. Fray Francisco Barbado, Obispo de Coria; Excmo. Sr. Dr. P. Carmelo Ballester, Obispo de León; y Excmo. Sr. Dr. D. Estanislao Oskonieski, Obispo de Kuwtno, (Polonia). El Señor Obispo de Tortosa, Consiliario general de la Acción Católica, imposibilitado de venir por encontrarse enfermo, delegó su representación en el Provisor de este Arzobispado y Vice-Consiliario de dicha entidad, M. I. Sr. Dr. D. Hernán Cortés.

### EL NUNCIO DE SU SANTIDAD

A las diez y treinta de la mañana, llegó al Palacio Arzobispal el Nuncio Apostólico de Su Santidad en Madrid, Monseñor Cayetano Cicognani, Arzobispo Titular de Ancyra, al que acompañaba el Auditor de la Nunciatura, Monseñor Juan Calleri, y el Secretario, Monseñor Félix Pirozzi.

Las fuerzas rindieron los debidos honores.

### LLEGADA DE PERSONALIDADES

Hasta la hora del entierro, y con pequeños intervalos de tiempo, fueron llegando el General Borbón, Capitán General accidental de la Primera Región, que ostentaba la representación del Ministro del Ejército, General Varela, y el mando de las fuerzas que rindieron honores; General Millán Astray; Ministro de Relaciones Exteriores, Coronel Beigbeder; Intendente de Marina, General Ortega; Teniente Coronel Jefe de la Escuela Central de Gimnasia, D. Ricardo Villalba; representación de la Diputación de Navarra y Ayuntamiento de Pamplona; Subsecretario de Justicia, Sr. Ortigosa, en representación del Ministro, Sr. Bilbao, acompañado del Encargado de Asuntos Eclesiásticos; representación de la Diputación de Madrid, con su Presidente, Marqués de Hazas; Gobernador, Presidente de la Diputación y Alcalde de Guadalajara; Coronel de Artillería, Sr. Díaz Varela; una nutrida representación del diario «El Alcázar», de Madrid; el Embajador de Su Majestad Británica, Sir Samuel Hoare, con

algunas de las personas afectas a la Embajada; Comisión del Ayuntamiento de Madrid, integrada por el Conde de Casal y el Marqués de Valdavia, y una nutrida representación del Ejército y de la Marina de Guerra.

Siguieron el Gobernador del Banco de España, D. Antonio Goicoechea, en representación del Instituto de España y de la Academia de Ciencias Morales y Políticas; el Ministro de Marina, Almirante Basterreche; Ministro Vicesecretario del Partido, Sr. Gamero del Castillo; primer Consejero de la Embajada francesa, Señor Lamarle; Gobernador civil interino de Madrid; representantes de la Embajada portuguesa; Ministro de Hacienda, Sr. Larraz, y Subsecretario, Sr. Carabias; General D. Francisco Rapalo; Ministro del Aire, General Vigón, y General Urrutia.

Consejeros Nacionales, Sres. Sancho Dávila, el Director de Propaganda, D. Dionisio Ridruejo, el Jefe Provincial del Movimiento de Madrid, D. Miguel Primo de Rivera, y los Sres. Luna y García Valdecasas, Director del Centro de Estudios Políticos.

General Sagardía; Director general de Administración Local, Sr. Iturmendi; Coronel Loygorri; Coronel Jefe de Estado Mayor de la Primera Región; Teniente Coronel Queipo; Ministro de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín; Comisión del Vicariato Castrense; Vicario General del Obispado de Madrid, D. Casimiro Morcillo; Arciprestes de Guadalajara y Talavera de la Reina; Vicario General de Tarragona, Dr. Rial; Alcalde de Tarragona; representación de la asociación «Palabra culta y Buenas Costumbres», de Madrid, formada por el General Mantilla y Sres. Palomares y Sáinz de Baranda; comisión de la Confederación Nacional Católico-Agraria, presidida por D. Carlos Martín Alvarez; representaciones de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y de la Confederación de Padres de Familia.

La Junta Nacional de Acción Católica representada por su Secretario general, D. Zacarías de Vizcarra; el Director técnico, D. Alberto Martín Artajo, y los Vocales Sr. Basagoiti y D. Francisco de Luis, que representaba también a la Editorial Católica de Madrid, en su calidad de Consejero-Delegado de la misma. Consejo Superior de la Juventud Masculina de A. C., representado por el Consiliario, D. Emilio Bellón, y Presidente, D. Manuel Aparici. Consejo Superior de Mujeres de A. C., representado por su Presidenta, D.<sup>a</sup> Luisa Gómez Tortosa, y Vicepresidenta, D.<sup>a</sup> Carmen Blat. Consejo Superior de la Juventud Femenina de A. C., representado por las Señoritas María de Madariaga, Presidenta del mismo, y Concepción Cano.

El Administrador Apostólico del Arzobispado, Dr. Modrego Casás, recibió e hizo los honores a todas las personalidades conforme iban llegando.

#### AUTORIDADES Y CORPORACIONES DE LA CIUDAD

Asistieron y figuraron en el fúnebre cortejo el Excmo. Sr. Gobernador civil de la Provincia, D. Manuel Casanova; Excmo. Sr. Gobernador militar de la Plaza, Coronel Castro; Jefe Provincial del Movimiento, D. Cándido Torres; Excmo. Ayuntamiento de Toledo, bajo mazas, presidido por el Alcalde, D. José Rivera Lema; Excelentísima Diputación Provincial, bajo mazas, presidida por D. Isidoro Basarán; Excelentísimo Sr. Presidente de la Audiencia Provincial, que ostentaba también la representación del Presidente del Tribunal Supremo; Ilmo. Sr. Delegado de Hacienda; Ilustrísimo Sr. Fiscal de la Audiencia; Ilmo. Sr. Coronel Jefe del Regimiento de Infan-

tería número 44; Ilmo. Sr. Coronel Director de la Fábrica Nacional de Armas; Ilmo. Sr. Coronel Jefe de la Zona de Reclutamiento; Sr. Director de la Escuela Central de Educación Física; Teniente Coronel Jefe de la Guardia Civil; Comandante Jefe provincial de Milicias; Juez de Instrucción; Directores y Comisiones de la Escuela Normal de Maestros, Instituto de 2.ª Enseñanza, Academia de Bellas Artes y Escuela de Artes y Oficios; representaciones de todos los Cuerpos de las guarniciones de Toledo y Madrid; Inspectores de 1.ª Enseñanza; Directores de Correos y Telégrafos; Jefe de Obras Públicas; Colegios de Abogados, Médicos y Veterinarios; Jefe del Catastro Urbano; Comisario de Policía; Cámaras de Comercio y de la Propiedad; Cruz Roja; Colegio de Doncellas; representaciones de la O. J., del S. E. U. y de la C. N. S.; Consejos Diocesanos de las diversas ramas de Acción Católica; Asociación de Padres de Familia; Caballeros del Pilar; Luises; Conferencias de San Vicente; Asociación de Maestros Católicos; Hermandad de San Cosme y San Damián y Hermandad de Nuestra Señora del Alcázar.

#### LA CARRERA CUBIERTA

Desde las nueve de la mañana comenzaron a subir al casco de la ciudad, en traje de gala, con bandera, gastadores, bandas de música, cornetas y tambores, las fuerzas que habían de rendir honores durante el recorrido. El trayecto quedó cubierto de la siguiente forma:

Batallón del regimiento de Infantería núm. 42, por la Puerta de la Catedral, Llana, Nuncio Viejo, Cardenal Lorenzana, San Vicente, Alfileritos, Sillería y plaza de Zocodover, enlazando con las del regimiento de Infantería núm. 44 por la calle del Comercio, Cuatro Calles y Hombre de Palo. Las fuerzas sobrantes del regimiento 42 se situaron en la calle de la Trinidad, dando vista a la de Arco de Palacio, para formar en la comitiva.

El escuadrón del regimiento de Caballería núm. 11 se repartió entre la plaza de San Vicente, delante del Museo, donde se situaron dos secciones con estandarte, escuadra y banda, y otra sección en la plaza del Ayuntamiento, que marchó luego cerrando la comitiva.

Las dos baterías del regimiento de Artillería a caballo se situaron en la plaza de Zocodover y el Miradero. La primera, con estandarte para rendir honores, y la segunda para disparar las salvas de ordenanza. Fuerzas de la Policía Armada guardaban el orden. La Infantería y Artillería vestían traje de campaña con casco y guante blanco. La Caballería uniforme de gala y casco.

El Coronel del regimiento 44, al mando de su Plana Mayor, recorrió todos los emplazamientos de la fuerza, precedido por una escuadra de la Guardia civil.

La Artillería instalada en el Miradero dió las salvas de ordenanza en los momentos de salir el féretro de Palacio, al alzar en la misa y al dar tierra al cadáver. En este último instante también lo hizo la Infantería.

#### EL FÉRETRO

El Sr. Arzobispo de Granada y los Sres. Obispos de Ezani, Administrador Apostólico del Arzobispado, Coria y Gerona, celebraron misa en la capilla ardiente.

Terminadas las misas, se colocó el féretro en la parte central del Salón de Concilios, cubierto por el histórico paño de las Indulgencias, sobre las mismas andas que sirvieron para trasladar a Toledo desde Roma, en el siglo XIV, los restos mortales del célebre Cardenal Gil de Albornoz.

Por voluntad expresa del difunto Cardenal Gomá, el ataúd era negro, sencillo, destacando sobre la tapa un gran crucifijo de plata.

#### LLEGA EL REPRESENTANTE DE S. E. EL JEFE DEL ESTADO

A las once menos cinco, en punto, llegó a la puerta del Palacio Arzobispal el coche que conducía al Presidente de la Junta Política y Ministro de la Gobernación, D. Ramón Serrano Súñer.

Las fuerzas le rindieron honores y después de conversar unos instantes con las personas oficiales que en el zaguán aguardaban la llegada del representante del Caudillo en el fúnebre acto, el Sr. Serrano Súñer se trasladó a la capilla ardiente, donde, arrodillado ante el cadáver, oró algún tiempo.

A su derecha se hallaba el Administrador Apostólico de Toledo, Dr. Modrego, y a su izquierda, el Prelado de Málaga, ambos también en oración.

Al salir del Salón de Concilios, el Ministro de la Gobernación, acompañado de los demás miembros del Gobierno, del Nuncio de Su Santidad y demás personalidades, pasó a descansar breves instantes a una sala del Palacio Arzobispal.

#### EL CORTEJO FÚNEBRE

La organización de la comitiva fúnebre fué perfecta y estuvo a cargo del Secretario-Canciller del Arzobispado, D. Francisco Vidal; el Jefe de protocolo, Sr. Merry del Val y el Sr. Rodríguez Bolonio.

Minutos después de las once llegó a Palacio el Cabildo Catedral, precedido de las cruces alzadas del templo primado y de las parroquias de la ciudad, Asociaciones piadosas, Ordenes religiosas, Seminario y Clero.

Un gentío inmenso llenaba todas las plazas y las bocacalles desde donde se podía presenciar el paso de la comitiva. En todos los edificios oficiales ondeaba la bandera a media asta y los balcones todos de las casas particulares ostentaban colgaduras con crespones negros.

En el Salón de Concilios la capilla de la Catedral entonó el «Libera me», de Perosi, y acto seguido el féretro fué sacado a hombros de sacerdotes hasta las puertas del Palacio, en donde lo tomaron para llevarlo durante toda la carrera los obreros y servidores del Palacio Arzobispal, que solicitaron tal honor.

Al aparecer el féretro en la calle, las fuerzas presentaron armas y la banda de música y la de trompetas y tambores ejecutaron la Marcha Real, mientras la Artillería, a lo lejos, hacía las salvas de ordenanza.

El itinerario del entierro fué el mismo de la procesión del Corpus, en sentido inverso y modificado en su primera parte, ya que marchó por la calle de Navarro Ledesma, en lugar de hacerlo por la de la Trinidad, con el fin de evitar las angosturas del callejón de Jesús y María.

El cortejo fúnebre estaba formado del modo siguiente: En cabeza marchaba una

sección de la Guardia Civil montada y seguía una compañía de Infantería. A continuación, las cruces catedralicia y parroquiales; los niños del Colegio provincial y del de San Miguel, que costea el Arzobispado; ancianos del Asilo de las Hermanitas de los Pobres con las religiosas; Hijas de la Caridad de los diferentes establecimientos benéficos de la ciudad; Hijas de la Caridad francesas; religiosas Ursulinas, del Servicio Doméstico, Siervas de María, Terciarias, Carmelitas de la Caridad y Damas Catequistas; Asociaciones piadosas; Juventudes católicas masculinas de Mora y Toledo, con sus banderas; caballeros del Apostolado de la Oración; Adoración Nocturna, en nutridas filas, con su bandera; Hermandad de la Paz y Caridad; Clero regular; Seminario Diocesano; Clero parroquial; representantes de los Cabildos de Madrid, Plasencia, Cuenca y Tarragona. El de Plasencia traía la representación del Excelentísimo Sr. Obispo, que no pudo venir por encontrarse enfermo, y el de Cuenca la representación de aquella Diócesis, de la que el Sr. Cardenal era Administrador Apostólico.

Seguía después el Cabildo Primado. Oficiaba el Nuncio de Su Santidad, revestido de Pontifical, siendo Presbítero asistente el Doctoral, Sr. Metola, y Diáconos los capitulares, Sres. Guisasaola y Marín.

Precedían al Sr. Nuncio los Sres. Obispos de Kuwtno (Polonia), León, Coria, Málaga, Salamanca, Madrid-Alcalá y Arzobispo de Granada; y seguían el Hermano Mayor de la Santa Caridad con dos dependientes portadores de la cruz y de la pala. Inmediatamente iban el macero de Su Eminencia con la maza arzobispal a la fune-rala; la Cruz prelacial; un familiar de Su Eminencia con el capelo cardenalicio y otros dos con bandejas en las que llevaban el birrete cardenalicio, el solideo, los guantes y las condecoraciones que usó el Prelado.

Venía después el Sr. Administrador Apostólico del Arzobispado, como Obispo auxiliar que fué del Cardenal Gomá, llevando a su derecha al Vicesecretario de Cámara y a su izquierda al Mayordomo de Su Eminencia. Luego, el féretro, y detrás de él, el General Borbón, en su calidad de Capitán General accidental de la primera región militar, y una compañía de Infantería con bandera y la banda de música de la 13.<sup>a</sup> división, que interpretó varias marchas fúnebres durante el recorrido hasta la Catedral.

#### LAS PRESIDENCIAS

Presidiendo el grandioso acto iba el Excmo. Sr. D. Ramón Serrano Súñer, Ministro de la Gobernación y Presidente de la Junta Política, que ostentaba la representación del Caudillo.

Detrás marchaban los Ministros de Asuntos Exteriores, Educación Nacional, Hacienda, Aire, Marina, Ministro Vicesecretario del Partido y Subsecretario de Justicia.

Formaban a continuación los miembros de la Junta Política y luego el Cuerpo Diplomático.

La presidencia familiar estaba formada por el Sr. Obispo de Gerona; Vicario General de Tarragona, Dr. Rial; el Secretario del difunto Cardenal, D. Luis de Despujols; los hermanos de Su Eminencia, D. Matías y D. Ignacio; los sobrinos, D. Isidro, D. José, D. Jaime, D. Miguel, D. Antonio y D. Juan María, y el Sacerdote D. Jaime Torres, Párroco de la Riba, tierra natal del Dr. Gomá.

Seguían la presidencia militar, como Vicario General Castrense que era el finado Cardenal, y la del Instituto de España, al que pertenecía Su Eminencia. Esta última estaba formada por el Sr. Goicoechea, de uniforme, como Presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, y por el Académico, miembro de la misma, D. Severino Aznar.

A continuación, la Junta Técnica Nacional de la Acción Católica; Ayuntamiento de Toledo con los Alcaldes de Guadalajara y Tarragona y representaciones de los de Madrid, Pamplona, Alcalá de Henares, Puebla de Montalbán y La Riba, precedidos de los maceros y seguidos de los Guardias municipales; Diputación Provincial de Toledo con su Presidente y los de Madrid, Navarra y Guadalajara bajo mazas; Gobernadores civiles de Toledo y Guadalajara, representante del de Madrid y Jefe Provincial del Movimiento. Detrás, todas las restantes autoridades de Toledo, ya reseñadas en un párrafo anterior, y las Comisiones militares, que quedan también anotadas en el lugar citado, pertenecientes a las guarniciones de Toledo y Madrid.

La Falange de Toledo y su provincia estaban representadas por el Secretario Provincial, D. Emilio Manso; el Delegado Provincial de Información, D. Rafael Manzanedo; el Secretario del mismo servicio, D. Mariano Miedes; el Delegado de Auxilio Social, D. Víctor José Marina, y el Secretario, Sr. de las Heras.

Figuraban, asimismo, en el acompañamiento, comisiones y representaciones de todas las corporaciones y entidades de Toledo y algunas de otras provincias, así como los Consejos Nacionales y Diocesanos de las cuatro ramas de Acción Católica. Como ya hicimos mención de todas ellas, no las repetimos ahora.

Cerraban el cortejo las fuerzas siguientes: Milicias de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., con bandera y música; centuria del Trabajo de la C. N. S.; estudiantes del S. E. U. y las O. O. J. J. con las banderas del Movimiento. Por último, una sección de lanceros.

#### DESFILE DE TROPAS ANTE EL CADÁVER

A las doce y media, los batidores de la Guardia civil que abren marcha, aparecen de regreso por la calle del Cardenal Cisneros. Avanza las cruces parroquiales, los acogidos a los establecimientos benéficos, las asociaciones y congregaciones religiosas y las largas filas de seminaristas, que entran en la Catedral por la Puerta Llana. Enfrente, se halla situado el arnés de artillería sobre el que se coloca el féretro, y a su lado, el General Borbón, Capitán General accidental, con su Estado Mayor y sus ayudantes.

A la derecha del féretro se sitúan el Nuncio de Su Santidad, que oficia de preste con sus asistencias y los Prelados. Más allá, el Ministro de la Gobernación, que representa al Caudillo, y detrás, los demás Ministros y la Junta Política; seguidamente, el Cuerpo Diplomático, Subsecretarios, autoridades y jerarquías provinciales, Corporaciones provincial y municipal y comisiones militares y civiles. Junto a la puerta de la Catedral, la bandera del Regimiento 44 y la banda de música del 42 de Infantería.

Comienza el desfile. Marcha en cabeza el Jefe de toda la fuerza, coronel del Regimiento 44, don Luis Araujo, con el Teniente coronel del mismo, D. Félix Gutiérrez Cano. Después, las fuerzas de Infantería de los Regimientos 42 y 44, escuadrón de

lanceros, milicias de Falange, centuria del Trabajo, S. E. U. y cadetes de la Organización Juvenil. Al pasar por delante del cadáver las fuerzas daban los gritos reglamentarios y volvían su vista a la derecha.

Terminado el desfile, el cadáver entró en la Catedral por la Puerta Llana, a hombros de Sacerdotes.

#### SOLEMNE MISA DE REQUIEM

En el centro del crucero se había levantado un grandioso catafalco de cinco cuerpos; los tres inferiores, recubiertos de terciopelo rojo galoneado de oro, el cuarto con un rico paño mortuorio tejido en tapicería de seda del siglo XIV, y el superior, por el histórico y rico «paño de la muerte» de finales del siglo XVI. Sobre este túmulo se ostenta una mitra de tisú de oro en rojo almohadón.

El féretro fué colocado en el interior del catafalco, sobre el primer cuerpo frente a la Capilla Mayor.

Sobre los pies del féretro, que sobresale, se hallaba el capelo cardenalicio, y en línea delante del catafalco, los portadores de los demás atributos cardenalicios y la cruz prelacial, el histórico guión del Cardenal Mendoza. Da guardia de honor al túmulo un piquete de Infantería con fusil a la funerala.

Las autoridades y altas jerarquías pasaron al interior de la Capilla Mayor. En el presbiterio, al lado de la Epístola, ante un reclinatorio, se sienta el Ministro de la Gobernación, Sr. Serrano Súñer, representante del Caudillo; detrás los Ministros de Asuntos Exteriores, Aire, Hacienda, Obras Públicas, Educación Nacional y el sin cartera, Sr. Gamero del Castillo. En una tercera fila de sitial, el General Borbón, el Subsecretario de Justicia, Sr. Ortigosa, representante del Ministro, y los demás Subsecretarios.

En el antepresbiterio, al lado de la Epístola, la Junta Política. Detrás los Gobernadores civiles de Toledo y Guadalajara y representante del de Madrid, y el Jefe provincial del Movimiento; los familiares de Su Eminencia con el Obispo de Gerona, Dr. Cartañá; las Corporaciones provincial y municipal y las demás autoridades provinciales.

En el lado del Evangelio, el Cuerpo Diplomático, los Generales y Jefes militares con el Gobernador militar de Toledo. En el coro los Prelados, con el Obispo Administrador Apostólico de la Archidiócesis, el Cabildo Catedral y los demás sacerdotes, y en el crucero las Comisiones militares, civiles y del Movimiento, Asociaciones católicas y Congregaciones religiosas.

Ofició de pontifical en la Misa de Requiem el Nuncio de Su Santidad Monseñor Cicognani, asistido del Doctoral, Presidente del Cabildo, D. Gregorio del Solar Metola, como Presbítero de Honor, y de los Capitulares D. Agustín Guisasola y don J. Luis Marín, como Diácono y Subdiácono, respectivamente. Visten los oficiantes el rico terno llamado de Medrano, del siglo XVII, a cuyo juego pertenecen también los frontales que adornan el altar.

Al final de la Misa se cantaron cinco responsos, oficiando en ellos los señores Arzobispo de Granada; Obispos de Madrid, Coria y Salamanca, y el Nuncio de Su Santidad.

Durante el acto, jóvenes de Acción Católica repartieron dos mil recordatorios

entre las autoridades, comisiones y fieles que llenaban por completo los dos lados del crucero, a pesar de lo avanzado de la hora.

La capilla catedralicia, dirigida por D. Felipe Alegría, interpretó la Misa de Requiem de Perosi y el responso «Libera me», del mismo autor.

#### EL ACTO DEL SEPELIO

Seguidamente se verificó el traslado procesional del féretro al lugar de su enterramiento en la capilla de Nuestra Señora del Sagrario.

La sepultura ha sido abierta en el lado del Evangelio, junto al altar, debajo del mausoleo del Cardenal Sandoval y Rojas, fundador de la Capilla, y al lado de la sepultura del Cardenal Reig Casanova.

Cantado el oficio de sepultura, el féretro es bajado al fondo de la fosa, arrojando sobre él una paletada de tierra el Nuncio de Su Santidad con la pala de la Santa Caridad de Toledo; otra, el Ministro de la Gobernación, representante del Caudillo; otra, el Hermano Mayor de la Santa Caridad, y, por último, los hermanos de Su Eminencia, D. Ignacio y D. Matías, cerrándose a continuación la sepultura.

Cerca de las tres de la tarde terminó la fúnebre ceremonia. El Sr. Serrano Súñer, los Ministros y las altas jerarquías del Movimiento, los Prelados, los Subsecretarios y las primeras autoridades provinciales se trasladaron al Palacio Arzobispal para reiterar su pésame a los familiares del Sr. Cardenal.

\* \* \*

La emisora regional «Radio Toledo» ha retransmitido todos estos actos haciendo un interesantísimo reportaje, para lo que instaló micrófonos en el Palacio Arzobispal, en varios lugares del itinerario del cortejo y en la Catedral.

#### LOS FUNERALES DEL 3.º Y 7.º DÍAS

El día 27, a las once de la mañana, se celebró en la Santa Iglesia Catedral Primada un solemne Funeral en sufragio del Emmo. Sr. Cardenal Gomá.

Ofició el Sr. Obispo de Gerona, asistido por el Sr. Doctoral, como Presbítero asistente, y los Capitulares Sres. Gómez Alvarez y Marín, como Diáconos. En el coro ocupó el sitial del Prelado el Excmo. Sr. Administrador Apostólico, Doctor D. Gregorio Modrego y Casás, Obispo Titular de Ezani.

En sitaliales colocados en la Capilla Mayor estuvieron presentes los familiares y capellanes del difunto Cardenal.

Como el funeral tenía carácter privado no se invitó a las autoridades. Asistieron numerosos fieles, entre ellos bastantes sacerdotes y caballeros, que se colocaron en el coro y en la Capilla Mayor.

El viernes, día 30, se celebró en el templo primado un solemnísimos funeral correspondiente al séptimo día después del fallecimiento. Asistieron las autoridades y corporaciones todas de Toledo que, dentro de la Catedral, junto a la puerta del Niño Perdido, esperaron la llegada del Sr. Obispo Administrador Apostólico, quien había de oficiar de Pontifical en la Misa solemne de Requiem.



Poco antes de las once hizo su entrada el Prelado, al que acompañaron las autoridades hasta el presbiterio.

Asistieron al Sr. Obispo, durante el Pontifical, el Canónigo Doctoral, Presidente del Cabildo, como Presbítero asistente, y los Capitulares D. Víctor Marín y D. José Luis Marín Martín, y asistieron, ocupando sitios en el antepresbiterio, las autoridades civiles y jerarquías del Movimiento, presididas por el Gobernador civil, Don Manuel Casanova, con el Jefe provincial del Movimiento, D. Cándido Torres; el Alcalde de la ciudad, D. José Rivera Lema, y el Presidente de la Diputación, Don Isidoro Basarán, y las militares, presididas por el Coronel del regimiento 44, D. Luis Araujo, en representación del Gobernador militar, y numerosas representaciones de todos los centros y dependencias, así civiles como militares, Cabildo de párrocos, Ordenes religiosas, Acción Católica y Congregaciones y Cofradías; los hermanos y sobrinos de Su Eminencia, sus colaboradores y servidores y muchos fieles que llenaban reboasamente el crucero y las naves inmediatas.

También asistió el Delegado provincial de Educación Nacional de Madrid, que ostentaba la representación del Ministro-Delegado nacional.

La capilla catedralicia cantó la misa, a cuatro voces, de Perosi.

Terminado el solemne Pontifical ocupó la Sagrada Cátedra el Canónigo y Provisor del Arzobispado, Dr. D. Hernán Cortés, que pronunció una elocuentísima oración fúnebre, cuyas palabras, tomadas taquigráficamente, reproducimos en otro lugar de este número.

Con la absolución al túmulo terminó el fúnebre acto, acompañando después las autoridades y jerarquías al Sr. Obispo hasta la puerta del Palacio Arzobispal, donde le despidieron.

Estos actos fueron retransmitidos también por la emisora local «Radio Toledo».

---

## SOLEMNE FUNERAL EN GUADALAJARA

---

La capital de la Alcarria, que no olvida las diferentes ocasiones en que el ilustre Cardenal Gomá la honró, siendo su huésped distinguido, y principalmente la larga temporada, en los días aciagos que siguieron a las elecciones de febrero de 1936, en que la tomó como centro de donde irradió su visita pastoral a un crecido número de pueblos, ha honrado la memoria del insigne purpurado celebrando, el día 6 de septiembre, solemnísimos funerales en sufragio de su alma en el amplio templo parroquial de Santa María la Mayor.

Desde las primeras horas de la mañana de dicho día todos los centros oficiales aparecían con colgaduras y crespones negros, así como la mayor parte de los balcones de las casas particulares de todas las calles de la población. En aquellos ondeaba también la bandera a media asta.

Poco antes de las once de la mañana, hora señalada para el fúnebre acto, llegó al templo el Excmo. Sr. Administrador Apostólico del Arzobispado, Dr. D. Gregorio

Modrego Casás, Obispo Titular de Ezani, quien invitado por las primeras autoridades de la provincia para asistir a los funerales, se dignó oficiar en ellos de Pontifical. A las puertas de la iglesia fué recibido por todas las autoridades civiles y militares de la provincia, que le acompañaron hasta el presbiterio. Un gran número de fieles de todas las clases sociales llenaba el amplio espacio de las tres naves, a pesar de ser día laborable.

En el centro del crucero se había erigido un severo catafalco coronado por la mitra y revestido con el rico paño mortuario de los Mendoza. También se usaron el precioso terno y el magnífico juego de ébano, regalo hecho por los Príncipes de Eboli a la Colegiata de Pastrana.

Ofició de Pontifical, como queda indicado, el Sr. Obispo de Ezani, asistido por el Sr. Arcipreste de la ciudad, D. Sindimio Hernández, como Presbítero asistente; D. Angel Morán, Teniente Arcipreste, y D. Juan de la Puente, Capellán de la Academia de Infantería, como Diáconos de honor; y por todos los Sacerdotes de la capital, así como muchos de la provincia llegados aquel día para asistir al funeral. La Capilla de la Catedral de Sigüenza, con elementos musicales de la capital, cantó la Misa de Requiem y el Responso de Perosi. Actuó de Maestro de Ceremonias D. Luis Casañas, venido de Toledo con ese fin.

A los lados del túmulo estaban las presidencias civil y militar, formada la primera por el Excmo. Sr. Gobernador Civil, D. José M.<sup>a</sup> Sentís; Jefe provincial del Movimiento; Ayuntamiento en pleno con los maceros, presidido por su Alcalde D. Francisco Ruiz; Presidente de la Audiencia; Delegado de Hacienda y Diputación provincial en pleno, con su Presidente al frente, D. Patricio Suárez y Suárez.

La presidencia militar estaba integrada por el Excmo. Sr. Gobernador Militar, General de Infantería D. Antonio del Castillo; Coronel Jefe del Tercio de la Guardia Civil; Coronel Director de la Academia de Infantería; Teniente Coronel Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil; Teniente Coronel Jefe del Regimiento Mixto n.º 85, y comisiones del Profesorado de la Academia, Zona de Reclutamiento, Centro Electrotécnico, Auditoría de Guerra y Juzgados Militares de la Plaza.

Asistieron también los Jefes de Obras Públicas y Prisiones; Directores del Instituto de Enseñanza Media y Escuela Normal de Maestros; Jefes de Correos y Telégrafos; nutridas comisiones de la Falange masculina y femenina, S. E. U. y Organizaciones Juveniles; Juventud masculina y femenina de Acción Católica con sus banderas; Presidentes de los Centros Parroquiales de Hombres y Mujeres de Acción Católica; S. E. M. y Asociación de Maestros Católicos y representaciones de todos los centros y fuerzas vivas de la capital, Ordenes religiosas de vida activa, Cofradías y Asociaciones católicas.

Al terminar la Misa el Illmo. Sr. Vicario Capitular de Sigüenza, D. Hilario Yaben y Yaben, pronunció una elocuentísima oración fúnebre, cuya reseña damos en otro lugar.

Terminó el solemne acto con el responso final y la absolución al túmulo, siendo despedido el Sr. Obispo por todas las autoridades, que le acompañaron hasta la salida del templo.

## JUICIOS APARECIDOS EN LA PRENSA CON MOTIVO DEL FALLECIMIENTO DEL SEÑOR CARDENAL

«El Cardenal Gomá era un prócer de la inteligencia y de la Púrpura. Hasta en su físico reflejaba esa rotundidad vibrante que distingue a los hombres forjados de una pieza en acero espiritual Béssemer. Alto, fuerte, plétórico de ideas, recio de voluntad, entusiasta del saber y del arte y enfebrecido de emoción religiosa, parecía constituido para recibir, sin metáforas y en coro ideal de majestades del espíritu, el saludo clásico francés para los dignatarios eclesiásticos: «Sa Grandeur»... Grandeza mental, moral, humana, como la de nuestros Cardenales históricos. Tardará muchos años en aparecer sobre el horizonte de nuestro país una figura de ese relieve, en forjarse entre nosotros una personalidad de su talla. Era grande a la manera de los hombres de la España Grande.

.....

Al morir el Cardenal Gomá, el pensamiento ha perdido un cultivador y un vocero relevantes; la Iglesia, un purpurado insigne; la nación, un hombre. España debe llorar su pérdida como una pérdida nacional.»

(P. Bruno Ibeas, en *Ya* del 25 de agosto.)

«Así, en el seno de las instituciones firmes, todo duelo se hace afirmación, y si grande es el dolor de lo que concluye, grande es también la esperanza en lo que permanece. Bajo la recia losa que cubría los restos del Primado, del nexo de unidad del catolicismo militante en el área española, se levantaba radiantemente la torre, dorada y esbelta, como ejemplo vivo e imperecedero de esa misma unidad.»

(*Arriba*, 27 de agosto.)

«A la sabiduría que ha pasado por el crisol de los siglos, y que es la de la Iglesia, se unía en Gomá esa fortaleza del carácter que es propia de los españoles de la gran especie. Rigió su sede con la dignidad necesaria, uniendo a los rigores de su alto apostolado la efusión con que el Evangelio se imprime en las almas, y sin la cual, como San Pablo dice, la palabra es címbalo que retiñe vanamente.

.....

En la política de Dios y gobierno de Cristo de España, el orden espiritual y el temporal han ido por igual concordes y derechos. El Dr. Gomá ha sido fiel a las más ilustres tradiciones de la silla primada, y por eso mismo, celoso de la unidad y de la integridad del Estado, que tantos reyes, santos, héroes, doctores y hombres de letras, en Toledo y en el ámbito total del Imperio español—medio mundo—, han enaltecido memorablemente.»

(*Arriba*, 23 de agosto.)

«Por todos es conocida cómo la actuación del Primado fué la del más firme paladín para el logro de la victoria moral. Aclaró en el exterior, desenmarañando la propaganda roja, el sentido de catolicidad de nuestra lucha.

.....

Su catalanidad de origen no le impidió nunca una adhesión patriótica al sagrado nombre de España.»

(*El Alcázar*, 23 de agosto.)

«El Primado recién fallecido equivalía en sabia dirección, esplendor literario, generosidad de espíritu, alto patriotismo y santa vida de varón cristiano, a la más honrosa de aquellas figuras que en nuestros siglos mejores la Providencia se dignó concedernos para el mejor uso en los momentos necesarios.

La intervención del Cardenal Gomá, guiando en la Cruzada la salvaguardia del aspecto religioso que nuestra lucha tenía, fué de la mayor eficacia para que el mundo se enterase cómo este espíritu presidía, a la manera tradicional, nuestra nueva guerra, igual que en todas las luchas de los siglos anteriores.»

(*El Alcázar*, 24 de agosto.)

«Toledo, en la angustia prolongada de estas penosas jornadas del tránsito, impresionante y ejemplar, del doctor Gomá, ha sentido cómo se abrían en su carne y en su espíritu las viejas heridas.»

(*A B C*, 27 de agosto.)

«Hasta en sus últimos instantes, la vida del Cardenal Gomá tuvo el gran valor ejemplar de todas sus horas. Esa última parte de su vida—una larga y dramática agonía de varios meses—fué una serena y magnífica lección de bien morir, como toda su anterior existencia fué una norma constante de bien pensar y de bien obrar. En el Cardenal, España tenía uno de sus más claros varones. Se enlazaba su hombre con el de los grandes Cardenales, con el de los Arzobispos que son ya luz de Historia y pauta de españolismo y catolicidad: Rada, Cisneros, Mendoza, Tavera, Monescillo... Esa línea extraordinaria que enlaza, ya en nuestro tiempo, con fray Ceferino, tiene en Gomá su último gran nombre hasta hoy.»

«Gomá no era sólo el teólogo que puede situarse en la misma línea de los pensadores religiosos de los mejores días españoles. Era, además, un español ferventísimo, a quien la Historia colocó en la hora decisiva de nuestra Cruzada. Inmediatamente, con una comprensión exacta y rápida de lo que para España y para el mundo, para los valores espirituales de la Humanidad, significaba la lucha iniciada, Gomá puso todo su esfuerzo y toda su inteligencia al servicio de la Causa. Su voz se dejó oír ante el mundo proclamando la santa verdad de la guerra contra las fuerzas destructoras de España y de Dios. Su nombre encarnó así la actitud de la Iglesia ante nuestro drama. El Cardenal Gomá fué el Prelado de nuestra Cruzada. Al morir le llora con duelo auténtico esta nueva España que él vió forjar y que él sintió y amó apasionadamente.»

(*Madrid*, 23 de agosto.)

«Virtud y sabiduría, nobleza y discreción, se aliaban en el alma de este claro varón y Príncipe de la Iglesia, que hacía honor al nombre de su dignidad y era quicio inmovible y admirable en el servicio de su apostolado.

La fecha del fallecimiento de este Príncipe de la Iglesia es histórica porque su figura quedará para siempre asociada a la de los fastos memorables de la Patria.»

(*Informaciones*, 23 de agosto.)

«El Cardenal Gomá ha sido llamado al cielo.

Mientras doblan las campanas de los templos, España enlutada y doliente acata los designios de la Providencia divina: «El Señor nos lo dió; el Señor nos lo ha llevado. Sea bendito el nombre del Señor». Pero las lágrimas arrasan sus ojos y la pena hace presa en el corazón de los fieles.

Que no perdemos solamente al hombre sabio, henchido de doctrina, inteligencia preclara, para quien no había secretos en las ciencias eclesiásticas, que en una fecundísima vida ha producido centenares de obras donde se investigan, se exponen y resuelven los problemas más arduos y se establecen principios y normas seguras con una difícil precisión que hace la luz en las tinieblas y disipa dudas y titubeos. Ni se nos va para siempre únicamente una pluma ágil, atildada, a la vez austera y elegante, manantial de una prosa áurea y rica, de sello inconfundible. Ni nos quita el cielo al varón santo con esa virtud sencilla y comprensiva aquilatada por largos meses de dolores terribles cristianamente soportados y cien veces ofrecidos en holocausto por la Iglesia y por la Patria.

Su muerte nos priva de una egregia figura española, cuyo vacío va a ser poco menos que imposible llenar. En Roma, en Budapest, en Buenos Aires, el Primado de las Españas desvanecía envidias y prejuicios, despertando en los católicos y aun en los que no lo eran, el respeto, la simpatía y la admiración por nuestras cosas y por nuestra causa. Si algún título tiene merecido y ganado el Cardenal Gomá, es el que le aplicó un gran escritor español cuando lo apellidó «Príncipe de la Hispanidad.»

(*Heraldo de Aragón*, 23 de agosto.)

«Nuestro Cardenal Gomá, culminando en un momento máximo y decisivo de la Historia de España en lucha por la reviviscencia de aquel espíritu cristianísimo y conservación de esa Unidad religioso-política o nacional, tiene plenitud de derecho a ser reconocido y aclamado por «el Cardenal de España».

Su saber, su virtud y su celo requería, por marco y pedestal a la vez, la Sede máxima española. Su labor, su visión certera y sus aciertos le consagran en la Historia Primado por excelencia de las Españas en nuestros tiempos.

Sólo el dedo de Dios pudo guiarle, sostenerle y culminarle por tales caminos.»

(Monseñor Lisbona en *El Correo Catalán*, 23 de agosto.)

«No hay sorpresa en la noticia tristísima; pero sí ha de haber dolor insondable en el alma católica de España. Es mucho lo que pierden la Iglesia y la Patria. El Cardenal Gomá, sabio y santo, pastor y padre, baja a la tumba como un mártir más de esta Iglesia española que en los últimos años ha tenido tantos. Se fué doblando su cuerpo recio bajo el trallazo del dolor, al mismo tiempo que se agigantaba su espíritu egregio, su alma trasparente, del más puro cristal.

.....

Pocas veces, a lo largo de los años y de los países se halla un cerebro tan claro, una sabiduría tan vasta, una pluma de tan áureos reflejos, una palabra tan repleta de

fuerza cordial, una tan alta, maravillosa, virtud. Por eso ha sido excepcional también la sembradura de Patria y de Fe, de justicia y caridad, que la vida, la agonía y la muerte del Cardenal Gomá ha ido clavando, «por modo de amor», en la carne y en el alma de España.»

(*La Gaceta del Norte*, 23 de agosto.)

«El remedio para sanar a España ya lo tenemos; nos lo dá el Cardenal: hacer Religión y Patria; además, ya nos dice él cómo hemos de entender estos conceptos.»

(*El Pensamiento Navarro*, 27 de agosto.)

«El fué quien, cuando el Mundo miraba con desconfianza nuestra guerra, supo adoctrinarlo con la serenidad de su pluma que desmenuzaba el «caso de España.»

(*El Pensamiento Navarro*, 23 de agosto.)

«El Cardenal Gomá es, por sus admirables escritos, conocido y admirado en todo el mundo católico.»

(*El Diario Vasco*, 23 de agosto.)

«Su gigantesca obra de apostolado, su celo infatigable, su encendido ardor religioso, el ejemplo de toda una larga vida dedicada a la mayor gloria de Dios, se ponen de relieve en estas horas de luto para la Iglesia, en estos momentos en que perdemos los católicos al Pastor que conducía el redil español.»

(*La Voz de España*, San Sebastián, 23 de agosto.)

«Pocas vidas tan prietas de trabajo y virtud como la del Cardenal Gomá y pocas muertes tan edificantes como la suya.

.....  
Parece mentira que en el breve paréntesis de una vida humana puedan hacerse tantas cosas, tan llenas de profunda serenidad.

.....  
Nada en sus escritos superficial y ligero. Todo en sus obras firme y cimentado, como los castillos y las catedrales de la Edad Media. Y luego, la bella y precisa exactitud de su prosa. Sobre un fondo teológico y filosófico de la más ortodoxa estirpe, una forma elegante del más puro clasicismo.

.....  
Una vida así tenía que ser coronada necesariamente por una muerte como ha sido la del Cardenal Gomá. Plácida y edificante, soportada con el frío valor de un temple de acero.»

(*Diario Regional*, Valladolid, 27 de agosto.)

«Testigo de excepción el pueblo español ha visto sufrir con ánimo sobrenatural, durante meses y meses, a su amado Cardenal preocupado aun entonces más que de sus propios sufrimientos del bienestar moral de las almas encomendadas a su custodia. Y hasta ayer mismo la Prensa recogía la patética escena de una mano moribunda

asomada entre las cortinillas de la ambulancia para dar el postrero adiós que era postrero consuelo y postrera bendición a la muchedumbre agrupada a su paso.

Ha muerto un hombre de Dios santificado en el dolor. Y ha muerto con el aroma que las conciencias ennoblecidas en la virtud exhalan en la hora decisiva serenamente, sonrientes a la gracia de Dios y a su supremo descanso y gloria, por la que quemaron la vida en el más heroico y abnegado de los apostolados. Es su premio y su ejecutoria. La doctora de Castilla lo había dicho para siempre: «El placer de morir sin pena bien vale la pena de vivir sin placer.»

(*Extremadura*, Cáceres, 23 de agosto.)

«Era el Primado de Nuestra Iglesia, al tiempo mismo de la primer autoridad eclesiástica, un español de virtudes de raza intasables y un hombre tan inmensamente bueno que disfrutaba, como en su alto cargo, también de la primacía de los corazones de todos los españoles.»

(*Nueva Alcarria*, Guadalajara, 24 de agosto.)

«De él podemos decir: «Muerto habla todavía» ya que sus enseñanzas, su vivo ejemplo, su gran amor a España, practicado con tanta intensidad, obligan a todos los españoles a seguir sus sabias enseñanzas luchando denodadamente por nuestra Patria, como hizo él hasta su muerte.»

(D. José M.<sup>a</sup> Sentís, en *Nueva Alcarria*, 31 de agosto.)

«El Cardenal Gomá, Primado de España, tras un lento y dolorosísimo acabarse, ha entregado su alma a Dios. El pueblo español, que tenía puesto en él el orgullo de su catolicidad, llora ahora el coloso perdido, que con una vida ejemplar y activísima ha orientado y dirigido el pensamiento católico de la hispanidad, de la que podemos decir que ha sido el alma ardiente.»

(*Labor*, Soria, 27 de agosto.)

«Su desaparición significa para la Iglesia y para España pérdida y dolor inmensos. Su vida y su obra han sido fecundas e infatigables en el servicio de Dios y de la Patria.

En los años de nuestra Cruzada su figura se agiganta, haciendo resonar en el mundo su voz en defensa de la verdad, y durante el proceso de la enfermedad que le llevó al sepulcro logra las más altas y puras calidades del ser humano.»

(*Misión*, de Pamplona.)

«A nadie se le oculta que el llorado Cardenal se ha sublimado tanto, que en brevísimos años ha llenado toda una época, recorriendo en poco tiempo lo que otros en muchos años no podrían realizar.

.....  
El Cardenal Gomá era un portento de grandezas, apóstol incansable, Sacerdote virtuosísimo, Obispo celoso, profundo teólogo, consumado filósofo, inspirado místico; uno de los más grandes consagrados en el mundo al estudio de la Mariología, política, diplomacia...»

(D. Carlos Lorea, en *Misión*.)

«Con la muerte del Cardenal Gomá, España ha perdido uno de sus hombres más ilustres, y la Iglesia, uno de sus príncipes ejemplares.»

(Domingo, Madrid 1 de Septiembre)

«Descansa en paz, purpurado egregio que fuiste luminar potente de la Iglesia, cerebro, corazón y alma de España... ¡Descansa y goza de Dios!»

(El Pilar, Zaragoza 31 de Agosto)

«En realidad se ha escrito con acierto que el Cardenal Gomá ganó la batalla más difícil: la de las almas. Y nosotros afirmamos con íntima y fundamentada convicción que el Cardenal Gomá evitó la derrota más funesta: la del cisma.»

(P. Toni Ruiz, S. J., en *Hechos y Dichos*)

*Spes*, la revista de Acción Católica de Pontevedra, ha publicado un número extraordinario, con magnífica presentación tipográfica, dedicado todo él a analizar la personalidad del Sr. Cardenal Gomá en los diversos aspectos, en que se distinguió.

El P. Bayle en *Razón y Fe*, escribe lo siguiente: «Tocóle en suerte llevar la representación de la Iglesia española por su dignidad, y más por su carácter, en las circunstancias harto más duras que las afrontadas por aquel su antecesor Don Rodrigo en la batalla de las Navas: porque los enemigos de la Cruz fueron ahora más encarnizados que los almohades y más peligrosos por ser de casa, y más fuertes, por verse asistidos de las hordas marxistas internacionales, apuntalados del oro judío e intrigas masónicas, fomentados por el liberalismo y mirados benévolaemente por católicos de ojos turbios con el cariño ciego a la democracia o entenebrecidos por la insidiosa falsía de quienes, llamándose católicos, llevaron muy lejos y muy alto las confusiones.

El Sr. Cardenal continuaba como pocos de sus contemporáneos la tradición de la ciencia eclesiástica en España: incansable en el estudio, celoso del ministerio de la pluma, con madurez de mente plena y sólida, escribió sin parar.

El Cardenal Gomá no fué un especulador abstracto: escribía, como predicaba o conferenciaba, en plan sacerdotal, con el provecho de los lectores por blanco... Apologista de cepa, de los que beben el vigor en las fuentes de la Teología y de la Tradición, buscaba piedad recia, no ñoña, la que estriba en los pilares graníticos de la verdad sentida y conocida.»

*El Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Burgos:*

«Apóstol y sabio, inmoló su vida en aras de la Religión y de la Patria.»

*El Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Granada:*

«A él se debe la magna e histórica Carta colectiva del Episcopado español que, enviada a todos los Obispos del mundo, proyectó sobre éste, extraviado por la astuta propaganda judío-masónica, la verdad y grandeza de nuestra guerra.»



*El Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Valencia:*

«Toda la actuación del difunto Cardenal, desde que ocupó la Silla Primacial Toledana, puede resumirse en breves palabras: Valiente y tenaz defensa de los derechos de la Iglesia en España conculcados por la impiedad, y profundo amor a la Patria, a la que prestó relevantes servicios, especialmente durante la reciente Cruzada.»

*El Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Valladolid:*

«Durante la Cruzada anti-marxista sus abundantísimos «escritos de guerra» y mensaje al extranjero fueron las armas que mantuvieron la causa de la Patria en el mundo exterior como en el patrio recinto la defendieron los soldados del Caudillo.»

*El Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Gerona:*

«A su acción magistral desarrollada a la luz del día hay que añadir su actuación constante, durante este largo período, en asuntos graves y delicados que no trascienden al público, para cuya gestión supo rodearse de colaboraciones valiosas, hábiles y prudentes. Si algún día llega a ser publicado el proceso y aun el anecdotario de la gestión del Primado durante la Cruzada, no hay duda que constituirá un capítulo interesantísimo de la historia de España. Y es también innegable que confirmará y aun acentuará los perfiles de la figura que hoy tan sólo nos es dado conocer por sus actos públicos.»

*El Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Jaca:*

«La Iglesia de España está de luto por la pérdida de tan eminente purpurado, del Prelado querido y del patriota insigne, que en los tiempos difíciles por que ha pasado la santa Iglesia en España, acertó con su ferviente celo a sostener la fe y el patriotismo de los españoles con sus luminosas pastorales y consejos paternos.»

*El Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Madrid-Alcalá:*

«Bien ganada tiene la paz del Señor el que tan tenazmente luchó por la Iglesia y la Patria. Cumplió de modo perfecto y ejemplar el lema de su apostolado: *Ut Ecclesia aedificationem accipiat*. Su obra ingente y solidísima perdurará largamente en nuestra Patria. Dentro de ésta y en todo el orbe, su figura, verdaderamente de Prelado Eminentísimo, brilló con luz admirable. Ciencia y bondad en él unidas rayaron a alturas poco comunes.»

*El Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Málaga:*

«Se temía, y como se temía, así sucedió. El gran Cardenal de España quería morir en su sede toledana; y la muerte, que no admite esperas de nadie, ni se doblega a consideraciones humanas, esperó que el Cardenal llegara a su Diócesis, y entonces... segó su vida preciosa; diríamos que el gran Primado de España había recibido de Dios poder sobre la muerte, y la ha tenido encadenada hasta que él ha dispuesto.

Pero es lo cierto que el Cardenal ha muerto: yo no sé si España se dará cuenta de lo que ha perdido con la muerte de este hombre ilustre por todos conceptos.»

*El Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Palencia:*

«Talento e índole balmesianos, era su palabra la voz de una razón clara, sesuda, austera, y su pluma, ariete que demolía sin herrar y palanca que edificaba sin rechimamientos.»

*El Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Pamplona* publica una acabada y magnífica semblanza del difunto Cardenal, debida a la inspirada pluma del Excmo. Sr. Obispo de aquella Diócesis, que nuestros lectores pueden saborear en otro lugar de este mismo número.

*El Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Salamanca* publica una breve, pero sentidísima circular del Excmo. Sr. Obispo, que reproducimos en otro lugar.

*El Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Segovia:*

«Sus grandes merecimientos, privilegiadas dotes y extraordinarias virtudes, han hecho que su muerte haya causado la emoción más profunda y el pesar más sincero, siendo sentidísima en todas partes y considerada como una cuantiosa pérdida para la Iglesia y para la Patria española.»

*El Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Tortosa* publica una hermosa y sentida circular del Excmo. Sr. Obispo de dicha diócesis.

*El Boletín Oficial Eclesiástico de la diócesis de Vich* publica también una circular de su Excmo. Sr. Obispo llena de elogios para el Cardenal difunto.

*El Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Vitoria:*

«Sabio profundo, publicista notable, orador elocuente, sacerdote virtuoso. Prelado apostólico, es ornamento preclaro de la sede de San Ildefonso y de Cisneros. Le tocaron tiempos en extremo arduos: todas las dificultades superó su fortaleza de ánimo y su tacto exquisito.»

*El Magisterio Español:*

«Un trato frecuente, que la bondad paternalísima del Cardenal Gomá hacía impresionador por sus constantes bondades, nos permitió conocer la grandeza de su alma, la fortaleza de su carácter, su hondo patriotismo y su saber, que fluía natural de su conversación amenísima y en un claro y sonoro castellano.»

---

---

## PLEBISCITO DE DOLOR Y DE SIMPATÍA

---

La noticia del fallecimiento del Cardenal Gomá, conmovió profundamente no sólo a España, sino a todo el mundo católico, y de todas partes afluyeron a Toledo telegramas y cartas de pésame en número de varios millares, menudeando las muestras delicadísimas de condolencia y de homenaje a la memoria del egregio Cardenal.

Consignada queda la alocución por radio del Eminentísimo Señor Cardenal Hinsley, Arzobispo de Westminster, quien se creyó obligado, ante la transcendencia del triste acontecimiento, a enaltecer ante el mundo la figura de nuestro Cardenal difunto.

Solemnísimo fué también el funeral organizado en Roma por nuestra Embajada ante la Santa Sede y celebrado en la Iglesia Nacional de Montserrat, el día 23 de septiembre, con asistencia del Sacro Colegio de Cardenales y del Cuerpo Diplomático.

En Suiza, en la iglesia del Sagrado Corazón de Ouchy (Lausanne), la colonia española honró la memoria del Cardenal difunto con un funeral, al que asistió todo el Clero y el Duque de Toledo.

De Alemania, comunican que la muerte del Cardenal Gomá ha despertado en los católicos, y principalmente entre el Clero alemán, el más vivo sentimiento.

Y en nuestra Patria, baste consignar los siguientes rasgos que han llegado a nuestra noticia:

En Pamplona se ha dedicado al Cardenal Gomá una calle cercana al Colegio de las Josefinas, residencia del Sr. Cardenal durante la guerra.

En la provincia de Tarragona se guardó luto oficial durante tres días.

En La Riba, pueblo natal de Su Eminencia, se celebró solemne funeral el 16 de septiembre, oficiando de Pontifical el Excmo. Sr. Obispo de Gerona, con asistencia de representaciones del Cabildo de Tarragona y de varias entidades de Barcelona, Tarragona y Reus. Tuvo oración fúnebre el M. I. Dr. D. Luis Urpí, Secretario-Canciller del Obispado de Barcelona.

La Acción Católica, con motivo de la Semana Nacional de Consiliarios, celebró el 26 de septiembre solemne funeral en la iglesia del Colegio de Chamartín de la Rosa, oficiando el Excmo. Sr. Obispo de Tortosa, y predicando la oración fúnebre el M. I. Dr. D. Hernán Cortés, Provisor de este Arzobispado.

En casi todas las Uniones Diocesanas y Asociaciones de Maestros Católicos se han aplicado corporativamente sufragios y se han hecho celebrar funerales.

Muchas Diputaciones y Corporaciones Municipales han hecho constar en acta su sentimiento por la muerte del Primado.

Las Jefaturas provinciales y organizaciones de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., expresaron su pésame ante el Sr. Nuncio Apostólico y el Señor Obispo Administrador Apostólico de Toledo, en forma variadísima y emotiva.

En Navarra, por disposición de la Junta de Educación, la primera lección del curso escolar se ha dedicado a enaltecer ante los niños los méritos patrióticos del Cardenal Gomá.

---

---

## PÉSAME DEL PREPÓSITO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

Por la delicadeza que importa para con el Cardenal difunto, creemos deber de gratitud reproducir, en su texto latino, la Carta del Rdmo. P. Wladimiro Ledóchowski, Prepósito General de la Compañía de Jesús.

«Roma (113) 23-VIII-1940

Reverende in Xto. P. Provincialis

P. X.

Velit R<sup>a</sup> V<sup>a</sup> Vicario Capitulari, vel cui opportunius videbitur, sensus intimi mei doloris exprimere propter mortem Emmi. Cardinalis Primatis Gomá y Tomás. Statim animam suam Deo commendavi et 300 s. Missas pro aeterna eius requie applicavi. Spero ipsum pro nobis et pro dilectissima sua Patria intercessorem in coelo futurum esse.

Commendo me in ss. SS.

Rae. Vae. Servus in Xto.

Wl. Ledóchowski, S. I.

R. P. Carolo Martinho, Provinciali.

Madrid».

---

## LOS TELEGRAMAS DE PÉSAME

---

En la imposibilidad de reproducir el texto de todos los telegramas que se han recibido, nos hemos de limitar a los siguientes:

### DEL EXCMO. SR. NUNCIO APOSTÓLICO

Excmo. Modrego, Administrador Apostólico, Palacio Arzobispal.—Ruégole presentar familia llorado Cardenal Gomá sentimientos vivísima condolencia de parte también Auditor y Secretario asociándonos todos plegarias España entera por descanso eterno alma ilustre y amadísimo finado.—NUNCIO APOSTÓLICO.

### DEL GOBIERNO

MINISTRO GOBERNACIÓN a Gobernador Eclesiástico.—Asóciome dolor Cabildo y Archidiócesis por muerte Cardenal Arzobispo ejemplo Jerarcas y buenos españoles. Salúdale.

Obispo Auxiliar—Toledo.—Impresionado fallecimiento Eminencia Señor Cardenal reciba V. E. sentido pésame. Besa anillo pastoral.—MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.

MINISTRO EJÉRCITO a Ignacio Gomá—Palacio Arzobispal.—Conocida santa muerte su hermano gloria Iglesia española reciba toda familia expresión sincera mi más sentido pésame.—GENERAL VARELA.

MINISTRO AGRICULTURA a Excmo. Sr. Vicario Capitular.—Profundamente apenado fallecimiento Cardenal Gomá expreso V. E. mi sentido pésame ruégole transmita Ilmo. Cabildo Toledano.—BENJUMEA.

MINISTRO DE JUSTICIA a D. Matías Gomá.—Reciba usted y demás familiares de del Emmo. Sr. Cardenal mi sentido pésame por pérdida tan irreparable e imborrable de la memoria de los que participamos de misma fe católica y pudimos apreciar los eminentes servicios de tan ilustre Prelado.

MINISTRO EDUCACIÓN NACIONAL a Sr. Obispo Auxiliar.—Reciba emocionado pésame por muerte santo Prelado gloria Iglesia Española. Beso su anillo pastoral.—IBÁÑEZ MARTIN.

MINISTRO HACIENDA a Obispo Auxiliar.—Sinceramente apenado fallecimiento Sr. Cardenal envió a V. I. y Cabildo mi pésame.—LARRAZ.

MINISTRO ASUNTOS EXTERIORES a Obispo Auxiliar Toledo.—Envío Vuestra Ilustrísima más sentido pésame por fallecimiento Su Eminencia Cardenal Primado.—BEIGBEDER.

MINISTRO INDUSTRIA a Obispo Auxiliar.—Profundamente apenado expreso mi sentimiento por la gran pérdida sufrida por la Iglesia y España con pérdida nuestro Primado.

EL MINISTRO DE TRABAJO a Excmo. Sr. D. Gregorio Modrego y Casás, Obispo Auxiliar.—Hago presente V. E. unión sentimiento general ante pérdida irreparable para Iglesia y nación española.

MINISTRO VICESECRETARIO GENERAL a Obispo Auxiliar.—Transmito Jefaturas Partido triste noticia fallecimiento Cardenal Primado. Hago presente Vuestra Ilustrísima profundo dolor ante pérdida figura tan santa y gloriosa.—GAMERO DEL CASTILLO.

#### DEL DUQUE DE TOLEDO

Laussanne—Obispo Auxiliar Toledo.—Comparto todo corazón duelo Iglesia España Cabildo Clero por fallecimiento santo sabio Cardenal Primado envió sentidísimo pésame familia salúdole reverentemente.—DUQUE TOLEDO.

#### DE LOS INFANTES

Obispo Auxiliar.—Profundamente apenados fallecimiento Eminentísimo Cardenal Primado nos asociamos duelo nacional.—INFANTES LUISA CARLOS.

## DEL MARISCAL PÉTAİN

Vichy—Señor Deán del Cabildo de la Iglesia Primada de Toledo.—Con vivo dolor me entero de la muerte de Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Toledo. Yo deploro la pérdida de este gran hijo de España que supo comprender tan bien y exaltar los lazos que mantiene entre su país y el mío la comunidad de civilización católica. En él lloro al amigo personal que durante mi embajada y cuando he tenido que asumir el gobierno de Francia no ha cesado de testimoniarme las expresiones más delicadas de su afecto. Recibid, Señor Deán, con mi pésame la seguridad de mis sentimientos de dolorosa emoción.—MARISCAL PÉTAİN.

## DE LA GRANDEZA DE ESPAÑA

Obispo Auxiliar.—En nombre Grandeza y Clase titulada damos nuestro más sentido pésame por fallecimiento eminente Cardenal Gomá.—MARQUÉS SANTA CRUZ.

## DE CARDENALES

Quebec—Gregorio Modrego—Arzobispado Toledo.—Vivo pésame fallecimiento ilustre Cardenal Gomá y Tomás piadosos sufragios.—CARDENAL VILLENEUVE.

Lyon—Vicario Capitular—Arzobispado de Toledo.—Dolorosamente emocionado fallecimiento venerado Cardenal, del cual España ha estado legítimamente orgullosa y cuya desaparición será vivamente sentida episcopado francés le suplica acepte y transmita Obispo y diócesis simpatía profunda. Unimos nuestros corazones oraciones a las de iglesias y pueblos cristianos de España.—CARDENAL GERLIER, Arzobispo de Lión.

Lourdes—Cabildo Toledo.—Deplorando con profunda tristeza la muerte del Eminentísimo Primado de España expresa al Venerable Cabildo al Clero toledano y a la noble nación española sentimientos de condolencia por el alma del Cardenal difunto la gloriosa recompensa de la patria eterna. El Primado de Polonia CARDENAL HLOND.

Esztergom—Cabildo Toledo.—Profundamente apenado fallecimiento de Su Eminencia el Cardenal Gomá yo me asocio dolor universal Arzobispado y España católica.—CARDENAL SEREDI, Primado de Hungría.

## UNA CARTA DEL CARDENAL ARZOBISPO DE PARÍS

«París, 25 de agosto de 1940.

Excmo. y Rdmo. Sr. Obispo Administrador Apostólico.  
Toledo.

Excelencia Reverendísima:

Recibo con profunda pena la noticia del fallecimiento de Su Eminencia Reverendísima el Cardenal GOMÁ, Primado de España.

Esta pérdida no solamente pone en duelo a la España católica, donde el

venerado Prelado era universalmente apreciado y amado, sino a todos los países que simpatizan con España.

Su memoria perseverará en todos los que le conocieron como la de un defensor del derecho y de la justicia, y un campeón ardoroso y esclarecido de la Iglesia y de la Patria, en una época singularmente difícil.

Nada podrá hacer olvidar los sufrimientos y sacrificios de todo género que ha soportado por esta causa tan santa. Nada podrá hacer que se ignore el hermoso ejemplo de fe, de resignación en las pruebas y de fuerza moral que él ha dado en el curso de la enfermedad que le ha llevado a la muerte. Finalmente, quedará por su palabra elocuente y por sus luminosos escritos, como el representante caracterizado de las altas enseñanzas de la Iglesia. Es una gran figura eclesiástica que desaparece de la escena de este mundo.

¿Podría yo mismo olvidar los lazos de amistad contraídos con el malogrado Prelado con ocasión de nuestra común promoción al cardenato, y de mi reciente viaje a España, donde se dignó, a pesar de su enfermedad, acogerme con tanta bondad?

Tales sacrificios son de gran valor para la causa de Dios y de la Iglesia. Y no hay duda de que la Providencia los tiene en cuenta y se sirve de ellos para disponer la vuelta de Europa a un estado de paz.

Con mi respetuoso y religioso pésame, que yo dirijo a Vuestra Excelencia, al venerable Cabildo de Toledo y a los clérigos y fieles de la noble España, os ruego, Excelencia, que aceptéis el homenaje de mi respetuoso y fraternal afecto en Nuestro Señor.—Firmado: Manuel Cardenal SUHARD, Arzobispo de París.

#### DE MONSEÑOR ANTONIUTTI, ANTIGUO ENCARGADO DE NEGOCIOS DE LA SANTA SEDE EN ESPAÑA

Profundamente emocionado lamentable pérdida Cardenal Gomá hago presente viva condolencia.—ANTONIUTTI.

#### DE EMBAJADORES

Con motivo fallecimiento de Su Eminencia el Cardenal Gomá Primado de las Españas tan dolorosa pérdida para la Iglesia y España ruego a Vuestra Excelencia acepte el pésame más sentido de mi Gobierno y el mío propio.—MINISTRO DE GRECIA. LEGACIÓN REAL DE GRECIA EN ESPAÑA.

Ruego a Su Señoría se sirva aceptar expresión mi profunda condolencia por fallecimiento insigne Primado de España.—ALVARADO, ENCARGADO DE NEGOCIOS DE BOLIVIA.

En nombre mi Gobierno e italianos en España expreso mi más viva condolencia por el fallecimiento del Eminentísimo Cardenal Gomá Primado de España.—ENCARGADO NEGOCIOS ITALIA, ZOPPI.

Mi más sincera condolencia fallecimiento Su Eminencia Cardenal Gomá modelo de Prelados y gloria de la Iglesia.—PARRA PÉREZ, MINISTRO DE VENEZUELA.

Ruego acepte la expresión de mis más profundos sentimientos con motivo de la muerte del Cardenal Primado.—SAMUEL HOARE, EMBAJADOR DE SU MAJESTAD BRITÁNICA.

Profundamente apenado por fallecimiento Cardenal reciba con ese Cabildo mi más sentido pésame.—YANGUAS, EMBAJADOR ESPAÑA CERCA DE LA SANTA SEDE.

Reciba mi más sentido pésame fallecimiento inolvidable Cardenal.—ALFONSO ZULUETA. Old Palace Oxford.

Tengo el honor expresar a Vuestra Excelencia el sentimiento más profundo por la muerte de Su Eminencia Cardenal Gomá Arzobispo de Toledo y Primado de España. Puedo asegurar a Vuestra Excelencia que toda la nación polaca sinceramente católica se une al dolor de España en el momento del fallecimiento de su gran Cardenal Primado.—SZUMLAKOWSKI, MINISTRO DE POLONIA EN ESPAÑA.

Muy conmovido por la triste noticia del fallecimiento del Cardenal Primado, cuya larga enfermedad ha sido seguida con compasión por toda la Cristiandad que ha admirado el altísimo ejemplo de resignación dado por Su Eminencia, doy a Vuestra Excelencia mi más sentido y sincero pésame y le reitero el testimonio de mi profundo respeto.—LA BAUME, EMBAJADOR DE FRANCIA.

Profundamente afectado por la desaparición del gran Cardenal cuya vida y obras han proyectado tanta luz lo mismo en España que a través del mundo, suplico a Vuestra Excelencia me permita asociarme en nombre de mi país, como en el mío propio, al dolor de Toledo, y díguese aceptar el testimonio de mi más profunda condolencia.—CONDE DE ROMBEE, EMBAJADOR DE BÉLGICA.

Al tener noticia del fallecimiento de S. E. el Cardenal Gomá, figura preclara por sus excepcionales virtudes espirituales y teológicas deseo acompañar con mis sentimientos de sincera condolencia el dolor de la Iglesia española y testimoniar respeto sentido hacia su egregia personalidad rogando que haga extensivos mis sentimientos a los familiares de Su Eminencia (q. e. p. d.)—VON STOHRER, EMBAJADOR DE ALEMANIA.

Le ruego reciba la expresión de mi sincero dolor por la pérdida de la inolvidable y gran figura de la Iglesia española.—ALEXANDER W. WEDDELI, EMBAJADOR DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.

Más sentido pésame gran pérdida Iglesia de España.—MINISTRO IRLANDA.

Profundamente apenado por fallecimiento insigne y querido Cardenal Gomá, de cuya afección paternal conservo inolvidable recuerdo, le expreso mi pésame más sentido



rogándole tenga la bondad de hacer también presente mi dolor a ese Cabildo. Le saluda.—LEQUERICA.

Dígnese aceptar mi más profunda condolencia por el fallecimiento eminente Cardenal.—ROSSAS, EMBAJADOR DEL BRASIL.

Ruego a Vuestra Excelencia aceptar el testimonio de mi más sincera condolencia por el fallecimiento del ilustre Cardenal Gomá y hacerla extensiva a sus deudos respetuosamente.—EMILIO A. MOREL, MINISTRO DE LA REPÚBLICA DOMINICANA.

Presento a Vuestra Excelencia mis sentimientos de viva condolencia por la gran pérdida que sufre España y la Iglesia española.—MINISTRO DE VENEZUELA.

---

## UN ARTÍCULO DE «L'AVVENIRE»

---

Cerramos el número dedicado a la memoria del Cardenal Primado, haciendo mención de los artículos que, en número crecidísimo, se han dedicado al Cardenal Gomá en la Prensa extranjera. No es posible hacer reseña completa, pero sí que debemos aludir a un precioso artículo aparecido en L'OSSERVATORE ROMANO el 30 de agosto, y a uno de L'AVVENIRE titulado: «LA FIGURA DEL PURPURADO EN EL PRESENTE MOMENTO HISTÓRICO DE ESPAÑA». Por la importancia del artículo dada la significación de L'AVVENIRE, lo reproducimos a guisa de colofón: Dice así:

«La noticia de la muerte del Cardenal Gomá y Tomás, aunque de mucho tiempo prevista por su estado delicado de salud, ha sido acogida con vivo dolor por el Papa y en los medios vaticanos. Pío XII hizo telegrafiar inmediatamente su pésame a la Archidiócesis de Toledo.

El Cardenal de Toledo era actualmente, bien puede decirse, la figura más representativa del episcopado español. Era el único Cardenal español creado por el Papa durante la República en un momento en que las relaciones de ésta con la Santa Sede parecían bien encaminadas. Este hecho y el otro de haber sido elegido sucesor del Cardenal Segura en la Sede Primada de Toledo, cuando este Cardenal había tenido que dejar su Sede por incompatibilidad con las autoridades republicanas, demuestran que estaba dispuesto a aceptar lealmente el nuevo régimen, si hubiera sido realmente un régimen de orden y de justicia. Por ésto, cuando se inició el movimiento de Franco, la participación en él del Cardenal Gomá—participación franca, resuelta y tan destacada que no da lugar a equívocos—fue uno de los argumentos más eficaces para demostrar, aun ante aquéllos que no podían tener conocimiento directo de los sucesos, que aquel movimiento era el único que podía estar de acuerdo con la Iglesia, mientras que el contrario debía ser considerado como digno de

condenación. Y fué precisamente esta tesis la que el Cardenal Gomá quiso demostrar con los argumentos doctrinales y con la contraprueba de los hechos en la famosa Carta Colectiva del Episcopado Español, escrita por él y firmada por todos los demás Obispos residentes en España.

Esta actitud del Cardenal Primado le valió siempre toda la veneración y la confianza del Generalísimo Franco. El Cardenal al estallar la contrarrevolución, se hallaba fuera de Toledo y no pudo regresar a la ciudad hasta que fué ésta liberada por las tropas de Franco. Durante la guerra civil no escatimó fatigas y no dudó en afrontar toda clase de peligros y estaba particularmente orgulloso de que la más épica gesta de la guerra de liberación de España de la amenaza comunista, a saber el asedio del Alcázar, se hubiese llevado a cabo en el corazón de su Archidiócesis y bajo la dirección de su queridísimo amigo el Coronel Moscardó.

La Santa Sede se valió mucho de la actividad del Cardenal Gomá y Tomás en un momento tan delicado de la historia de España, y hasta el momento en que estableció con el Gobierno de Franco formales relaciones diplomáticas —primeramente con el envío del Encargado de Negocios Mons. Antoniutti y después con el del Nuncio Cicognani—, se sirvió del Cardenal mismo como de su representante confidencial».